



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**EL FRACASO DE LA LIBERTAD EN LA
OBRA DE JOSEFINA VICENS**

**TESIS QUE PRESENTA
RAQUEL AYALA MENDIETA**

**PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN
LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS**



**ASESORA:
MTRA. RAQUEL MOSQUEDA**

MÉXICO, D. F., NOVIEMBRE 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, Rosario y Víctor; a mis hermanos, Carlos, Fer y Víctor; a Uriel y Esme, con todo mi cariño y gratitud.

A todos aquellos que libremente me han brindado su amistad, su afecto y confianza: Rosa, Enrique, Alicia, Luz, Pera, Karina, Andrés, Sergio, Alejandro, Les, Coni, Ana, Claudia, Alicia Edith, Mendoza, Héctor, Toña, Roco, Laurita, Caro, Rosaura, Toñito, Oscar, Ernesto, Isaac, Roxy, Manuel, Jorge, Yessi, Ale...

A Raquel Mosqueda y Luis Andrés Gutiérrez por sus oportunos comentarios, pero, sobre todo, por su incondicional apoyo.

A mis sinodales y lectores: Ana Mari Gomís, Graciela Martínez, Raquel Mosqueda, Armando Pereira, Israel Ramírez, Víctor Ayala y Luis Andrés Gutiérrez.

Un agradecimiento sincero a Bulmaro Reyes Coria, a quien estimo profundamente por todo lo que me enseñó.

Sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla cada día.
Goethe

EL FRACASO DE LA LIBERTAD EN LA OBRA DE JOSEFINA VICENS

INTRODUCCIÓN.....	3
I. LA DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD.....	9
1. La libertad, entre el determinismo y la indeterminación.....	9
2. Carácter dialéctico de la libertad.....	13
3. Yo y el Otro.....	16
4. Razón, Conciencia, Voluntad, Deseo y Pasión.....	17
5. La conformación ontológica: Ser y Hacer.....	22
5.1. Consideraciones acerca de la Posibilidad.....	24
6. El fracaso de la libertad.....	25
II. PROBLEMA Y FRACASO DE LA LIBERTAD EN JOSÉ GARCÍA, PROTAGONISTA DE <i>EL LIBRO VACÍO</i>	27
1. En el umbral de la libertad: conciencia y angustia	28
2. El conflicto en José García	33
3. La escisión interna	46
4. La libertad y lenguaje (escritura y comunicación).....	50
4.1. Los espacios narrativos.....	50
4.2. El Otro y la imposibilidad de la comunicación.....	51
4.3. La imposibilidad de la escritura.....	52
5. Miedo y fracaso de la libertad en José García.....	57

III.	EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD Y LA IDENTIDAD ESCINDIDA EN LUIS ALFONSO FERNÁNDEZ, PROTAGONISTA DE <i>LOS AÑOS FALSOS</i>	61
	1. Asimilación y suplantación ontológica: la imposibilidad de la libertad...65	
	2. La intervención de <i>los otros</i> en la derrota de la libertad y el quebrantamiento del principio de identidad.....	70
IV.	ANÁLISIS COMPARATIVO. LOS SIGNOS DEL FRACASO.....	80
	CONCLUSIONES.....	85
	BIBLIOGRAFÍA.....	89

EL FRACASO DE LA LIBERTAD EN LA OBRA DE JOSEFINA VICENS

INTRODUCCIÓN

El personaje de la novela moderna, de acuerdo con Jean-Philippe Miraux, aprehende el mundo fragmento a fragmento, se debate en una lucha entre conciencia y existencia y recurre al monólogo interior para construir su historia.¹ El héroe es sustituido por el hombre común y la reflexión desplaza la importancia de la acción. En este sentido, la obra de Josefina Vicens es una muestra significativa de la novela moderna.

La innovación formal que presume *El libro vacío* es destacable. Brushwood la califica como “la primera obra autorreferencial en la literatura mexicana.”² La crítica también ha encontrado en la obra de Vicens conectores con el *Nouveau roman*: la desaparición del héroe, el protagonismo del personaje fracasado y el tema de la nada son algunos de ellos.³

Sin duda, más allá de las cuestiones formales —que por supuesto son relevantes— es necesario tener en cuenta esa función cardinal de la novela que indica Milan Kundera: “la razón de ser de la novela es mantener el ‘mundo de la vida’ permanentemente iluminado y protegernos contra ‘el olvido del ser’”⁴ o, en otras palabras, “rescatar el ser del hombre”.⁵ Eso busca la autora de *El libro vacío* y de *Los años falsos*, no importa que en el trayecto sus protagonistas tengan que sucumbir en su propia historia. La obra de Josefina Vicens exige una lectura filosófica, particularmente, ontológica.

El objetivo primordial de este trabajo es demostrar que en *El libro vacío* y en *Los años falsos* el problema de la libertad interviene de modo definitivo en la caracterización de los protagonistas de ambos libros.

En el primer capítulo presento una breve síntesis de la forma en que el pensamiento filosófico ha abordado el problema de la libertad para luego exponer la concepción dialéctica de la libertad desde un punto de vista filosófico, ya que es precisamente este

¹ Jean Philippe Miraux, *El personaje en la novela. Génesis, continuidad y ruptura*, p. 73.

² Citado por Miguel Sánchez de Armas, “La vida se prolonga hasta mi pluma”, en <http://www.elagoradechihuahua.com/> Miguel-Angel-Sanchez-de-Armas .html?debut_articles=30#pagination_articles. (Mayo, 2006). Este autor explica que la “literatura autorreferencial” es “la escritura que se mira a sí misma, el acto de escribir diseccionado en su proceso, desde el punto de vista de un escritor ficticio.”

³ Vid. Marie-Claire Figueroa, “Los libros de la nada: *El libro vacío* de Josefina Vicens y *Les fruits d’Or*, de Nathalie Saurraute”; en *Ecos, reflejos y rompecabezas. La mise en abyme en literatura*. También véase la tesis de licenciatura de Graciela Suárez Noyola, *Estudio sobre El libro vacío de Josefina Vicens*.

⁴ Milan Kundera, *El arte de la novela*, p. 23.

⁵ Laura Emilia Vargas Alva, *Perfiles existenciales de José García, protagonista de El libro vacío*, tesis de licenciatura, p. 1.

enfoque el que se trasluce en las dos novelas de Vicens. Por un lado, existe el planteamiento en el cual se afirma que todo está absolutamente determinado y que, por tanto, la libertad no existe. Spinoza es el exponente más representativo de esta postura. La opinión contraria la esgrimen algunos pensadores que consideran que la libertad es “completa indeterminación”; entre ellos se encuentra Sartre. La tercera postura es defendida por numerosos filósofos y pensadores. Entre los que destacan José Ortega y Gasset, Eduardo Nicol, Risieri Frondizi y Rüdiger Safranski, quienes reconocen que dentro de la determinación existe cierta indeterminación que hace posible la libertad.

Tanto la corriente determinista como la indeterminista configuran dos visiones del individuo discrepantes entre sí en tres ámbitos relacionados: el físico, el psicológico y el ontológico. La primera doctrina involucra el deterioro de la dignidad humana. No hay libertad. No hay responsabilidad. El hombre tiene la sensación de ser un juguete del destino y ante él se sabe insignificante. La segunda doctrina pone por encima de la existencia el *sinsentido* total. No hay motivación que explique la acción. Da igual hacer esto o lo otro.

En los dos universos novelados que se estudian aquí —*El libro vacío* y *Los años falsos*—, la conjugación del determinismo y de la libertad instauran la estructura del ambiente que define los rasgos de los protagonistas. Desde la perspectiva determinista, el individuo llega a un mundo que ya ha sido conformado por otros; asimismo, la herencia, inalterable por medios naturales, le confiere cualidades o defectos exclusivos que lo diferencian de los demás. Por otro lado, el aspecto fundamental del rango de indeterminación de la libertad es que conlleva la posibilidad de creación y de autocreación. Es decir, que en el recinto de la libertad humana el sujeto contempla un espacio —si bien reducido— en el que puede actuar y acoplar el ser que es y el que proyecta. El éxito y el fracaso conseguidos en la asunción de la libertad individual dejan huellas indelebles que se revelan mediante caracteres particulares.

En este punto se hace necesario, para lograr una comprensión más amplia de los personajes en cuestión, la vinculación de la filosofía y la psicología. Algunas de las teorías de autores como Freud y Fromm que se han ocupado del yo y de sus problemas inherentes permiten un análisis más completo. De Freud retomo la teoría de las estructuras mentales —el yo, el ello y el superyó— y de Fromm muchas de las ideas que expone en *El corazón del hombre*, *El miedo a la libertad* y *El arte de amar*. Especialmente, adopté el presupuesto de que cada decisión va moldeando y condicionando el carácter; y, en otra

dirección, el estudio de la actitud ante la libertad que pervive y que, incluso, se ha polarizado en nuestros días: el miedo.

Se distinguen tres ejes fundamentales que actúan como fuerzas psicológicas que se precisan mediante la interacción con el mundo externo: el racional, el afectivo y el pasional. Otro factor importantísimo que interviene en la pugna psíquica procede de la esfera de las *posibilidades*, ya sea que se muestren como capacidad o incapacidad personal, ya como circunstancias extrínsecas favorables o desfavorables. La libertad, en este sentido, exhibe su carácter problemático y recorre una región profunda, íntima y, al mismo tiempo, envuelve la totalidad del hombre y lo enfrasca en una lucha constante y dolorosa.

La aplicación del esquema anterior —particularmente el de la fluctuación entre la concepción determinista y el carácter indeterminado de la libertad— en el análisis de los personajes en cuestión explica de qué modo éstos se construyen y perfilan a partir de una concepción particular de la libertad que permea la totalidad de la obra de Vicens. Psicología y ontología se alían aquí para desentrañar los procesos que intervienen en la constitución de los protagonistas.

En el segundo capítulo enlazo la concepción dialéctica de la libertad con las dos nociones opuestas que José García tiene de ella: la libertad ideal y la real. La confrontación entre estas dos concepciones antagónicas produce el problema central que define la caracterización del personaje. Por un lado, el deseo y las posibilidades propias desencadenan el conflicto interno; por el otro, lo agrava el hecho de que el deseo se ve truncado por el tipo de sociedad imperante.

En el momento en el que José García se plantea el proyecto de liberarse del yugo familiar para así dedicarse a escribir, la imposibilidad absoluta se presenta por la dependencia del hombre que está habituado a lo que tiene. Esta sujeción afectiva, a su vez, alterna con otra más mundana y natural, la que atañe al reino físico o a la realidad imperante.

La necesidad determinada por la constitución biológica y por la sociedad organizada; la alimentación, el cobijo y el vestido en la sociedad moderna se obtienen a cambio del trabajo, por ende, de la venta del tiempo personal y de la libertad. La teoría del trabajo enajenado de Marx explica este importante aspecto del carácter del protagonista que se vincula con el problema aquí tratado. Aquellas cosas que contribuyen al desarrollo humano están vedadas para la clase social a la que José García pertenece. La obligación de

mantener el cuerpo físico hace que perezca *aquello* que, como una pequeña flama, prometía un tipo de vida más refulgente y satisfactoria.

La capacidad para crear y sublimar la realidad es obstruida por la falta de libertad en el ámbito anímico. Se logra una estabilidad económica *envidiable* a cambio de renunciar a esas experiencias que harían crecer el espíritu humano. Tanto el deseo como la necesidad son en el texto elementos condicionantes. En esta situación, la razón resiste anteponiendo lo que considera un deber y en ningún momento deja de ejercer su fuerza dominante.

La misma libertad lo paraliza: ante la necesidad de elegir algo y tener que desechar el resto de las opciones, la conciencia se enfrasca en una reflexión que no lleva a la acción. Inclusive, dentro de esta libertad relativa, José García debe reparar en las otras circunstancias que de un modo definitivo condicionan sus acciones: debe rendirse a la fuerza de la determinación, excluir el deseo y atender a la conciencia. Este personaje admite que no basta la intensidad del deseo si la capacidad propia coarta las posibilidades. En esa dirección apunta la opinión de Brushwood, para quien *El libro vacío* constituye “un estudio de las reacciones de un hombre cuyo potencial nunca se realiza. [...] es un ejemplo elocuente de cómo el hombre está sujeto a las tiranías que a sí mismo se ha impuesto.”⁶

El deseo obsesivo de escribir que tortura a José García no es directamente proporcional a la capacidad que tiene para hacerlo. Sus expectativas lo sobrepasan. Él mismo subraya cierta predisposición o predeterminación cuando dice que hay algunas personas que nacen bajo el signo del arte, que son privilegiadas con un don susceptible o no de desarrollarse.

Todo el proceso descrito hasta aquí produce un desajuste que se transforma en frustración. Desajuste entre lo que se es y lo que se espera ser. El hombre es *lo que puede, no lo que quiere*. José García se constituye en el tiempo: desde la infancia intuye en las cosas más insignificantes el gran problema que definirá su futuro: la libertad de elección. El tiempo, primero liberador, lleno de posibilidades, se convierte en un muro intraspasable, en una fortaleza clausurada de manera definitiva. Primero, en su adolescencia, los deseos se ven coartados por la imposición de la familia; después, por las obligaciones adquiridas con el matrimonio. Su libertad, y con ella sus ambiciones, se van reduciendo. Es incapaz de llevar a cabo actos trascendentes —propios del héroe prototípico—; el yo se escinde, pero la conciencia de que todo pudo haber sido diferente sustenta la pugna tenaz que lo

⁶ Jonh S. Brushwood, “La novela del ser y el tiempo”, en *México en su novela*, pp. 71-72.

salva y hunde. Cierro el segundo capítulo con un apartado en el que anoto las principales reflexiones acerca del fracaso en José García.

En el tercer capítulo efectúo el análisis de *Los años falsos*, novela en la cual la libertad es mínima y se corta de manera abrupta. El mundo de *los otros* se impone y se perfila como una amenaza desintegradora del individuo. La fuerza de un deseo contradictorio precipita a Luis Alfonso Fernández, el protagonista, hacia el sometimiento y no logra abordar la alternativa capaz de hacerlo libre. Destaca la índole trágica del personaje, aunque hay que decir que el sacrificio no es físico, sino ontológico.

Luis Alfonso, a partir de la muerte de su padre, Poncho Fernández, experimenta una ansiedad atroz por encontrarlo. En seguida brincan todos los resortes que se habían predispuesto desde su temprana infancia y la red cae sobre él. Comienza un mecanismo de *asimilación* que culminará con un proceso de *suplantación*. El padre habrá usurpado la mente del hijo con su presencia eterna, impositiva y limitante.

La sociedad, *los otros*, promueven activamente la *suplantación*. Los patrones de conducta son asumidos sin cuestionamientos por cada uno de los personajes, a excepción de Luis Alfonso Fernández, quien es el único en cuya conciencia inconforme —como la de José García— despierta la angustia de la libertad. Se inquieta porque se sabe *otro* —distinto al *personaje* que la sociedad espera que represente.

Luis Alfonso testimonia la caída del imperio del padre, contempla las ruinas, los restos, su miseria. Pero no puede permitir que tanta gloria desaparezca en la nada de la muerte. Típico del carácter autoritario que explica Fromm —la conducta de sumisión— en *El miedo a la libertad*, Luis Alfonso, en una posición contradictoria en cuanto a la libertad, reincorpora la figura poderosa del padre en su propio ser y se somete a ella haciendo de su libertad algo inalcanzable.

La identidad de Luis Alfonso, y con ella su libertad, se difuminan cada vez más entre las obligaciones impuestas. El tiempo adquiere el calificativo de *falso*. Estas tres categorías —ser, libertad y tiempo— son indisociables. Por tal razón, al perturbarse la libertad del protagonista, se altera su disposición ontológica y su *tiempo*, que en este caso es sinónimo de vida.

Las consecuencias que se derivan de este problema de la libertad en ambas novelas son similares: los dos protagonistas sufren un desajuste que los lleva a un extrañamiento de sí mismos, a la pérdida del ser: José García se sigue esperando porque siente que aún no ha llegado; Luis Alfonso Fernández se percibe desterrado, enterrado, a la orilla de sí mismo. Jean Paul Sartre afirma que “el hombre *es* libertad”; en cambio, para José García

y Luis Alfonso Fernández la libertad no forma parte de la naturaleza humana: no es un atributo —aunque sí se halla estrechamente vinculada con el desarrollo del yo. Ante la libertad el ser está en suspenso: tiene la posibilidad de reafirmarse pero también corre el peligro de desvanecerse. Esto determina el carácter problemático que entraña. Por esta razón los filósofos la han estudiado como un problema que afecta fundamentalmente al “yo interior”. Este análisis comparativo corresponde al capítulo cuarto.

Finalmente, en las conclusiones subrayo que, a pesar de los veinticuatro años que separan *El libro vacío* de *Los años falsos*, la elaboración de los personajes femeninos y masculinos es muy similar. Sin duda, la conformación de los protagonistas y sus respectivos conflictos resultan de una concepción particular de la libertad.

METODOLOGÍA

A lo largo de la historia la libertad ha sido abordada por distintas disciplinas desde muy diversos ángulos. En este trabajo interesa sobre todo destacar la significación ontológica de la libertad que fundamenta la libertad psicológica, ética, social y política del *hombre*. Para esto es necesario explicar el carácter problemático de la libertad, que oscila entre el determinismo y la indeterminación, y después examinar las implicaciones positivas y negativas que tiene en el hombre. Pero antes es pertinente ver cómo la humanidad ha expresado su miedo a la libertad en la religión ya que, principalmente, es este carácter negativo y su incidencia en el yo lo que importa analizar de acuerdo a los objetivos proyectados en el presente texto.

Posteriormente, procedo a realizar la aplicación de la concepción dialéctica de la libertad al análisis de los personajes de las dos novelas. Por último, confronto a los protagonistas en un análisis comparativo en el que destaco los rasgos afines que comparten.

I. LA DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

1. LA LIBERTAD, ENTRE EL DETERMINISMO Y LA INDETERMINACIÓN

Nuestro porvenir es el número de jugadas que podemos ejecutar...

Salvador Elizondo

El hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado.

Jean Jacques Rousseau

En el siglo XVII el determinismo mecanicista se impuso como sistema para comprender el mundo y sus fenómenos. En esta doctrina la ley de la causalidad juega un papel fundamental. Según dicha ley todos los fenómenos físicos que tienen lugar en la naturaleza precisan de una causa, la cual, a su vez, es efecto de una causa anterior. De tal manera que los hechos ocurren como una sucesión de eventos encadenados; siendo así, en esta doctrina la libertad tiene poco que hacer.

Las figuras más importantes de esta centuria, relacionadas con el tema que aquí se trata, son René Descartes y Baruch Spinoza. René Descartes logra salvar la libertad al concebir tres substancias de las cuales la *res extensa*, el mundo, es la única sujeta a las leyes del mecanicismo. Spinoza, en cambio, al establecer una sola substancia, divina e infinita, niega a la libertad cualquier posibilidad de existir.⁷

La verdadera libertad reside exclusivamente en la causa primera, la cual no está coaccionada de ningún modo. Y, dado que lo único en el universo no determinado por alguna causa anterior y externa —y que, antes bien, es el principio de la causación— es Dios, sólo él es libre. (¿esto es semejante a la idea del *motos inmóvil* de Platón, que dice que es aquel que mueve y no es movido por nada?)

⁷ Las tres substancias postuladas por Descartes son el pensamiento (*res cogitans*), la extensión (*res extensa*) y Dios (*res infinita*). Las dos primeras dependen de la tercera para existir. De ellas, la única afectada por las leyes mecanicistas es la substancia extensa o mundo. La substancia única de Spinoza es divina, infinita, necesaria y eterna; se identifica con Dios o con la naturaleza, es naturaleza naturante, realidad que es causa de sí y de todas las cosas. En cambio, las cosas y las ideas son “modos” de Dios. Las ideas radican en el pensamiento, pero están determinadas por las cosas mismas. Lo único que puede llamarse libre es aquello que es causa de sí, por tanto, sólo Dios es libre. (*vid*, Spinoza, *Tratado breve, infra*)

La libertad humana, para Spinoza, no depende de la voluntad sino del entendimiento. Ser libre es someterse racionalmente a Dios: los hombres tienen la libertad de “estar y permanecer atados con las amables cadenas de su amor”.⁸ La voluntad no es más que un ente de razón; es incluso una “ficción” utilizada para explicar y situar las distintas voliciones que las cosas mismas causan en el hombre y que éste percibe como si se originaran en su interior. Las voliciones ocurren necesariamente ya que están determinadas por Dios. No es importante preguntar entonces si la voluntad es o no libre puesto que ni siquiera posee realidad alguna.

El hombre sólo puede liberarse siguiendo las leyes de la naturaleza, ya que “[...] la única perfección y el fin último de un esclavo y de un instrumento es éste: cumplir debidamente el oficio que les fue asignado.”⁹ Procediendo de tal modo es posible liberarse de las pasiones que enturbian el alma.

Los hombres se equivocan al creerse libres [...]

No hay en el alma ninguna voluntad absoluta o libre; sino que el alma es determinada a querer esto o aquello por una causa que también está determinada por otra, y ésta a su vez por otra, y así hasta el infinito.¹⁰

En la doctrina de Spinoza la libertad no tiene sentido: el hombre sólo es libre para aceptar que no lo es y someterse, vía el entendimiento, a las leyes que lo rigen y lo determinan. Al sustraer la libertad se minimiza la responsabilidad moral del hombre, pero también se le concede un fundamento en el que la incertidumbre, la soledad, el sufrimiento de la decisión y las consecuencias de la acción se descartan.

Kant separa, en la esfera de la filosofía, el reino físico del moral. Arguye que, efectivamente, el mundo físico se rige por el principio de causalidad y, por tanto, no se puede hablar de libertad en él; tampoco de libertad psicológica, pues en ella gobierna el mismo principio; ni de libertad metafísica, pues para él la metafísica es sólo ficción. Sólo en el reino moral pervive la libertad.

Este filósofo parte de la distinción entre lo real y lo ideal. Lo real es el mundo de los fenómenos, el mundo físico, el de las apariencias. La idea en cambio es “una noción

⁸ Baruch Spinoza, *Tratado breve*, p. 164.

⁹ *Ibidem*, p. 140.

¹⁰ Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Segunda parte, Proposición xxxv y Proposición XLVIII, Escolio, p. 168 y p. 184, respectivamente.

para ordenar y organizar lo real”¹¹ y habita en el pensamiento: es un modelo que se presenta como un propósito a la conciencia que quiere (a diferencia de lo real que se presenta a la conciencia que conoce) como un “deber ser”. La voluntad es esa conciencia que quiere el ideal y que pretende realizarlo a través de la acción; es por eso que Kant llama a la voluntad “razón práctica”. Así, las reglas morales no son sino principios ideales de conducta.

La libertad —que es también una idea—, o la autonomía de la voluntad, es el principio regente de la moralidad. Una voluntad autónoma recibe la ley de sí misma y jamás concibe los fines como medios: tiende hacia el fin por convicción y no para conseguir algo más a través de él. La libertad es una idea que “no puede ser realizada en la experiencia, pero sirve para que la vida humana se oriente hacia ella.”¹² Kant opina que la libertad se convierte en problema cuando se estudia como si se tratara de un hecho, como una cosa del mundo real, y no como lo que realmente es: una idea.

Schopenhauer también defiende la idea de una libertad trascendental propia del hombre. Argumenta su existencia basándose en el sentimiento de responsabilidad que se desprende de nuestros actos. Según su teoría, el hombre posee dos caracteres: el inteligible y el empírico. El primero “es la voluntad como cosa en sí”, la esencia; el segundo es “como el hombre entero: un simple fenómeno sometido [...] a las formas de todo fenómeno: tiempo, espacio y causalidad, y regido por sus leyes.”¹³ De este modo, la voluntad sólo es libre fuera del mundo de los fenómenos.

Es importante subrayar que Schopenhauer entiende “la cosa en sí” como *esencia* inmutable de una voluntad individual —a diferencia de Kant que la define como *idea*— ya que esto trae como consecuencia una concepción de la libertad que se desvía de manera significativa del supuesto del cual parte.

[...] bajo la influencia de los mismos factores que han determinado a un hombre, era perfectamente posible una acción diferente, y hasta opuesta a la que se ha realizado, *siempre que el hombre hubiese sido de otro modo*. Por él mismo, porque es de *una* manera y no de *otra*, porque tiene *tal* carácter, y no *tal* otro, no era posible acción distinta; pero *en sí misma*, y por lo tanto objetivamente, era realizable.¹⁴

¹¹ Manuel García Morente, *La filosofía de Kant: una introducción a la filosofía*, p. 164.

¹² *Idem*.

¹³ Arthur Schopenhauer, *La libertad*, p. 144.

¹⁴ *Ibidem*, p. 140. [Subrayado en el original].

Aunque Schopenhauer afirma la libertad, niega la realidad del libre albedrío, ya que éste implicaría una existencia sin esencia y, para él, nada de lo que *es* en el universo carece de esencia. Por lo demás, sitúa la necesidad en la acción y la libertad en el ser; del contacto con los motivos se deriva la acción y ésta, a su vez, revela nuestra *esencia*: “el hombre no hace nunca más que lo que quiere, y sin embargo, obra siempre necesariamente. Consiste la razón en que el hombre *es* lo que *quiere*, porque de lo que *es* se deriva naturalmente lo que *hace*.”¹⁵ Concepción similar a la de los escolásticos: *operari sequitur esse*: “las acciones se derivan de la esencia.”

La noción más radical, totalmente opuesta a la de Spinoza, la elabora en el siglo XX el filósofo existencialista Jean Paul Sartre, quien coloca la libertad como tema fundamental de su ontología, ya que para él “el hombre *es* libertad”. Y libertad de indiferencia.¹⁶ Es decir, que en cualquier circunstancia se puede optar por *esto* o *aquello* sin que ningún motivo interfiera en la decisión. Pero entendida así se vuelve contra sí misma: “La libertad total es la falta total de libertad.”¹⁷ A juicio de Juliana González, “Sartre expresa, más que un *logos*, un *pathos* de nuestra realidad presente.”¹⁸ La libertad para el filósofo francés es *causa sui*, es la nada del ser, vacío absoluto, absurdo como la propia existencia. Siguiendo a Juliana González, para Sartre

[...] los caminos de la libertad son, en efecto, los caminos de la aniquilación, de la contingencia y de la soledad absolutas, de la completa gratuidad, del absurdo y de las “pasiones inútiles” condenadas al fracaso. Son los caminos de la Nada opuestos a la necesidad, a la causalidad, a la Naturaleza, al Ser.¹⁹

La angustia que el hombre experimenta al asomarse al abismo que es la libertad de indiferencia hace correr el velo que oculta el desgarramiento estructural que pervive, tanto en la realidad circundante, como en él mismo. Por otro lado, Sartre afirma que las relaciones interpersonales, es decir, entre intersubjetividades plenas, son imposibles, ya

¹⁵ *Ibidem*, p. 146.

¹⁶ Las ideas filosóficas de Sartre sobre el tema de la libertad se compendian en *El ser y la nada* y en los tres tomos de su novela, *Los caminos de la libertad* (*La edad de la razón, I; El aplazamiento, II; La muerte en el alma, III*). Hacia el final de esta trilogía el protagonista, Mateo, anuncia su encuentro con un tipo de libertad pavorosa: “Se acercó [Mateo] al parapeto y comenzó a disparar de pie. Era un enorme desquite; cada disparo le vengaba de un antiguo escrúpulo. [...] Disparaba... Las leyes volaban por el aire... Amarás al prójimo como a ti mismo: pan, sobre ese idiota... No matarás: pan, sobre ese títere de ahí delante... Disparaba contra el hombre, contra la Virtud, contra el Mundo... La libertad es el Terror... [...] Libre como el aire... El mundo saltará en pedazos y yo con él... [...] Disparé [...] contra toda la Belleza de la Tierra, contra la calle, las flores y los jardines, contra todo lo que había amado. [...] Disparé: era puro, era todopoderoso, era libre...” *La muerte en el alma, III*, Primera parte, p. 192.

¹⁷ Michel Ende, “La prisión de la libertad”, *La prisión de la libertad*, p. 181.

¹⁸ Juliana González, *Ética y libertad*, p.225.

¹⁹ *Ibidem*, p. 209.

que mi mirada objetiva al otro y la mirada del otro me objetiva. De este modo, las relaciones humanas sólo se pueden efectuar de sujeto a objeto, pero nunca de sujeto a sujeto. Mi libertad debe luchar, en este medio de uso y cosificación, por imponerse a la libertad del otro porque “[...] ser visto me constituye como un ser sin defensa para una libertad que no es la mía. En este sentido podemos considerarnos como ‘esclavos’, en tanto que nos aparecemos a otro.”²⁰

Uno de los puntos de unión entre “la filosofía kantiana” y “la filosofía existencial” “es el carácter absoluto y puro con que la libertad [...] es concebida”: “*el vacío (la pureza) de la voluntad es el vacío (la in-determinación) de la libertad.*”²¹ A su vez, ambas coinciden con la doctrina de Spinoza en la forma *absoluta* en que presentan la libertad. Spinoza niega por entero la libertad y Kant y Sartre la afirman categóricamente.

2. CARÁCTER DIALÉCTICO DE LA LIBERTAD

Independientemente de las doctrinas de estos tres importantes filósofos, lo cierto es que la realidad inmediata nos habla tanto de necesidad como de libertad; tanto de determinación como de indeterminación; tanto de condicionamiento y coerción como de posibilidades y alternativas; es decir: el carácter de la libertad es dialéctico. Así lo entienden muchos filósofos como Miguel de Unamuno para quien la necesidad y la posibilidad se presentan en el hacer del hombre como una dialéctica irreconciliable. Kenjuro Kanagida asevera que también Marx comparte esta apreciación y al respecto dice que “*La libertad no es la negación de la necesidad, sino que está condicionada por la necesidad.*”²² Eduardo Nicol plantea una visión similar:

Necesidad y libertad no son dos contrarios que se excluyan el uno al otro. La libertad no pone en suspenso la necesidad. Nada puede suspender la vigencia de lo necesario. Necesidad y libertad dependen, en el hombre, la una de la otra, se conjugan la una con la otra.²³ En este mismo sentido, en el ámbito del ser [...] somos y no somos los mismos, cambiamos y permanecemos a la vez.²⁴

²⁰ Jean Paul Sartre, *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*, p. 372.

²¹ González, *op. cit.*, p. 11. [Subrayado en el original].

²² Kenjuro Yanagida, *Filosofía de la libertad*, p. 117. [Subrayado en el original].

²³ Eduardo Nicol, *Psicología de las situaciones vitales*, p. 137.

²⁴ González, *op. cit.*, p. 25.

En la experiencia inmediata se manifiesta el predominio de la determinación en la naturaleza y de las necesidades culturales. Al hombre lo define su estructura biológica o genética; los factores ambientales, sociales, económicos, políticos y, de acuerdo con Freud, también los psicológicos inciden directamente en su condicionamiento. Por consiguiente, ni siquiera en lo moral la persona puede elegir con libertad.

Fromm, a diferencia de Freud, no habla de determinismo sino de condicionamiento: el hombre está condicionado por dos necesidades básicas: las fisiológicas, o naturales, —resumidas como necesidad de autoconservación— y las sociales, o necesidad de relacionarse con el mundo exterior. El instinto de autoconservación equivale en filosofía a lo que Spinoza escribió: “Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser.”²⁵ O tal vez a la *voluntad de ser* de Schopenhauer.²⁶ Los dos tipos de necesidades están estrechamente vinculados: la “necesidad de autoconservación” se satisface por medio del trabajo, el cual depende del “tipo de sociedad en que [se] haya nacido”.²⁷

El análisis que realiza Fromm acerca de la libertad en el hombre moderno y el modo de enfocar parcialmente su lado negativo tiene un valor definitivo para el presente texto. Él reconoce el carácter dialéctico de la libertad. El concepto de *miedo* le sirve para englobar los principales sentimientos que aquella genera: soledad, angustia, sufrimiento y culpa.

Fromm igualmente habla de la necesidad social, como de un tipo de necesidad afectiva, de la cual se desprende la exigencia del trabajo. En sí, se trata de un medio de supervivencia que mantiene la estabilidad. La libertad de los hombres que no tienen el alimento asegurado es caótica e insufrible. Tal como lo demuestra el gran Inquisidor de Dostoyevski.²⁸ De hecho, no parece admisible declarar que en tales circunstancias, en las que la hambruna prevalece, haya libertad. Surge una pregunta inevitable ¿Acaso el hambre no se convierte en tirano de la humanidad? La respuesta es unívoca: no hay espacio para la libertad si no se satisfacen primero las necesidades más básicas, como es la alimentación.

Si bien el trabajo favorece la creación del espacio de la libertad, también puede anularlo. Para Fromm “el modo de vida, tal como se halla predeterminado para el

²⁵ Spinoza, *Ética demostrada...*, Parte III, Proposición VI, p. 209.

²⁶ Para Schopenhauer la voluntad de ser es *el querer por el querer*, sin fin, ni razón. Pero no se trata de un fenómeno de la psique, sino de una esencia, de un carácter particular que *quiere ser y seguir queriendo*. La comparación entre Spinoza y Schopenhauer es un tanto gratuita: para el primero, la voluntad ni siquiera existe; mientras que, para el segundo, es un concepto fundamental en su filosofía. No obstante, me parece que, por lo menos en este punto, la idea medular es parecida. Cf. *El mundo como voluntad y representación*.

²⁷ Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, p. 41.

²⁸ Fiodor Dostoyevski, “El inquisidor general”, *Los hermanos Karamazov*, pp. 291-310.

individuo por obra de las características peculiares de un sistema económico llega a ser el factor primordial en la determinación de toda la estructura” del carácter del individuo.²⁹ El trabajo en la Edad Moderna —continúa Fromm— es enajenante: en él “el hombre, precisamente porque es un ser consciente, hace de su actividad vital, de su esencia, simplemente un medio para su existencia”;³⁰ se *animaliza* pues sólo tiene libertad para cumplir las funciones más básicas. Los hombres se convierten en “esclavos del salario” para evitar el hambre “desprendiéndose de la dignidad humana y de sus deseos de libertad y de bondad.”³¹ En el período en que permanecen trabajando, no se sienten dueños de sí; por el contrario, se perciben como *ajenos* a sí mismos. Con justicia dice Juliana González que: “Es problemática, ciertamente, esta naturaleza ‘enajenable’ o ‘negable’ de la esencia humana; esa nota, distintivamente humana, de que el hombre pueda *no-ser* lo que es; pueda, en sentido literal, ‘des-humanizarse’ por su propia acción.”³²

La persona entregada a este tipo de trabajo enajenante ve fluir el tiempo desde fuera. Sabe que en el trabajo no es dueña de *su* tiempo. Así, el presente se disipa en las múltiples obligaciones diarias.

El hombre, desprendido de esa eternidad en la que todos los tiempos son uno, ha creído en el tiempo cronométrico y se ha convertido en prisionero del reloj, del calendario, de la sucesión. Pues apenas el tiempo se divide en ayer, hoy y mañana, en horas, minutos y segundos, el hombre cesa de ser uno con el tiempo, cesa de coincidir con el fluir de la realidad.³³

El sistema que domina en la sociedad se refleja en cada una de las pequeñas células que la integran: la familia. Lo que Ortega y Gasset llama *pater familias* en *Del Imperio Romano*, esto es, la familia como un pequeño Estado. En el caso de las civilizaciones occidentales el sistema patriarcal es el que se ha impuesto. En la órbita familiar, el individuo no se doblega ante la autoridad sólo por debilidad, también lo hace por una inherente necesidad emocional, por la búsqueda del sentido de pertenencia; porque es incuestionable que el ser social también vive de sus afectos. El hombre no puede ser en soledad. Y su libertad debe realizarse dentro de las relaciones históricas, porque: “*La libertad únicamente se conquista en la sociedad*”.³⁴

²⁹ Fromm, *op. cit.*, p. 38.

³⁰ Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, p. 81.

³¹ Yanagida, *op. cit.*, p. 133.

³² González, *op. cit.*, p. 162. [Subrayado en el original].

³³ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*, p. 227.

³⁴ Yanagida, *op. cit.*, p. 115. [Subrayado en el original]. La idea es de Hegel.

La realidad del hombre es constante contradicción: si por un lado el individuo requiere de la sociedad para concretar su potencial óptico, por el otro, ésta también puede desintegrarlo. El sentido comunitario hace que la persona ponga énfasis en su yo social, el cual a menudo contrasta con el yo real: el yo social está “[...] constituido esencialmente por el papel que se espera deberá desempeñar el individuo y que, en realidad, es tan sólo el disfraz subjetivo de la función social objetiva asignada al hombre dentro de la sociedad.”³⁵ Y así,

Al adaptarnos a las expectativas de los demás, al tratar de no ser diferentes, logramos acallar aquellas dudas acerca de nuestra identidad y ganamos así cierto grado de seguridad. Sin embargo, el precio de todo ello es alto. La consecuencia de este abandono de la espontaneidad y de la individualidad es la frustración de la vida.³⁶

En el hombre moderno se ha desarrollado “la conciencia del propio yo individual, del yo ajeno y del mundo como entidades separadas.”³⁷

3. YO Y EL OTRO

Debido a que “no somos libres para estar o no en este mundo que es el de ahora”,³⁸ el sujeto llega, obviamente, sin haber participado en la decisión. Así, arriba a un mundo extraño, regido por sus respectivas leyes naturales y que ha sido estructurado en distintos órdenes —social, político, económico, moral, etcétera— por *otros* seres. “El mundo coexiste con el hombre, el mundo es una realidad ya dada, el hombre no puede cambiar ni elegir el mundo en el cual se tiene que hacer”.³⁹ La presencia del *otro* limita la libertad porque se impone constantemente como una voluntad ajena. Ya sea en la familia, en la convivencia diaria, en el trabajo, en fin, en todos los espacios en que se desenvuelve el hombre, el prójimo está ahí, afirmándose como *otra* libertad y exigiendo, a su vez, que su existencia sea reconocida.

³⁵ Fromm, *op. cit.*, p. 125.

³⁶ *Ibidem*, p. 244.

³⁷ *Ibidem*, p. 60.

³⁸ José Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, en *Obras completas*, Tomo VII, p. 417.

³⁹ Guillermina Alonso Dacal, tesis de licenciatura, *La idea de hombre en José Ortega y Gasset*, p. 85.

En consecuencia, el individuo experimenta rechazo hacia ese otro que pretende restringir sus posibilidades en favor de las suyas. “*El prójimo es originalmente el enemigo que esclaviza y enajena*”.⁴⁰

Pero, paradójicamente, sin la mirada del otro, el hombre no podría llegar a *ser* porque para el yo es imposible definirse en solitario; así lo afirma Heidegger:

[...] no “es” inmediatamente, ni jamás se da un mero sujeto sin mundo. Ni por tanto a la postre tampoco se da inmediatamente un yo aislado de los otros.

[...] en la comprensión del ser que es inherente al “ser ahí” está implícita, por ser el ser del “ser ahí”, un “ser con”, la comprensión de los otros.⁴¹

Para este filósofo, sin embargo, individualidad y comunidad son incompatibles: no es factible estar con otros sin perder la individualidad. El individuo pierde su singularidad cuando se vincula con la comunidad al *tener que* adoptar sus costumbres, tradiciones y creencias, en pocas palabras, su forma de vida. La comunidad sospecha del individuo diferenciado, lo percibe como una amenaza, como un peligro para la unidad prevaleciente; por tanto, lo aparta de sí o lo aniquila.

Con base en el presupuesto anterior, si el individuo asume su libertad —al rechazar las reglas de la comunidad y desplegar su esencia natural— se interna en la soledad y en la angustia de la elección y de la muerte. Por el contrario, si renuncia a ella a cambio de la seguridad y la fuerza que le provee la vida en sociedad, esa *esencia* se adormece sobre un vacío oculto y lo único que se advierte es un rostro superpuesto, una especie de máscara para *ser con otros* en el mundo. Ésta es la “*alternativa irremediable*”⁴² del hombre.

4. RAZÓN, CONCIENCIA, VOLUNTAD, DESEO Y PASIÓN

Ortega y Gasset escribe que: “El descubrimiento decisivo de la conciencia, de la subjetividad, del ‘yo’ no acaba de lograrse hasta Descartes. [...] consistió este descubrimiento en haber hallado que entre las cosas que existen o pretenden existir en el

⁴⁰ Juliana González resume con esta frase la concepción sartreana del Otro. Véase “Caminos y aporías de la libertad: Sartre”, *op. cit.*, p. 219. [Subrayado en el original].

⁴¹ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, § 25, p. 134 s. y § 26, p. 143, respectivamente.

⁴² González, *op. cit.*, p. 192 [Subrayado en el original].

Universo hay una cuyo modo de ser se diferencia radicalmente del resto: el pensamiento.”⁴³

La mayoría de los filósofos coincide en que es la conciencia la que abre la puerta a la libertad y en que es ella quien engendra el conflicto humano. Paradójicamente: “A medida que crece en el hombre la conciencia de la libertad, crece la conciencia de su no libertad.”⁴⁴ Se trata de un privilegio terrible que hace que el yo surja y entre en el flujo temporal que conduce a la muerte: “La conciencia hace que el hombre se precipite en el tiempo”.⁴⁵ Más aún, Unamuno piensa que: “La conciencia es una enfermedad”.⁴⁶ ¿Y qué puede esperarse de una conciencia enferma sino la captación de un mundo anómalo?

Gracias a la conciencia son advertidas e interpretadas las percepciones que proceden del mundo exterior e, igualmente, del cuerpo y de la mente. Este proceso Freud lo incluye en su topografía de la mente y lo llama “consciente”. Y además, agrega otra categoría bien conocida: el inconsciente, que está regido por el principio del placer. Ahora bien, para conformar su teoría Freud introduce las nociones del “yo”, el “ello” y “el superyó”, que son estructuras mentales. “El yo es el órgano ejecutor de la psique y controla [...] la percepción, el contacto con la realidad [...] y la modulación de las expresiones de los impulsos [...]”. El ello “es un reservorio de impulsos instintivos desorganizados” y “[...] no tiene capacidad para diferir o modificar los impulsos instintivos innatos”.⁴⁷ El superyó es “la instancia de la conciencia moral que prohíbe: es decir, que dicta lo que el individuo *no* debe hacer.”⁴⁸ Al yo lo gobierna el principio de realidad; al ello, el principio del placer y al superyó, el del deber.

El complejo entramado de la psique humana se origina a causa de la oposición conciencia-instinto; es decir, por la humanidad y la animalidad que lo integran; por la necesidad que lo determina y por la libertad que le es propia. La razón, la voluntad y el deseo, por un lado, y la necesidad, condicionamiento o determinación, por el otro, constituyen fuerzas antinómicas y complementarias que producen —o impiden— el *movimiento interno* que tiende a concretarse en actividad en el exterior. Para Freud, la complejidad se explica por el conflicto que suscita la interacción de la realidad, el deseo y el deber. El niño crece en una sociedad con normas y costumbres particulares. Al

⁴³ Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, p. 375.

⁴⁴ Yanagida, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁵ Rüdiger Safranski, *El mal o el drama de la libertad*, p. 13.

⁴⁶ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida. En los hombres y en los pueblos*, p. 89.

⁴⁷ Harold Kaplan y Benjamin Sadock, “Sigmund Freud: Fundador del psicoanálisis clásico”, en *Sinopsis de psiquiatría*, p. 247.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 248. [Subrayado en el original].

internalizar las reglas y valores de su comunidad, éstas se convierten en guías, incluso inconscientes, de su conducta. El propio sistema de valores del individuo puede no concordar con el sistema de valores reconocido por la sociedad; pero casi siempre resulta imposible sustraerse al régimen imperante: “El sentimiento de obligación (deber) es el sentimiento de esa *coerción* social de la que todo individuo sabe bien que le es imposible librarse.” Por la presión social es “por lo que raramente somos libres.”⁴⁹

Platón observó que las “partes” que constituyen el alma, a saber, la racional, la irascible, o vehemente, y la apetitiva, o concupiscente, se enfrentan en conflictos violentos. El griego compara —pertinentemente— esta lucha con un carro de tiro conducido por dos caballos: el elemento racional es un auriga y las otras dos partes son un tiro de dos corceles que a veces se precipitan hacia distintas direcciones.⁵⁰ Esta rivalidad entre los móviles de la acción son los que producen el trance de la libertad. Con razón apunta Safranski que para Platón

La guerra civil del alma se desencadena cuando las partes correspondientes de la misma —la razón, la valentía y los apetitos— no se hallan en concordia recíproca, cuando, por ejemplo, triunfan las ansias de placer y los hombres se hacen viciosos, o cuando la valentía crece hasta convertirse en temeridad o crueldad.⁵¹

Desembarazarse de ellas, anularlas y hacer que triunfe la razón sobre la vehemencia y la concupiscencia significa acceder al reino de la libertad.

La libertad también se fundamenta en la razón. La razón es la cualidad que hace que el hombre trascienda sus inclinaciones *animales*, al permitir que sus acciones no sean motivadas exclusivamente por el instinto. La razón, entendida como facultad de analizar, de cuestionar, de pensar, *de elegir*, opuesta al instinto, distingue al hombre del resto de los seres vivos. Es, junto con la conciencia, el fundamento que hace posible la libertad. Hay otro modo común de entender la razón: éticamente. Actuar *conforme a razón* es actuar como uno *debería* hacerlo, con independencia de los deseos personales e incluso contra los propios intereses. Otro sentido, también usual, del término “razón” es el de *motivación*. Es el *porqué* que antecede al acto o la explicación que lo justifica. A este respecto, Von

⁴⁹ H. Gouhier, citado por Frederik Copleston, en *Historia de la filosofía*, vol. IX, p. 49 y p. 232, respectivamente.

⁵⁰ Platón, *Fedón. Fedro*, 246 a, p. 207.

⁵¹ Safranski, *op. cit.*, p. 114.

Wright opina que el hombre no elige sus razones “[...] están ahí, le viene dadas. Pueden ser entendidas como ‘hechos acerca de él’.”⁵²

Aristóteles catalogó la voluntad como una facultad racional, atributo que la diferencia y aparta del deseo. Para los griegos en general, el hombre sólo es libre si actúa de modo racional porque los instintos esclavizan. Por eso, en cierta forma, voluntad y virtud se emparentan, en tanto que la virtud máxima consiste en el dominio de la voluntad sobre los instintos. Los cínicos, que encumbraron el carácter autónomo de la filosofía socrática y del mismo Sócrates frente a las convenciones sociales, hicieron de la independencia y de la libertad el valor más alto de su propia filosofía. Una de las exigencias para vivir libremente es despojarse de las pasiones y necesidades que asechan con persistencia a los individuos. En suma, para los filósofos de esta escuela, la libertad significa prescindir de las pasiones y los deseos; en pocas palabras: vivir sin apegos.

Para Aristóteles, la voluntad es la capacidad de elección que se manifiesta en la ejecución de los actos. Pero no debe confundirse elección y voluntad, pues no son lo mismo: la elección recae en las posibilidades que están al alcance y la voluntad puede expresarse en deseos imposibles, como el de inmortalidad, por ejemplo.⁵³ Tampoco “puede reducirse el problema de la libertad a la elección” ya que la verdadera libertad es creadora y debe trascender “las posibilidades de acción que se nos imponen desde fuera.”⁵⁴

La acción se ejecuta con vistas a un fin; la voluntad pone en movimiento la acción y “le proviene al hombre de ser el autor creador en todas sus actividades humanas”: de ser *causa sui*.⁵⁵ Conforme a la tendencia racionalista, la voluntad gobierna los apetitos y las pasiones; en cambio, empiristas como Hume consideran que son las emociones quienes rigen la voluntad. Quizá sea pertinente hablar de una *voluntad racional* y de una *voluntad deseante*. La distinción se justifica por el modo en que intervienen la razón y el deseo: la *voluntad racional* se inclina hacia el camino que apunta la razón, independientemente del deseo; y la *voluntad deseante* tiende hacia el deseo, independientemente de la razón. Para aclarar esto, es menester recordar la paradoja de la voluntad señalada por Aristóteles, que ilustra con el ejemplo del tirano. El planteamiento es el siguiente: si un tirano nos *obligara* a matar a alguien, amenazándonos con asesinar a nuestro hijo, la voluntad se determinaría

⁵² Georg Henrik von Wright, *Sobre la libertad humana*, p. 44. Von Wright parece secundar la conclusión negativa a la que llega Schopenhauer después de haberse preguntado si somos o no libres para querer lo que queremos, es decir, si existe el libre arbitrio. *Vid.* Cap. I de la obra citada *supra*.

⁵³ *Vid.*, Aristóteles, Libro III, *Ética a Nicómaco*.

⁵⁴ Risieri Frondizi, *Introducción a los problemas fundamentales del hombre*, p. 195.

⁵⁵ Román Gárate, *op. cit.*, p. 43.

a perpetrar el homicidio para salvarlo; pero, al mismo tiempo, tanto nuestra voluntad como nuestro deseo repugnarían el acto. De esta suerte, consumaría el crimen voluntaria e involuntariamente. En este ejemplo la *voluntad racional* se inclinaría hacia un lado y la *voluntad deseante* hacia el lado opuesto.

El deseo, el temor o el odio son “fuerzas irracionales” que también intervienen en la acción. “Estas fuerzas pueden ser de tal grado que en algunas ocasiones nos lleven a dudar acerca de si los actos a los que han dado lugar pueden considerarse acciones (igual que cuando se obliga físicamente a alguien a hacer algo).”⁵⁶ El deseo, a diferencia de la voluntad, que tiene un carácter dinámico, es cualitativamente pasivo, pues se despierta por la atracción que ejercen los objetos externos y sólo se dirige hacia ellos, además de que no determina la acción. Estrictamente “Mi deseo *se activa*, pero *no causa* mi conducta física”. Sin embargo, cuantitativamente, sí puede convertirse en una fuerza avasallante que anule la voluntad y, en tal caso, es justo decir que es *la causa* de la acción que se verifica.

En el proceso de la elección, y en el consecuente acto, la razón, la voluntad y el deseo, aunque llegan a coincidir, no siempre lo hacen; muchas veces se convierten en fuerzas en constante tensión, cuya confrontación desestabiliza al individuo, llegando incluso a paralizarlo y, por consiguiente, a truncar su potencial. El reconocimiento de las posibilidades, requisito de la libertad, también hace que la elección se vuelva problemática porque “implica un *cierre* de caminos, una negación de otras posibilidades”;⁵⁷ significa renuncia, o *esto*, o *aquello*. Es entonces cuando aparece la angustia que para Kierkegaard es “el vértigo de la libertad. [Que] Surge cuando [...] la libertad fija la vista en el abismo de su propia posibilidad y echa mano a la finitud para sostenerse.”⁵⁸

En la elección se evidencia la libertad y con cada decisión se crea, recrea y fortalece el ser que elegimos ser.⁵⁹ La teoría de Fromm acerca de la relación entre la libertad y el carácter, que expone en *El corazón del hombre*, establece que “La libertad de elección es una función del carácter” y que, además, lo va forjando. El margen de libertad es amplio en la infancia pero aumenta o decrece con cada decisión tomada. El carácter es herido por las elecciones erradas: si en alguna *circunstancia* se elige mal —o no se elige— se tienen más probabilidades de equivocación en la próxima situación. Llega el momento en que es imposible dar marcha atrás: el tiempo clausurado se erigirá como prisión del ser.

⁵⁶ Von Wright, *op. cit.*, p. 43.

⁵⁷ González, *op. cit.*, p. 204.

⁵⁸ Sören Aabye Kierkegaard, *El concepto de la angustia*, p. 66.

⁵⁹ Ortega y Gasset es uno de los filósofos que en la cuestión de la libertad pone énfasis en la decisión. *Vid. ¿Qué es filosofía?*, p. 435. Para Carl Schmitt la decisión incluso es sinónimo de poder. *Vid.* Enrique Lynch, “El fantasma de la libertad”, en *Letras Libres*, núm. 63 (marzo 2004) p. 19.

Lo contrario sucede cuando se elige correctamente: la libertad se va ampliando y el carácter se refuerza positivamente. Añade Fromm que el fracaso ocurre porque no se sabe cuándo elegir; para evitar este desenlace —continúa— haría falta un guía que pudiera iniciarnos durante la infancia en el camino de la libertad.⁶⁰

La angustia es el miedo de la *posibilidad* que trae consigo la libertad. En ella representa justamente su carácter negativo: “la libertad de elección puede inhibir la acción.”⁶¹ El asno de Buridán⁶² ilustra de manera clara esta afirmación: la libertad “que a fuerza de mantenerse en constante tensión no ha de poder nunca elegir”.⁶³ La superación de la angustia en la elección y la acción acorde a la propia voluntad, dentro de los márgenes que permite la determinación, significaría el triunfo de la libertad y la conquista del ser proyectado.

5. LA CONFORMACIÓN ONTOLÓGICA: SER Y HACER

El hombre es lo que *es* y lo que *hace*. Justamente en el *hacer* se manifiesta su esencia. Para Hegel, el sujeto “es la serie de sus acciones”;⁶⁴ para Ortega y Gasset la vida del hombre es un quehacer en circunstancia y para Miguel de Unamuno es un quehacer *contra* la circunstancia. “Tenemos que elegir en cada instante [...] Por tanto, cada cual está eligiendo su hacer, por tanto, su ser —incesantemente.”⁶⁵ En el no-hacer se evidencia una oquedad, una falta de consistencia del individuo que no puede superar la parálisis y alcanzar su ser proyectado. En la inacción, en la pasividad, el hombre descubre su “no-yo”; en cambio, encuentra su “yo si el modo es activo y percibido como el resultado actual de un esfuerzo querido”.⁶⁶ Aunque, se debe aclarar que la acción que se realiza por coerción del medio o por el imperio de la necesidad no revela en sentido estricto la esencia íntegra del sujeto, antes bien, la oculta. La autenticidad que exige el yo en construcción

⁶⁰ Erich Fromm, *El corazón del hombre: su potencia para el bien y para el mal*, p. 155. Sin extenderse demasiado, Frondizi, en *Introducción a los problemas fundamentales del hombre*, anota una idea parecida: “los niños nacen con libertad potencial que crece o disminuye según las circunstancias”, *op. cit.*, p. 266. De modo contrario, Sartre sostiene que el niño carece por completo de libertad y que ésta se incrementa a medida que el niño crece. Cf. Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*.

⁶¹ Von Wright, *op. cit.*, p. 75.

⁶² Esta paradoja es muy citada en filosofía: un asno situado frente a dos montones de heno parece de inanición debido a que no consigue elegir alguno de ellos.

⁶³ La idea y la cita son de María Angélica Salmerón Jiménez, *El problema de la libertad en Unamuno.*, pp. 55 y 58.

⁶⁴ Georg Wilhelm Friedrich, Hegel, *Filosofía del derecho*, §124, p. 156.

⁶⁵ Ortega y Gasset, *Del Imperio Romano*, en *Obras completas*, Tomo VI, p. 114.

⁶⁶ Maine de Biran, citado en Frederik Copleston, *op. cit.*, p. 45. [Subrayado suyo].

debe manar de la voluntad originaria. De otro modo, únicamente se trata de un conato de ser.

El hombre no es lo quiere: “hace lo que puede” y esa acción “revela lo que no se puede. El poder es impotente porque no coincide con el querer”.⁶⁷ En el hombre se intuye un vacío ontológico que señala los límites de su ser: *lo que es* se deriva de lo que no es y, al mismo tiempo, exhibe lo que se quisiera ser.⁶⁸ Estos tres fragmentos integran la totalidad del sujeto porque —de acuerdo con Eduardo Nicol— “En el hombre el yo incluye el no-yo”, “El no-yo no le es ajeno”, “Ese no-yo es otro yo: un ente que forma parte de mi familia ontológica.”⁶⁹ Por el no-yo el sujeto se percata de su esencia, de su forma, de sus rostros y de todas sus posibilidades. El no-yo es el límite del ser y “Algo es lo que es sólo en su límite y por su límite.”⁷⁰ Schopenhauer concuerda con esta última reflexión, pues supone que “toda existencia cuando es debe también ser algo, tener una esencia determinada. [...] Todo lo que es ha de tener una naturaleza particular, característica, merced a la cual es lo que es [...]”.⁷¹ Por supuesto, “La libertad tiene que tener sus límites; [pues] nada ilimitado es humano.”⁷²

Es el no-yo lo que permite la multiplicidad del uno, la posibilidad de convertirse en otro, de ser muchos porque, ciertamente, como juzga Pessoa “cada uno de nosotros es varios, es muchos, es una prolijidad de sí mismos”,⁷³ es un Proteo.

La libertad no se presenta como cualidad inherente: el hombre no *es* libertad como presume Sartre. “El hombre por naturaleza no es libre: constantemente siente que de hecho su libertad le es negada y restringida, y se ve obligado a luchar por ella, superando esta negación y restricción. [...] el hombre en procura de la libertad lucha ante todo contra la naturaleza y aspira a vencer la negación y la restricción de la libertad ejercidas por la naturaleza.”⁷⁴ Así lo cree también Ignace Lepp: “El hombre no está condenado a ser libre, pero sí está llamado a llegar a serlo; su libertad es una conquista sobre la naturaleza; es la libertad misma la que realiza su libertad.”⁷⁵

⁶⁷ Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, p. 33.

⁶⁸ Salmerón Jiménez, *op. cit.*, p. 21.

⁶⁹ Nicol, *op. cit.*, p. 19, p. 20 y p. 21, respectivamente.

⁷⁰ Hegel, citado en Safranski, *op. cit.*, p. 116.

⁷¹ Schopenhauer, *op., cit.*, p. 91.

⁷² Gárate, *op. cit.*, p. 60.

⁷³ Fernando Pessoa, *El libro del desasosiego*, p. 44.

⁷⁴ Yanagida, *op. cit.*, p. 147.

⁷⁵ Epígrafe al cap. II, de *La libertad, la autoridad y el poder en el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset*, de Federico Arriola, p. 49.

La libertad es un privilegio que posibilita la realización del yo en *un otro* deseado, elegido por sí mismo. Pero no es invulnerable: existe el riesgo de que sea “ejercitada contra sí misma [...] por “el hombre que rinde su conciencia a la coacción exterior [del cual se dice] que se ha degradado” porque ese sujeto “emplea su libertad en aniquilarla”.⁷⁶ La libertad no implica gratuidad; es preciso conquistarla decisión tras decisión y acción tras acción. El cúmulo de determinismos, de condicionamientos, de factores coercitivos, de necesidades congénitas, estrecha significativamente los márgenes de la libertad dejando pocas posibilidades para su realización efectiva, así que el triunfo de ésta requiere la superación de los elementos que obstaculizan el proyecto del yo, renunciar a *ser* uno con los otros y trascender el orden establecido; de igual manera, vencer el sentimiento avasallante de soledad y la angustia ante la incertidumbre del devenir. El fracaso del ser asusta al individuo tanto como la muerte misma porque, en realidad, no alcanzar el yo proyectado es una forma de morir.

5.1. CONSIDERACIONES ACERCA DE LA POSIBILIDAD

[...] en la libertad humana se da la opción de la nada, de la aniquilación, del caos.

Rüdiger Safranski

Posibilidad y libertad son interdependientes. En libertad el *ser que se es* se proyecta en un *ser* potencial, en un *ser otro*. El individuo, con sus cualidades particulares definidas, con su temperamento propio y con todas las coerciones que pesan sobre él, gracias a la fisura por donde se cuele la libertad, tiene la posibilidad de construirse conforme a su voluntad, de *ser otro*: aquel que su deseo esboza. Por ello, escribe Dostoyevski que “No hay nada más seductor para el hombre que el libre albedrío, pero tampoco hay nada más doloroso.” Y “no hay, para el hombre que vive libre, preocupación más constante y punzante que la de buscar un ser ante quien inclinarse.”⁷⁷ Al ansia de libertad la acompaña el deseo de abandonarla que se evidencia, por ejemplo, según Fromm, en el auge de los regímenes fascistas.

⁷⁶ Francisco Ayala, *Ensayo sobre la libertad*, p. 26.

⁷⁷ Dostoyevski, *op. cit.*, p. 300 y p. 299, respectivamente.

Sin embargo, no hay que olvidar que si bien el temperamento puede abrir el camino de la libertad a algunos hombres, también es cierto que a otros puede limitarlos ya que

[...] nuestro modo de comprender o no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez. [...] No suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas o pesimistas, sino que es nuestro optimismo o nuestro pesimismo, de origen fisiológico o patológico quizá, tanto el uno como el otro, el que hace nuestras ideas.⁷⁸

La probabilidad de ser lo que quiero es mínima cuando se conjugan factores adversos porque a la *posibilidad* en abstracto hay que agregar la posibilidad real de cada individuo: “La libertad real de un agente depende del número de restricciones que hay sobre su libertad potencial”.⁷⁹ Además, las “posibilidades no son ilimitadas”.⁸⁰

La coerción no es siempre la misma para todos los sujetos, algunos tienen más posibilidades que otros, tanto desde el punto de vista socio-económico como biológico y psicológico. A los dos sentidos del verbo *poder* —como capacidad y como posibilidad o contingencia—habrá que agregar el del sustantivo: *el poder*.⁸¹

6. EL FRACASO DE LA LIBERTAD

Es verdad que la capacidad, la habilidad y el talento no se hallan en la misma proporción en todos los hombres. Por otro lado, las partes integrantes de la psique humana, mencionadas arriba, no siempre describen movimientos armónicos. En muchas ocasiones pugnan y desestabilizan al individuo llegando incluso a fragmentar irremediamente su *sentido* de unidad. La razón puede oponerse al deseo; la voluntad, sentirse acorralada y debilitarse en la tensión; está destinada a la frustración, si no coincide con las posibilidades reales. Ya dijimos que las categorías que conforman la estructura de la psique —yo (realidad), ello (placer) y superyó (deber)— se encuentran en un conflicto incesante. En otras palabras, sucede que la voluntad, el deseo y la razón se constituyen como fuerzas en perpetua tensión.

⁷⁸ Unamuno, *op. cit.*, p. 80.

⁷⁹ Von Wright, *op. cit.*, p. 43.

⁸⁰ Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, p. 431.

⁸¹ Carlos Vaz Ferreira, *Los problemas de la libertad y los del determinismo*, p. 95.

Hay que añadir que la *realización* humana no se alcanza sólo con el logro de la libertad *de* —“libre *de* coerciones”— sino que debe poner delante de sí la libertad *para*, ya que únicamente a la luz del fin la libertad adquiere sentido. El ser anhelado debe conquistarse y la libertad, que “es un sufrimiento del espíritu luchador y dolorido”,⁸² es la herramienta para esa conquista. Con justicia asevera Kenjuro Yanagida: “*La libertad ha convertido al hombre en hombre*”.⁸³ Ella

[...] expresa la capacidad humana de enfrentar y trascender de algún modo el destino, sobre todo el destino interior: de abrir posibilidades en el seno de lo fatal y determinado. Y expresa asimismo lo inverso: la necesidad de limitar, de determinar, de preferir y optar, de definir un ser que brota desde el abismo de su propia in-determinación.⁸⁴

Ante todo, se debe tener presente que “La libertad es en él [el hombre] una oportunidad, no una garantía de éxito. Su vida puede fracasar y fracasar por libertad. El precio de la libertad humana es precisamente esta posibilidad de fracaso.”⁸⁵

⁸² Unamuno, *op. cit.*, p. 40.

⁸³ Yanagida, *op. cit.*, p. 123. [Subrayado suyo].

⁸⁴ González, *op. cit.*, p. 28.

⁸⁵ Safranski, *op. cit.*, p. 23.

II. PROBLEMA Y FRACASO DE LA LIBERTAD EN JOSÉ GARCÍA, PROTAGONISTA DE *EL LIBRO VACÍO*

La libertad humana es esencialmente no heroica

Emmanuel Levinas

La primera novela de Vicens, *El libro vacío*, aborda la vida de un hombre común, quien se autodefine con el adjetivo “mediano”; un oficinista que pasa los días agobiado por el tedio de la monotonía y abrumado por las presiones económicas; que experimenta una fuerte necesidad de escribir y una frustración abrumadora al no poder hacerlo.

En *El libro vacío* José García, el narrador-protagonista, recorre “sin orden, sin aliño” su propia vida. Es la voz del pensamiento la que se escucha en el texto; una conciencia que fluye y divaga entre los surcos de la memoria tratando de descubrir algo. Los retazos de las vivencias pasadas forman un lienzo de tono opaco en el que amargamente se reconoce. En la búsqueda de sí y de la justificación de su existencia sobresalen acontecimientos que comparten un rasgo distintivo: todos recubren problemas que se relacionan directamente con la libertad. Los conflictos que resultan de la interacción de la necesidad, de la autoridad, de la razón, del deber, del deseo, de la voluntad y de la pasión hacen de la libertad el elemento principal en la caracterización del protagonista.

La libertad, con todos los problemas que le son propios, se presenta en diferentes períodos de la vida del personaje y lo va moldeando imperceptiblemente. En la infancia enfrenta la dificultad de la elección. La avidez hace de ella un sufrimiento áspero porque, al elegir, el resto de las posibilidades quedan eliminadas. Entonces, la decisión se torna indecisión paralizante. En la adolescencia se despierta la conciencia de *el otro* y la voluntad ajena se impone produciendo un sentimiento de impotencia y frustración. En la edad adulta el deber y las obligaciones restringen la acción carcomiendo el carácter, ya de por sí lastimado y débil.

El drama medular del personaje consiste en que sus deberes sociales —el trabajo, la familia— y su actual condición anímica y psíquica le impiden dedicarse a lo que verdaderamente desea: el ejercicio de la escritura. Por medio de sus dos cuadernos —el lleno y el vacío— se presenta ante un supuesto lector de quien solicita la absolución por la grave falta de escribir sin saber hacerlo. El texto resulta así una suerte de confesión que

reclama la indulgencia del que descifra; a la vez suscita la empatía necesaria para hacer de la lectura un verdadero acto comunicativo en el que se quiebra la soledad del escritor y del lector.

En el cuaderno lleno, “una especie de pozo tolerante”, José García registra el curso que su vida ha llevado y los incidentes que de una u otra forma lo han recluido en una prisión intangible. En él se delinea un personaje bifásico: una de las caras mira hacia el mundo y otra hacia el fondo de sí, hacia esa zona interna que únicamente él podría contemplar. Esta cara interior está repleta de cicatrices que dejaron los deseos frustrados; de huellas indelebles que imprimieron las grandes aspiraciones truncadas por el tiempo y las ilusiones desvanecidas en preocupaciones diarias. El cuaderno vacío representa una parte de su identidad: su vacío de ser. Los dos cuadernos simbolizan el desdoblamiento del personaje y, por síntesis, le confieren unidad y una forma ontológica.

José García concibe dos tipos excluyentes de libertad: una ideal, en la que se camina en la misma dirección que el deseo, y otra real, limitada por el medio. La confrontación de estas dos formas de entender la libertad produce el surgimiento de dos realidades alternas, lo cual es notable principalmente si se comprende que, en este caso, el deseo es una parte importantísima de la constitución del personaje. Es decir que, por un lado, el deseo proyecta un tipo particular de hombre que *existe* como *posibilidad* en plena libertad. Por el otro, en la realidad novelada se concreta una especie de hombre condicionado por una cantidad imprecisa de factores naturales y sociales.

La dualidad del personaje nace debido a la conciencia sagaz que tiene de la libertad, ya que ésta atañe a la cuestión fundamental y trascendente del ser. José García se siente imposibilitado para asumir la libertad y en el *no hacer* pierde la oportunidad de *ser* lo que desea, con lo cual se va acentuando cada vez más la escisión ontológica y la frustración e infelicidad que colma los cuadernos.

1. EN EL UMBRAL DE LA LIBERTAD: CONCIENCIA Y ANGUSTIA

La construcción de la identidad y del carácter de José García dependen de un proceso en el que la conquista de la libertad ha fallado. Esto explica la fractura que percibe el personaje en sí mismo: la dualidad y el desajuste. Esta ruptura atraviesa de extremo a extremo su espacio y lo sitúa en el limbo de la parálisis y la inacción. Es el resultado de la filiación que se verifica entre la libertad y el Ser.

El reconocimiento de los elementos condicionantes, de los límites y de las alternativas se realiza a través de la conciencia. Por medio de la conciencia se crea y reafirma el ser del individuo, ya que es ella quien tiende el puente que lo conecta con el mundo exterior. La conciencia ambiciona descifrar el mundo, lo interpreta y le adjudica un sentido. En ésta residen las facultades racionales e intelectivas. Otra acepción de la conciencia se desprende de la ética. Con el adjetivo “consciente” se califica al individuo que tiene la capacidad de considerar todos los factores que intervienen en alguna situación dada para así tomar la decisión correcta.

Iwri, el héroe de “Las catacumbas de Misraim”, un cuento de Michael Ende, vive preso en una realidad que no comprende y que le resulta cada vez más dolorosa a medida que se refina su conciencia. En el reino de las sombras, la voluntad y la elección han sido sustituidas por la voz de El Gran Ordenador, quien dirige absolutamente todas las acciones y los pensamientos. La conciencia de todos los habitantes del reino es adormecida con una sustancia que se consume en cada alimento. Así, las sombras trabajan, duermen, copulan y comen sin angustiarse —ni cuestionarse— por nada. Iwri se ha hecho inmune a la droga, como algunas otras sombras, y comienza a padecer cierta insatisfacción. Tiene atisbos de recuerdos inexplicables y su conciencia paulatinamente se aviva. Después de una revuelta promovida por él, es expulsado del reino. En este sentido, a José García le sucede lo mismo que a Iwri. En *El libro vacío*, los personajes se definen por su aparente incorporación a la realidad circundante. El protagonista cree que en ellos la conciencia de lo dado acalla la conciencia del *hubiera*; que no se sienten ajenos al mundo y que no perciben la fisura que le obsesiona. Piensa que son seres equilibrados que viven integrados a su realidad y se sostienen por su deber; un ejemplo claro de ello se encuentra en la actitud de la mujer de García, sobre la cual escribe: “Te trato mal porque me molesta tu equilibrio [...] Pero... ¡cómo voy a decirle esto a quien vive sostenida por su propia armazón, alimentándose de su rectitud, del cumplimiento de su deber, de su digna y silenciosa servidumbre!”.⁸⁶

⁸⁶ Josefina Vicens, *El libro vacío. Los años falsos*, p. 37. Extraigo todas las citas de la misma edición, por lo que en adelante me limito a anotar el número de la página después del fragmento referido. Con la intención de complementar lo expuesto, me permito traer a colación algunos datos de la vida de Josefina Vicens relacionados con su obra: desde muy joven Vicens ingresó como “taquígrafa y mecanógrafa al recién fundado Departamento Agrario (1934) del gobierno federal; [...] después ocupó simultáneamente la Secretaría de Acción Femenil en la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la jefatura de la sección femenil de la Secretaría de Acción Agraria del Partido de la Revolución Mexicana (PMR).” (Gabriela Cano, “Josefina Vicens, una voluntad de autonomía”, en *Josefina Vicens. Un vacío siempre lleno*, p. 30.) Es claro que su experiencia en la burocracia y, posteriormente, en la política, se refleja en sus personajes. La visión de libertad de la autora bien puede derivarse de esas vivencias y ser el resultado de un aprendizaje empírico. Pero también es probable que se desprenda de sus lecturas. El existencialismo, según la crítica, ejerció fuerte

No obstante la enorme distancia que separa a Josefina Vicens de un escritor como Michael Ende, es relevante que la preocupación por la libertad y el enfoque del problema sea tan semejante en ambos escritores.

A propósito de la concepción del primer hijo, el protagonista de *El libro vacío* afirma que “sentía remordimiento por no haberle dado, desde ese instante, o precisamente en ese instante, [su] conciencia” (pp. 105-106). Él se culpa por no haber tenido noción de lo que su acto engendraba. Más adelante, una vez que ha aceptado su paternidad declara que “no es la conciencia, sino el olvido de la conciencia, lo que abre la puerta al milagro” [...] “la inocencia total [es] lo que nos permite soportar la aterradora verdad de que hemos dado vida a un ser consciente” (p. 108). Como Kant, José García opina que tener hijos es “una fechoría”.⁸⁷ Mientras que la *inconciencia* permite no sólo soportar la vida sino también disfrutar de ella, la conciencia provoca el sufrimiento original al exhibir la soledad congénita del hombre.

Un enfoque análogo de la conciencia se plantea en el mito hebraico de los orígenes. Antes de comer del fruto prohibido, Adán y Eva viven en comunión en estado total de inocencia. Después de haber comido del árbol del bien y del mal, “se les abrieron los ojos”,⁸⁸ es decir, despierta su conciencia: del mundo, de sí mismos y de los otros.

El paraíso de la primera pareja humana se sostiene en la inocencia y en la sumisión y el acto de rebelión —el primer acto libre— que cometen Adán y Eva abre las puertas de la conciencia originando con ello la gran tragedia humana. Yahvé advierte que el hombre, después del pecado original, es como Dios (“uno de nosotros”) “pues se hizo juez de lo que es bueno y malo”.⁸⁹ La sentencia decretada puede resumirse en dos palabras: conciencia y libertad. A partir de ese momento el hombre es responsable de sus actos, debe elegir y sufrir las consecuencias de ellos. Si el mal es producto del pecado original y si, como se observa, éste consiste en un acto de rebelión —un acto libre— entonces la libertad es el mismo mal. Parafraseando a Safranski, el mal es el drama de la libertad.⁹⁰

Es la conciencia la “impalpable, transparente muralla” que se abre “entre el mundo y nosotros” la que produce la soledad, la angustia y la culpa.⁹¹ Por eso es aterrador dar “vida a un ser consciente”, a una criatura que no únicamente está destinada a la muerte,

influencia en ella. Como se sabe, esta doctrina puso en el centro al ser y a la libertad, lo mismo que hace Vicens en sus novelas. En esencia estas son las venas comunicantes entre vida y obra

⁸⁷ Kant, citado en Safranski, *op. cit.*, p. 274.

⁸⁸ *Génesis*: 3:7.

⁸⁹ *Génesis*, 3:22.

⁹⁰ Safranski, *op. cit.*

⁹¹ Paz, *op. cit.*, p. 11.

sino que, además, tiene un conocimiento certero de que ha de morir. Son los momentos de inconciencia, de inocencia, desde la perspectiva de José García, los que mitigan el sentimiento de culpa y “abren la puerta al milagro”. Los instantes en que está adormecida la conciencia son los que permiten sobrellevar la vida y maravillarse ante ella.

La conciencia posibilita la percepción de las cosas del mundo, pero, paradójicamente, perturba su *sentido real*, las hace *extrañas* pues nunca se consigue la total adecuación de los elementos externos con la existencia propia del ser. Algunos acontecimientos no se ajustan al tamaño del hombre y se suponen desmesurados e incomprensibles por su extrañeza. Por fortuna, piensa el protagonista, el inconsciente interviene continuamente y aminora el dolor y el remordimiento.

Aparte de la ansiedad que crece en medio de una realidad extraña, otras clases de angustia inquietan a José García: la que proviene del sentimiento profundo de soledad; “la gran angustia del miedo a la muerte” y “la de no poder dejar de escribir” (p. 58) —que tal vez sea la misma angustia del artista frustrado a la cual alude después. Las dos primeras arraigan por la posibilidad que tiene el sujeto de encararse con la nada; en este sentido, ambas se relacionan con la manera en que Kierkegaard conceptualiza la angustia, pues el filósofo parte del presupuesto de que el objeto de ésta es la nada —a diferencia del miedo que tiene un objeto determinado.⁹² Aunque, fundamentalmente, la connotación que adopta la angustia en el personaje está más cerca de Heidegger que de Kierkegaard: “Lo que ‘angustia’ no es *esto* ni *aquello* [...] sino la *posibilidad*”⁹³ y también la conciencia de la condición temporal, el sabernos para la muerte.⁹⁴ Añado una opinión más: para José García sin duda “la peor angustia del mundo estriba en tener conciencia de muchas cosas pero no poder controlar ninguna”.⁹⁵

Ahora bien, sobrepuesta a la conciencia del ser para la muerte se halla la conciencia interrogante. El deseo de “arrancarle el secreto al mundo”,⁹⁶ la urgencia de encontrar *las respuestas* al cúmulo indefinido de preguntas que rodean al fenómeno humano es la

⁹² Kierkegaard, *op. cit.*, p. 65. El concepto de angustia en Kierkegaard y Sartre está estrechamente vinculado con la libertad y la nada. “La angustia está referida al problema de la elección y su subsecuente responsabilidad. Es decir, el hombre al elegirse, está eligiendo al mismo tiempo, también a la humanidad entera.” (María Halina Vela Sánchez, *La pasión por la existencia en El libro vacío de Josefina Vicens*, Tesis de licenciatura, p. 52). En Kierkegaard: “la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad” (p. 65); “angustia de la inocencia que es la reflexión de la libertad sobre sí misma en su posibilidad” (p. 88); “es la angustia el vértigo de la libertad” (p. 95), en Kierkegaard, *op. cit.*

⁹³ Heidegger, *op. cit.*, p. 216.

⁹⁴ En Heidegger la nada tiene más peso que la libertad, ya que la angustia es propia del ser-ahí (Dasein), del ser caído en el mundo que vive en constante riesgo de encontrarse con la nada. Aunque para Kierkegaard, Sartre y Heidegger la angustia es la existencia misma.

⁹⁵ Arthur Schopenhauer, *Los designios del Destino (Dos opúsculos de Parerga y Paralipómena)*, p. 19.

⁹⁶ Iris M. Zavala, *La angustia y la búsqueda del hombre en la literatura*, p. 15.

estrategia para ahuyentar la nada y salvarse del vacío. No obstante los mecanismos de defensa, la angustia que ciñe a la conciencia está ahí como un “temblor permanente” [...] como “un quebranto” (p. 58) del tamaño exacto de José García, pero tan absorbente e inquietante que, para olvidarla, se emborracha. Sólo así logra trastocar el “sentido” de la realidad y adecuarse a él: “En mí la embriaguez no es propiamente perder el sentido de las cosas, es cambiar el sentido.” Asegura que: “[...] las cosas tienen por sí mismas otro sentido [...]” (p. 61). La subjetividad queda relegada a un segundo plano y todo en el mundo *viene* a ocupar el lugar que le corresponde.

La nivelación de la realidad interna y externa ocasiona un reordenamiento de las cosas; en esta otra atmósfera la acción puede realizarse libremente, atendiendo al deseo sin culpa. Aquí José García se desprende de los grilletes que lo inmovilizan en la *realidad*: “A veces la embriaguez coincide con la sensación de entrar a una casa en la que todo se puede hacer, si se quiere, o dejar de hacer. Hay hasta un fenómeno auditivo [...] el ruido que produce una cadena al caer” (pp. 60-61). El deseo se libera de la conciencia del deber y engendra en el personaje la impresión de reconciliarse consigo mismo y con el mundo.

El narrador se vale del recurso anterior —el referir un estado de conciencia alterado— para dibujar el espacio que puede ocupar la libertad concebida idealmente. En este espacio la libertad permite al hombre desplegar su esencia y, sin dolor y sin culpa —prescindiendo de la conciencia moral—, “caminar en la misma dirección que el deseo”. Aquí, el ser no se encuentra en constante suspenso y, por tanto, la angustia ante la pérdida o ante la nada ya no ejerce su tiranía: “si algo necesario quedó atrás, no importa, porque no se siente necesario” (p. 61). Incluso la muerte ocupa su lugar natural. No existe el *por qué* ni el *hubiera*. Todo se acepta tal como es.

En la concepción ideal de la libertad el deseo ocupa el lugar más importante. En ese estado de embriaguez el ello cobra fuerza porque se libera del principio de realidad que lo domina. El superyó —la conciencia, el deber—, mucho más desarrollado que los otros dos sistemas de la psique, reduce su extrema vigilancia y así el yo emerge en equilibrio con el ello.

En el estado de ebriedad, según el personaje, la realidad se percibe *como es* y su *naturalidad* propicia que se sienta incorporado a ella; la acción puede ejecutarse con mayor facilidad porque la responsabilidad y el saberse observado por otras conciencias ya no representan obstáculo alguno. La complejidad se reduce en la medida en que se debilitan la conciencia y la razón y se abre paso el deseo: conforme se difuminan las encrucijadas

trazadas en la conciencia por la perpetua actividad de la razón, la voluntad, la necesidad y el deseo disminuye la angustia existencial del ser que ya no tiene que crearse porque ya *es*.

Cuando la conciencia percibe el entorno real y cotidiano, el desajuste otra vez se hace patente. La incertidumbre interfiere y la conciencia se sumerge de nuevo en el misterio del mundo. En la *realidad* hay “una contradicción dada entre la libertad de la voluntad en sí misma y la necesidad sin excepción de todas las acciones del individuo”.⁹⁷

2. EL CONFLICTO EN JOSÉ GARCÍA

Se debe querer lo grande, pero se tiene que poder realizar lo grande: de otro modo es un querer nulo. Los laureles del mero querer son hojas secas que nunca han reverdecido.

Hegel

El hombre nace dentro de un medio social ya constituido por otros hombres. El medio familiar, señala Fromm, esencialmente es lo que conforma el carácter del individuo. En el análisis del personaje es oportuno recurrir al contexto económico en el que se lo sitúa, ya que éste mantiene un estrecho vínculo con la libertad. El grado de poder —entendido como *posibilidad*— es proporcional al nivel económico: cuanto más alto sea éste mayores serán las posibilidades; y viceversa, a un nivel más bajo corresponden menos posibilidades. Al aumentar o disminuir el número de posibilidades, también se amplía, o estrecha, el rango de libertad. Es decir, la libertad depende en gran medida de la situación económica en que se halla José García. Por algo afirma Marx que “el carácter universal de [la] *cualidad* [del dinero] es la omnipotencia de su ser” y —prosigue— “quien con dinero puede todo aquello que anhela el corazón humano, ¿no posee con ello todas las potencias del hombre? ¿Acaso mi dinero no se encarga de convertirme en todopoderoso, por impotente que yo sea?”⁹⁸ El dinero se vuelve expresión de libertad y amplitud de posibilidades. Jorge Luis Borges lo advierte claramente en su cuento “El Zahir”:

Nada hay menos material que el dinero, ya que cualquier moneda [...] es, en rigor, un repertorio de futuros posibles. El dinero es abstracto, el dinero es tiempo futuro. Puede ser una tarde en las afueras, puede ser música de Brahms, puede ser mapas, puede ser café, puede ser las palabras de Epicteto,

⁹⁷ Schopenhauer, *Los designios del Destino...*, p. 44.

⁹⁸ Marx, *op. cit.*, pp. 155 y 157.

que enseñan el desprecio del oro; es un Proteo más versátil que el de la isla de Pharos. [...] Una moneda simboliza nuestro libre albedrío.⁹⁹

Desde la infancia José García se familiariza con la carencia, con la pobreza, con la falta de posibilidades. Él rememora una competencia escolar efectuada cuando era niño y con ella enfatiza la magnitud del problema económico.

En la competencia de ortografía yo hice perder a mi bando al escribir una palabra que jamás he podido olvidar: “escasez”. Me era tan familiar, la oía en mi casa con tanta frecuencia, que cuando pasé al pizarrón, la escribí rápidamente y con gran seguridad. ¡Ay! Creo que sólo en las vocales no me equivoqué.

Aquel error me preocupó durante mucho tiempo. Hasta pensé, alguna vez, tomar clases para escribir correctamente. Pero ese propósito, como muchos otros, se fue diluyendo en la rutina diaria, en la escasez —desde entonces la escribo bien— de dinero; en todas esas cosas que, poco a poco, han ido recortando mis ambiciones y mis sueños. (pp. 131-132).

La familia de la sociedad moderna es fundamentalmente patriarcal.¹⁰⁰ En la obra de Vicens este modelo social es recreado con singular énfasis. La mujer admite desempeñar un papel inferior y se somete con resignación a la autoridad masculina. En general, los personajes femeninos de Josefina Vicens se caracterizan por la sumisión. Los masculinos, por cierto autoritarismo irracional. Este rasgo es evidente en *El libro vacío* y se utiliza para remarcar el ambiente en el que imperan las relaciones de poder y, al mismo tiempo, recrear el paradigma de la jerarquía social. La autoridad máxima la asume el padre. Acerca de su madre, José García “pensaba: cuando yo la describa en alguna parte del libro, usaré varias veces el término “mansamente”. “A costa de esa palabra tengo que revelarla” (p. 16).

A pesar de que las circunstancias adversas ya existen desde la niñez, en ese momento el protagonista aún no es consciente de las fuerzas coercitivas que irán reduciendo su libertad hasta anularla. Psicológicamente, el yo se ha adaptado al mundo, pero aún no ha sido condicionado por completo por las normas sociales. Esta edad de *la inocencia* mantiene el equilibrio entre el mundo y la voluntad interna.

Sin embargo, cada prohibición irá acentuando los contornos de la celda inmaterial; la principal es la que ahoga en el protagonista la posibilidad de dedicarse a su verdadera vocación —la de marino (porque el personaje lleva en su interior la inquietud del héroe y el amor a la aventura)— y lo relega a una vida carente de acción y de heroicidad.

⁹⁹ Jorge Luis Borges, “El Zahir”, *El Aleph*, en *Obras completas IV*, p. 591.

¹⁰⁰ Fritjof Capra, *La trama de la vida*, p. 28.

La conciencia de la necesidad y de la autoridad que temprano despierta en la infancia estrecha gradualmente la libertad, como si fuese un embudo el que la contiene o como un reloj de arena que cierne grano a grano las posibilidades hasta agotarlas. Un reloj que nadie podrá invertir. El personaje recuerda con amargura el momento en que, siendo aún niño, comunica alegremente a su familia que ha descubierto su vocación real y que quiere ser marino. La familia se escandaliza ante semejante anuncio y el padre, impositivo, le recuerda los deberes que tiene para con su familia como único hijo varón, y le ordena terminantemente que se olvide de eso: “Recuerdo que a medida que mi padre hablaba me invadía una especie de asfixia: por lo que decía y por cómo lo decía. Fue la primera vez que sentí el horror de estar encarcelado, condenado sin remedio” (p. 74). La sumisión es absoluta; el personaje no contempla otra alternativa ni cuestiona la decisión. El padre representa la primera y la más poderosa fuerza dominadora, despótica, que actúa sobre el inconsciente del hijo contrarrestando sus impulsos y sus verdaderos deseos.

Esa misma noche, desalentado y triste, se despidió de ese otro que pudo haber sido y que morará para siempre en el fondo de sí, como una sombra oculta por los despojos del fracaso; y llora por “los dos grandes dolores del hombre: el amor y el adiós.” Tan honda es su vocación y tan inclinado su carácter a la sumisión. Y justamente es este carácter el que le impide rebelarse contra esa decisión arbitraria tomada por el padre.

Para “olvidar” el trance anterior, se “refugia” en una mujer mayor que lo trata casi con “brutalidad”. Con ella conoce el dolor del desamor; asimismo, reafirma la imposibilidad del yo que tropieza con otras voluntades que se oponen a la suya. Después de una pelea decide no volver a buscarla, pero el sentimiento adormece la voluntad y la dignidad y, a la noche siguiente, clandestinamente, escapa de su casa llevando como presente a aquella mujer un trozo de pan que ha cocinado su madre.

La culpa aparece por vez primera en el relato. José García se siente avergonzado por su conducta cuando piensa en su madre y en sus hermanas y, además, tiene miedo del infierno y, aunque este miedo no evita que siga incurriendo en el “pecado”, sí provoca un conflicto moral que lo inquieta.¹⁰¹ A pesar de todo, el deseo y el amor lo lanzan con violencia una y otra vez hacia esa mujer a quien no quiere amar.

¹⁰¹ En *El libro vacío* hay varios atisbos de la idea de Dios que tiene el personaje, como las alusiones al pecado, al infierno y a la caída. Sobre sus primeras experiencias sexuales escribe: “sentía que iba cayendo, cayendo vertiginosamente al infierno” (p. 101). Lo mismo ocurre en *Los años falsos*. Piensa Luis Alfonso: “[en el terreno sexual] no tenía más experiencia que las solitarias, las imaginadas y las mágicas. Esta clasificación la hago ahora; entonces para mí todas eran pecado mortal” (pp. 281-282). Sin embargo, en las dos obras parece que la creencia sólo está presente en la infancia, después se esfuma. Quizá por eso apunta

La amante se revela frente a él como una voluntad opuesta que mediante sus decisiones emerge como *otro*, como un *sujeto* autónomo. Una vez más, la voluntad ajena se interpone como un muro entre él y sus objetivos. De nuevo experimenta la asfixia de la frustración, intensificada por el desenlace amoroso. En el personaje, al incrementarse la conciencia de la alteridad,¹⁰² disminuye el sentimiento de libertad.

El segundo gran problema de la libertad, el de la elección,¹⁰³ se asoma igualmente en la infancia.

Recuerdo lo que sufría para elegir un solo dulce entre los muchos que, en aquel cajoncito adornado con papel de china, vendía doña Lola Urrutia para “ayudarse con los gastos”. [...] elegir uno solo, disminuía, hacía desaparecer, casi, el placer de la compra, porque después siempre me asaltaba la idea de que los desechados eran más grandes y mejores. [...] El tocado era, pues, el definitivo, el implacable, el sin remedio. Me quedaba con él, pero mi deseo permanecía en los otros. Empezaba a roerlo lentamente, con una especie de amargura por esa posesión sin alternativa. Pero era un dulce, sabía bien y poco a poco me iba reconciliando con él. Así me ha pasado siempre en la vida. (p. 120).

Similar experiencia refiere André Gide en *Los alimentos terrestres*:

La necesidad de la opción me fue siempre intolerable: escoger me parecía, no tanto elegir, como rechazar aquello que no elegía... No hacía nunca más que *esto o aquello...* permanecía frecuentemente sin hacer nada, con los brazos siempre abiertos con el miedo de que si los cerraba al agarrar algo no había, en efecto, aprehendido *más que una cosa*.¹⁰⁴

Michel Ende en su cuento “La prisión de la libertad” plantea una idea análoga: El protagonista, Insh’allah (lo que Dios quiera), para explicar la causa de su ceguera, relata una historia que le aconteció por haber negado el gobierno absoluto de la voluntad de Alá, siendo partidario del libre albedrío. Es recluido en un salón con ciento once puertas iguales. Todas ellas, menos una, ocultan distintos tormentos. Tras esa puerta única se halla la salvación. Los días pasan e Insh’allah, lleno de angustia, incapaz de elegir se echa al piso a llorar. Como el asno de Buridán, queda paralizado frente a las alternativas.

María Mercedes Lozano Ortega que José García es “un hombre sin Dios”. “Josefina Vicens: una existencia olvidada”, en *La palabra y el Hombre: revista de la Universidad Veracruzana*, vol. 75 (Julio 1990), p. 146.

¹⁰² Uso el término “alteridad” en el sentido de encuentro o descubrimiento del otro. Para una definición más precisa véase Emmanuel Levinas, *Alteridad y trascendencia*.

¹⁰³ Ya lo había observado Vargas Alva, quien dice que “Para José García, la situación límite es el momento angustioso de la elección”, tesis citada, p. 2.

¹⁰⁴ André Gide, *Los alimentos terrestres*, Buenos Aires: Losada, 1953, Libro cuarto, p. 43. Traducido por Luis Echavarrí.

La elección implica, como se observa, la muerte de las opciones restantes. Esto es lo que frustra a José García y le impide el disfrute de la elección. Sin embargo, como se verá más adelante, en él no existe impulso alguno que le conceda el arrojo suficiente para rebelarse contra las circunstancias y, paulatinamente, se “reconcilia” con ellas. Con la compra del traje de fin de año sucede lo mismo: la elección no lo satisface, pero una vez que ha asimilado la decisión, que es propia, comienza a disfrutarla.

La elección del dulce y del traje anual comparten la misma base: la situación económica de la familia García. La niñez, la juventud, prácticamente la vida completa del protagonista, transcurren en un ambiente pleno de necesidades que satisfacer y de carencias innumerables. Es por esta razón que sobrevalora la elección. La indecisión no sólo tiene que ver con la timidez de carácter sino también con la “avidez”: “[...] quizá, muy dentro de mí, presentía que después no iba a tener casi nada de lo que entonces anhelaba con tanto ardor” (p. 123). Por otro lado, la avidez es síntoma de una afección emocional: “La avaricia” —escribe Kafka a su padre— “es sin duda una de las señales más auténticas de una profunda pena; tan inseguro me sentía frente a todas las cosas, que de hecho sólo poseía lo que ya tenía en las manos o en la boca”.¹⁰⁵ Kafka y José García comparten este estado psicológico.

Otro ejemplo significativo de la indecisión del protagonista es la elección de la primera novia: no puede decidir quién de entre dos hermanas gemelas le agrada más. Una de ellas es la que finalmente toma la iniciativa; ella actúa; él simplemente acepta. A partir de aquí, el personaje comienza a asumir un papel pasivo. Ante los demás se *objetiva* y, contrapuestas a las “pasiones diferenciales, enérgicas, éticas y heroicas [...] del sujeto, las tuyas son “indiferenciales, pasiones inertes: [de] objeto. Pasiones irónicas de astucia, silencio, conformidad y servidumbre voluntaria, opuestas a la de libertad, deseo y trasgresión, que son las del sujeto.”¹⁰⁶ La conciencia del otro, como sujeto, se va acrecentando cada vez más y José se va disminuyendo ante ella.

La siguiente y más larga etapa de la vida de José García comienza con su matrimonio. En breves líneas y de modo casi indirecto el personaje refiere ese pasaje de su vida. No rememora con emoción el acontecimiento; incluso dedica algunos renglones para insinuar que está arrepentido de haberse casado. Este sentimiento brota y se aviva por el hecho de que la familia encarna el obstáculo que le impide realizar lo que realmente anhela: escribir.

¹⁰⁵ Franz Kafka, *Carta al padre*, en *Obra completa*, tomo IV, p. 1189.

¹⁰⁶ Jean Baudrillard, *El Otro por sí mismo*, pp. 78-79.

Después, aunque abrumado por haber tenido semejante pensamiento, lo confirma al admitir que sus dos hijos y su esposa forman parte inextirpable de su vida: lo que él llama “su cárcel necesaria”.

Las dos exigencias elementales por las que se ve comprometido José García en este período corresponden a la necesidad física y a la afectiva. Las dos se manifiestan con la misma intensidad y son igualmente imperiosas. José García y su mujer adoptan el esquema familiar propio de la sociedad a la que pertenecen: ella es ama de casa, se ocupa de las labores y administración del hogar, de los hijos y del marido; él es el jefe de familia y, naturalmente, tiene el papel de proveedor.

La situación económica no mejora para él y la clase de trabajo que José García está obligado a desempeñar en la sociedad recreada en el texto constituye otra de las cadenas que lo mantienen confinado. Él, como Gregorio Samsa, el protagonista de *La metamorfosis* de Kafka, se siente aplastado por ese mundo burocrático en el que debe laborar.¹⁰⁷ Sin afirmarlo explícitamente, José García se transforma —lo transforman— en un “insecto”, que como la mosca de Monterroso sueña por las noches que es un águila.¹⁰⁸ Con la cabeza inclinada sobre la máquina sumadora, en una oficina que sólo tiene una minúscula ventana por la que se cuelan pálidos rayos de sol, desde muy temprano y hasta el anochecer realiza cuentas, y piensa que ese “esfuerzo gris” únicamente cobra sentido a la luz de la familia, por quien se hace: la familia que es su cárcel. El trabajo se transforma en necesidad indirecta, por tanto, se contempla como un medio, no como fin. Es imprescindible para satisfacer los requerimientos básicos, pero no contribuye al desarrollo humano.

José García debe inmolar su tiempo al dios moderno: el trabajo, al que detesta porque exige de él —y de sus semejantes— un esfuerzo físico indignante: “a las dos de la tarde, agobiados por el encierro y el calor, todos tenemos una expresión de fatiga innoble, esencialmente física, que resta sentido y justificación al esfuerzo” (p. 71). La jornada se sobrelleva como una especie de “condena” deplorable.

Así el tiempo se convierte para el protagonista en otro agente coercitivo. Dos son las causas de esto. En primer lugar, las horas del día “uniforman” sensaciones y fijan comportamientos: el reloj marca el momento obligado para despertar, para salir rumbo a la

¹⁰⁷ Existen otras coincidencias entre *La metamorfosis* de Kafka y la obra de Vicens señaladas por María del Rosario García Estrada: el odio al trabajo embrutecido, repulsión al superior, la fuerte impresión de extrañamiento de los personajes. Vid, “Josefina Vicens o la primera posibilidad”, en *Jornadas Internacionales “Carlos Pellicer” sobre Literatura Tabasqueña*, p. 180.

¹⁰⁸ Vid. Augusto Monterroso, “La mosca que soñaba que era un águila”, en *Cuentos, fábulas y lo demás es silencio*.

oficina, para comer, para regresar a casa, etcétera. Prescindir del tiempo cronométrico es una manera de liberarse. Por ello, al imaginar que es libre anota: “ya no se me va a hacer tarde nunca. Soy dueño de mi tiempo, soy mi propio dueño.” “[soy] un hombre sin reloj, sin calendario, sin medida. Puedo hacer lo que quiera” (p. 201). En segundo lugar, para sobrevivir, no tiene otro recurso que vender su fuerza de trabajo y su tiempo. Esta labor repetida diariamente encubre un verdadero sacrificio que menoscaba su identidad: sin tiempo no puede escribir y sólo este acto es capaz de redimirlo; en esos momentos consagrados a la escritura, indica, “me uso todo”, “me pertenezco todo”.

La división social que resulta de los sistemas económicos separa y aísla a los hombres. Particularmente, los subalternos, denigrados por su condición de inferioridad, padecen las consecuencias de ello. Por la mañana —se lee en el cuaderno-diario— se llega a la oficina con la tenue alegría que provoca pensar que ese sacrificio se hace por “ellos”, por la familia y se ama al compañero por semejante. En la tarde se lo detesta por la misma razón, por semejante, por igual. Paradójicamente, desde el punto de vista del personaje, la conciencia de clase vincula y separa. Con respecto a los dueños de la empresa, al narrar el fraude que comete Luis Fernando Reyes, colega suyo, José García expone lo siguiente:

La realidad de ellos es distinta, su lenguaje es otro. Nosotros tampoco lo entendemos. Ellos creen estar en lo justo; nosotros también. [...] Lo terrible es que sean precisamente los elementos superficiales, transitorios, esos que siempre estarán superpuestos, añadidos, esos que forman la realidad modificable del hombre, los que logren desvirtuar aquello que debería ser su realidad constante, su esencia y su natural expresión: el amor. (p. 168).

Luis Fernando Reyes “dispuso indebidamente de cinco mil pesos” para pagar la operación de su esposa, ya que no quería que fuese atendida en el Seguro Social. El préstamo que solicita para hacerlo le es negado, así que decide tomarlo. En el momento en que se descubre el desfaldo ya había abonado una parte importante de la deuda.

“Ellos” son incapaces de comprender las circunstancias del caso de Reyes porque, como afirma José García, su realidad es distinta. Para “ellos” no existe justificación que explique la acción de Luis Fernando Reyes. “Ellos” pagaban cuotas al Seguro Social para la atención médica de los trabajadores y sus familias. Estrictamente, no *tenía* por qué hacerlo. No se trata de una situación que genere de modo determinante otra: no es el caso del pobre que roba por imperiosa necesidad física. La causa es afectiva. De otro modo, no hubiese podido brindar el cuidado *especial* que desea para su esposa.

José García subraya que la enfermedad de la mujer no es grave. Aun así, Reyes no quiere que la persona más importante que existe para él sea atendida en un lugar en el que

no le prodiguen el cuidado que merece. La atención médica requerida puede obtenerse exclusivamente con dinero. Sólo aquel que lo posee consigue distinguirse de entre la multitud y emerger como un hombre *digno* y merecedor de un buen trato. La condición económico-social, el poder adquisitivo, conforma mundos separados e incommunicados entre los hombres; de hecho, crea hombres diferentes.

La anécdota anterior sirve a la autora para expresar dos ideas: la primera, el abismo generado entre los hombres por la división de clases; la segunda, la relación alienante del hombre con el trabajo. Marx explica en qué consiste la enajenación del trabajo del siguiente modo:

En primer lugar, en que el trabajo es algo *externo* al obrero, es decir, algo que no forma parte de su esencia, en que, por tanto, el obrero no se afirma, sino que se niega en su trabajo, no se siente bien, sino a disgusto, no desarrolla sus libres energías físicas y espirituales, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por tanto, el obrero sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en éste se siente fuera de sí. Cuando trabaja no es él y sólo recobra su personalidad cuando deja de trabajar. No trabaja, por tanto, voluntariamente, sino a la fuerza, su trabajo es un *trabajo forzado*. No representa, por tanto, la satisfacción de una necesidad, sino que es, simplemente, un *medio* para satisfacer necesidades extrañas a él. El carácter extraño del trabajo que realiza se manifiesta con toda su pureza en el hecho de que el trabajador huye del trabajo como de la peste, en cuanto cesa la coacción física, o cualquiera otra que constriñe a realizarlo. El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de mortificación. [...] [El trabajo] no es algo propio, suyo, sino de otro, [...] no le pertenece a él y [...] él mismo, en el trabajo, no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro. [...] la actividad del obrero no es tampoco su propia actividad. Pertenece a otro y representa la pérdida de sí mismo.¹⁰⁹

El trabajo del contador —oficio al que se dedica el protagonista— consiste precisamente en homogeneizar categorías, en convertir las cosas del mundo en números, sin distinguir de las características que las diferencian, operación con la cual el propio García está en conflicto. Los efectos de la enajenación del trabajo en él son claros. En primer lugar, no siente “la actividad” como propia; sabe que le asegurará años de pobreza como los anteriores, cierta estabilidad, pero no la oportunidad de sobresalir o de superar su situación económica; además, esa actividad es desesperadamente monótona, repetida hasta el hastío; en ella se ahoga el potencial creativo, ya que no hay lugar para la iniciativa y “la seguridad se troca pronto en sentimiento de cautividad. En tal contexto, la persona querrá liberarse de lo que lo sostiene.” No obstante, “En la paz triunfa la voluntad de

¹⁰⁹ Marx, *op. cit.*, p. 78. No es improbable que Vicens haya leído a Marx cuando formaba parte de la CNC o de la Secretaría de Acción Femenil.

autoconservación sobre la voluntad de crecimiento propio”¹¹⁰ y “el quedar desocupado” — apunta Fromm— “constituye una carga muy difícil de soportar psicológicamente, y el terror a la desocupación no deja de ensombrecer toda [la] vida.”¹¹¹ Así que, a pesar de la asfixia que supone la rutina diaria y de la hostilidad que engendra ese particular tipo de empleo, José García se sabe imposibilitado para renunciar. Podría unir su voz a la de la muchedumbre del poema del gran inquisidor de Dostoyevski y decir junto con ellos: “Preferimos ser esclavos, pero dados de comer”.¹¹²

El trabajo enajenado enajena: el protagonista se contempla a sí mismo como objeto en el ambiente laboral y como “ajeno” a sí mismo el resto del tiempo. A veces José García detesta su cuerpo por tener que alimentarlo y vestirlo y con frecuencia no se reconoce en él. Llega a confesar que “hay un deseo violento [...] de que reviente de una vez. La obligación, la pobreza, se enredan al cuello como una soga” (p. 71). La percepción que José García tiene de sí está emparentada con la idea de Heidegger de la caída del hombre en el mundo: “me siento ajeno a mí; como si accidentalmente hubiera caído dentro de mi cuerpo y de pronto me diera cuenta del sitio que habito” (p. 57). No obstante el extrañamiento del cuerpo, éste siempre se impone en forma de “pequeñas o grandes molestias” (p. 58). El desajuste entre la esencia y lo que la representa —el cuerpo— se mantiene vigente. En tales condiciones, lejos de que pueda considerarse como vehículo de la libertad, se percibe como prisión del yo; noción un tanto parecida a la de los pitagóricos quienes veían al cuerpo como cárcel del alma. La libertad de que hace uso José García es la elemental, porque con el trabajo alienante se llega “al resultado de que el hombre (el obrero) sólo se siente como un ser que obra libremente en sus funciones animales, cuando come, bebe y procrea”.¹¹³ Otra consecuencia de esta situación enajenada se observa en las relaciones interpersonales. José García siente que el trato de los jefes es demasiado “impersonal”, dicen “amigo García” como quien dice un número” (p. 85).

José García escribe que solamente durante el juicio —en ese momento extraordinario—, Luis Fernando Reyes “de pronto recobró la dignidad de su rango humano, que estaba adormecida por su nivel social” (p. 163). El autómatas indiferenciado, sometido a un trabajo inalterable, tratado por “ellos” de modo tan “impersonal”, “tan indiferente” como cuando un nombre puede ser sustituido por “cualquier número” se transfigura en hombre.

¹¹⁰ Safranski, *op. cit.*, p. 94 y p. 105, respectivamente.

¹¹¹ Fromm, *El miedo a la libertad*, p. 137.

¹¹² Dostoyevski, *op. cit.*, p. 298.

¹¹³ Marx, *op. cit.*, p. 78.

El convenio para que Reyes no vaya a la cárcel reclama la liquidación de la deuda de manera inmediata. Los compañeros de trabajo, en un gesto de solidaridad, reúnen la cantidad demandada. Después del despido, Reyes “anda por ahí, libre”, buscando un nuevo trabajo en el que no le pidan carta de recomendación. “Anda libre”, pero “atado eternamente a su falta con cadenas de hierro”¹¹⁴ porque,

[...] el acto que se realiza en un momento, y por razones que sólo a ese momento pertenecen, puede quedar fijo en nosotros y condicionar toda nuestra vida. Las circunstancias que lo motivan desaparecen, jamás vuelven a presentarse, todo cambia, todo va quedando atrás, todo va cayendo en la sombra, y aquel acto sigue a nuestro lado, a nuestro paso, como si lo lleváramos de la mano hasta nuestro propio entierro. (p. 174).

Luis Fernando Reyes pierde el trabajo y el narrador, para referir su nueva situación, pone énfasis en el adjetivo “libre” (p. 170). Se concluye de lo expuesto que, para José García, el trabajo enajenado anula la libertad, degrada al hombre y mina su potencial. En tal visión se encuentran, como se vio, algunos vasos comunicantes que ligan la obra de Vicens con el pensamiento de Marx.

El segundo tipo de necesidad natural que menciona Fromm —la necesidad de relacionarse con el mundo exterior— se ejemplifica en la dependencia afectiva que el protagonista mantiene con su familia y en el deseo urgente de relacionarse con la gente. La convivencia y la costumbre son los grilletes lacerantes que estrechan el lazo amoroso; el afecto a los hijos es “el amor a una conmovedora presencia sin remedio” (p. 105).

Me gusta imaginar que soy libre pero, al mismo tiempo, sólo de imaginarlo, algo se rompe dentro de mí. Estoy tan atado, tan fuertemente unido a mi mujer y a mis hijos, que ya no siento mis propios linderos. [...] ese nudo únicamente puede ser desatado por lo natural, como son el instinto y la muerte. (pp. 211-213).

Los hijos de José García son como dos extensiones de él: José —el joven, ávido, ambicioso, que ignora aún que los sueños de la juventud “pueden seguir siéndolo toda la vida” (p. 183)— y el pequeño Lorenzo —frágil, apocado, pero extremadamente sensible e imaginativo. Los dos hijos personifican etapas específicas del pasado del protagonista — la niñez y la adolescencia con sus particularidades propias— y, respectivamente, dos formas distintas de libertad. Ellos fortifican el recuerdo de esos seres que algún día fue y

¹¹⁴ Fromm, *El miedo a la libertad*, p. 171.

que enterró en el fondo de sí; seres que de alguna manera continúan palpitando en su interior.

La imaginación es la condición necesaria del juego y el juego es la expresión genuina de la libertad; en el niño la importancia del juego es indiscutible puesto que “es el elemento vital de la procreación espiritual”.¹¹⁵ Gracias al juego y a la imaginación, la naturaleza inerte de los adultos —una silla, un libro, un objeto cualquiera— adquiere de pronto vida propia. Por la virtud mágica del lenguaje o del gesto, del símbolo o del acto, el niño crea un mundo viviente, en el que los objetos son capaces de responder a sus preguntas.¹¹⁶

José García describe a su hijo menor con las siguientes palabras:

[Lorenzo] ¡Es un niño tan tenue, tan silencioso, tan imaginativo! Sabe jugar, y contar cuentos, y quedarse callado ante los insectos y tener los ojos abiertos en la oscuridad. No le gustan los juguetes comunes; prefiere esos objetos vagos que él puede transformar a su antojo, con sólo afirmarlo. Su creación más extraordinaria es un tubo de lámina, pintado de blanco, del que informa con absoluta naturalidad que de día es su amigo y se llama Riqui, y de noche es su hermano y se llama Micaelo García. Cuando hace algún tiempo le pregunté la razón de esa dualidad, me contestó que si Riqui no se volviera Micaelo tendría que irse todas las noches a dormir a su casa. ¡Y que como lo quería tanto...!

Lorenzo, tú sí que eres mago. (pp. 193-194).

Unamuno escribió que “la razón aniquila, y la imaginación *entera* integra y totaliza; la razón por sí sola mata y la imaginación es la que da vida.”¹¹⁷ Imaginación y juego son indisolubles. Juntos desempeñan otras funciones vitales: la de disolver la soledad a través de su magia inherente¹¹⁸ y la de aprehender lo real desde la libertad misma, porque “en el juego se rompen los hilos que unen las cosas a una particular función, a una particular utilidad, y se les restituyen las cualidades del estado libre.”¹¹⁹ Estas dos funciones se ejemplifican en el párrafo recientemente citado.

José García participa de la libertad del pequeño Lorenzo al reavivar su creatividad a través del juego. Es una forma de experimentar momentáneamente la libertad que no ha logrado conquistar. “El sentimiento de lo trágico” desaparece en esos instantes mágicos y a la vez se aflojan los nudos que lo oprimen porque, como bien se afirma, “todo juego es,

¹¹⁵ Gustav Bally, *El juego como expresión de la libertad*, p. 121.

¹¹⁶ Paz, *op. cit.*, p. 220.

¹¹⁷ Unamuno, *op. cit.*, p. 194. [Subrayado en el original].

¹¹⁸ Lo que dice Paz es que “el niño, por virtud de la magia, crea un mundo a su imagen y resuelve así su soledad. Paz, *op. cit.*, p. 220.

¹¹⁹ Jean Duvignaud, *El juego del juego*, p. 43.

antes que nada, una actividad libre”¹²⁰ y “allí donde la libertad se ha ido [...] el juego termina.”¹²¹

Lorenzo le pide a su padre que invente algo porque le dijo “a los otros niños que él [José García era] mago” (p. 191). El personaje emprende la tarea: organiza una orquesta cuyos instrumentos son utensilios de cocina, efectúa “varios números de acrobacia” y confecciona para el pequeño “seis disfraces distintos que causaron la admiración de sus amigos” (p. 192). Mediante el juego, el taciturno y oscuro José García ha transformado mágicamente la realidad. La actitud del niño maravilla al protagonista, quien escribe: “Para él yo no había simulado que era un mago. Yo era un mago [...]” (p. 193).

José García se identifica profundamente con su hijo menor, tanto que llega a pensar que “es la única persona que podría acompañar[lo] en esta particular soledad”, “él también tiene y oculta varias libretas en las que ha dibujado unos animales que inventó” (p. 186). Páginas adelante se retracta y concluye que nadie puede acompañar al hombre en su camino solitario por la vida.

En José el protagonista encuentra la energía de la acción y la potencia del deseo propios de la juventud. Es un joven fuerte, impetuoso, impulsivo, abierto al mundo, que reboza avidez y energía. Su libertad no se vincula con la imaginación y el juego, como en el caso de Lorenzo, sino con la inocencia y la impulsividad. Atraviesa la etapa en que la frustración, la voluntad ajena y la rigidez de la autoridad —ejercida por la madre— no son concluyentes; en él no hay indicios fehacientes de un porvenir como el de su padre. José todavía no cobra plena conciencia del cúmulo de obstáculos que es necesario franquear para lograr el triunfo de la libertad propia.

José García se reconoce en su hijo en cuanto a las manifestaciones esenciales que hacen de la adolescencia y de la juventud la edad heroica de la vida; las expresiones particulares del carácter del hijo obedecen a motivaciones que son diametralmente opuestas a las del padre: las del primero se resumen en la ambición material; las del segundo, en el ansia por la aventura, en el deseo de convertirse en héroe.

Fatalmente, la vida de José García fluye, sin que se ofrezca la oportunidad del ansiado acto heroico, entre el trabajo y la familia, hasta que a través de un amigo suyo conoce a la que será su amante. Se trata de una mujer viuda y joven que se aprovecha de ambas circunstancias para obtener algunos beneficios económicos de los hombres. Se relaciona

¹²⁰ Johan Huizinga, *Homo Ludens. El juego y la cultura*, p. 23.

¹²¹ Bally, *op. cit.*, p. 103.

sentimentalmente con ella durante dos años. Dos años tormentosos para el personaje en los que se debate entre la culpa, el deseo, el amor y el miedo.

Al principio, lo que atrae a José García no es la mujer en sí misma sino el hecho de haber sido elegido por ella; es la sorpresa de saber que aún puede participar en el mundo de la conquista amorosa que creyó para siempre perdido. Se enamora de ella, según sus palabras, “como un adolescente”. Más que en cualquier otro momento percibe a su familia como un estorbo.

Con el tiempo acepta que su amante y él son incompatibles en casi todos los aspectos y que su verdadero lugar está al lado de su esposa. Sin embargo, dicho reconocimiento se verifica sólo en lo racional; su deseo y su voluntad permanecen intactos. Justamente esta discordancia provoca una fuerte lucha interna que consume al personaje quien se debate entre la familia y la amante, entre la razón que tira hacia un lado y el deseo que jala hacia el extremo opuesto. Debido a que la voluntad es oscilante la decisión definitiva debe posponerse constantemente. Al final, José García no puede hacer otra cosa más que quedarse con su familia.

En la novela no se especifica cuándo comienza a escribir el protagonista, sólo se sabe que durante veinte años se ha resistido a hacerlo, pero que ya ha escrito “algo”. Ni en las anécdotas de la infancia, ni en las de la juventud hay indicios de su vocación literaria. No se sabe cómo nace, pero sí que crece y se fortalece de una manera descomunal: se convierte en un elemento opresivo, en su otra cárcel. La amante ya no es la figura antagónica de la familia; ahora, ese papel lo desempeña la escritura: la amante es sustituida por la afición tiránica del protagonista.

Esta sustitución inconsciente obedece a una voluntad de trascendencia que se ve frustrada continuamente tanto por el personaje mismo, como por el medio social. En ningún caso como en éste es más clara la afinidad que subyace en la novela entre el anhelo de creación, específicamente literaria, la libertad y el ser. Comparto la opinión de Roberto García Bonilla: en *El libro vacío* “La creación [es] como la edificación de una vida que lucha contra lo ineludible: el fracaso.”¹²²

El conflicto decisivo en el momento en que comienza la narración tiene que ver fundamentalmente con dos cosas: con un problema de libertad y con la conformación del yo. El esquema reproducido instala al protagonista en una especie de encrucijada interna,

¹²² Roberto García Bonilla, “La infertilidad del deseo”, en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, núm. 26, Año IX, (marzo-junio 2004). [Sin paginación]. Dirección Electrónica: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero26/jvicens.html>.

psicológica, en la que se ve atrapado. Son elementos intangibles los que ocasionan el conflicto. La acción, la aventura del héroe, que debe verificarse hacia el exterior, se traslada al espacio íntimo y solitario en el que es prioritario doblar las fuerzas contendientes.

En pocas palabras la definición de libertad que se extrae del texto es simple: “caminar en la misma dirección que el deseo.” Pero José García ha aprendido que eso no es posible, por lo menos no para él, porque existen elementos condicionantes de los que no alcanza a desprenderse. Dado lo anterior, se comprende por qué “para José renunciar a sus deseos es una manera de morir.”¹²³

3. LA ESCISIÓN INTERNA

El Yo, con este nombre propio, tan apegado a su identidad, tan ajeno a sus Posibles, tan adormecido o narcotizado entre los triviales hechos del día a día, tal vez sometido a un destino ingrato implantado secretamente en los recovecos de su existencia, el Yo, éste, el que es, sintiéndose tan impotente para compartir un destino diferente del suyo propio.

César Moreno Márquez

En el párrafo que inaugura la primera obra de Vicens se asienta la lucha entre el deseo y la conciencia que surge de la libertad y también el problema de la fragmentación del yo ocurrida por esos elementos en contradicción.

No he querido hacerlo. Me he resistido durante veinte años. Veinte años de oír: “tienes que hacerlo..., tienes que hacerlo”. De oírlo de mí mismo. Pero no de ese yo que lo entiende y lo padece y lo rechaza. No; del otro, del subterráneo, de ese que fermenta en mí con un extraño hervor. (p. 25).

El “yo que lo entiende y lo padece y lo rechaza” es la conciencia; el otro, “el subterráneo”, es el deseo que por la constante represión ejercida por el yo-conciencia se ha convertido en necesidad imperiosa de escribir, en una fuerza autónoma que intenta obtener el dominio total. No es dable asegurar quién de los dos es el perseguidor y quién el

¹²³ Enid Álvarez, “¿Cuántos no caben en un libro vacío?”, Maricruz Castro y Aline Pettersson (eds.), *Josefina Vicens. Un vacío siempre lleno*, p. 118.

perseguido, pero cuando se alcanzan comienzan los dos a escribir: uno para decir que escribe, aunque no sabe, y el otro para exponer los motivos por los que no debe hacerlo.

Atendiendo a la clasificación de Juan Bargalló —fusión, fisión y metamorfosis—, esta segmentación del personaje corresponde al tipo de desdoblamiento ocurrido por “fisión” la cual “tiene lugar cuando se produce la escisión de lo que era un solo individuo, resultando en lo sucesivo dos encarnaciones.”¹²⁴ Hay que advertir sin embargo, que lo que ocurre en José García es un poco diferente. No se trata de un solo doble que se desprende del personaje, sino de dos entes que se desgajan de él y que al mismo tiempo lo relegan y lo convierten en espectador de su propia escisión. Además, no son dobles que se encarnen propiamente como personajes dentro de la novela: forman una trinidad que vive contenida en el espacio cerrado del ser del personaje y logran manifestarse, hacerse reales en lo externo, por medio de la pluma y la hoja en blanco.

Los dos *yo* que moran en José García son enemigos que pretenden aniquilarse el uno al otro. Así se cumple uno de los requerimientos del tema que Bargalló estima cardinal: “la manía destructora de un Doble perseguidor”.¹²⁵ En otras palabras, se puede decir que el protagonista de *El libro vacío* es Némesis de sí mismo.

José García decide comenzar un período de *abstinencia* de seis meses y, después de cerrar su cuaderno, se va a la cama con las últimas frases escritas resonando en la memoria: “Sin notarlo, sin sentirlo casi, la vida me colocó en este primer peldaño del que ya no puedo pasar... del que ya no puedo pasar... no puedo pasar...” (pp. 124-125).

Esa noche, en la cama, tiene una impresión singular, como si otro hombre que “calzara botas duras, con clavos en la suela” —y que “quería decir algo”—, empujara hacia fuera, hacia algún sitio desconocido. Es “el no ser dentro del propio ser del ente”: la mismidad y la alteridad.¹²⁶ “El Doble aparece de repente, cuando el Yo ha tenido experiencia del Otro (de lo Otro) dentro de sí.”¹²⁷ Es la vivencia de la *otredad* —término que acuñó Octavio Paz—: “la diferencia dentro de la identidad. La unidad no se dispersa o se derrama: cerrada en sí misma, encerrada, contiene a su contrario. No al no-ser sino al *otro*.”¹²⁸ Es decir, el Yo, al contemplarse vencido, tal vez para salvar la integridad, promueve el fortalecimiento de la conciencia de *lo Otro*: invoca a ese que pudo haber sido

¹²⁴ Bargalló, “Hacia una tipología del *doble*: El doble por fusión, por fisión y por metamorfosis”, en Juan Bargalló (ed.), *Identidad y alteridad: aproximación al tema del doble.*, p. 21.

¹²⁵ Bargalló, art. cit., p. 18.

¹²⁶ Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, p. 66.

¹²⁷ Bargalló, art. cit., p. 12.

¹²⁸ Octavio Paz, Prólogo “Nosotros: los otros”, en *Obras completas x. Ideas y Costumbres II (Usos y símbolos)*, p. 31. [Subrayado en el original].

y lo desata. Por algunas horas, como “Proteo, se disfrazo, se metamorfosea, se hace Otro para engañar al Otro”;¹²⁹ José García no se identifica con esa presencia pero acepta que está sometido a su arbitrio: “Poco a poco me sentía más seguro, como incorporado a ese personaje que no era yo, pero que mandaba en mí” (p. 128). Este doble no se *encarna*, no es otro personaje, sino que usurpa el cuerpo del protagonista; por un período corto se manifiesta a través de él, mientras el verdadero José García, intimidado, halla refugio en un rincón de sí. Este doble que emerge desde la profundidad del protagonista es un doble opuesto, mas no enemigo. Al día siguiente, aún con las secuelas del brío y la intrepidez que dejó el *visitante* nocturno encara a su jefe y consigue un aumento de sueldo.

El principio de identidad —nada hay que no sea igual a sí mismo— parece romperse, en tanto que el personaje no se reconoce en lo que es. Los tipos de desdoblamiento señalados tienen un origen común: el problema de la libertad. Por esto es primordial para José García que la decisión de no escribir conste en la página; así, cumplirla representaría una prueba fidedigna de su libertad; significaría “haber caído y no obstante haber salido de ello. Es la verdadera victoria” (p. 27). Porque el simple hecho de no escribir dejaría oculta la decisión de no hacerlo.

A pesar de todas las consideraciones, de las reflexiones profundas y de la incompetencia confesa, al escribir, el protagonista delata la imposibilidad de sustraerse al deseo, lo que se traduce en el fracaso de una voluntad ya de por sí debilitada y, por supuesto, en la consecuente derrota de su libertad.

El deseo de escribir es más fuerte que la determinación de no hacerlo. El protagonista se refiere a él como “obsesión”, “necesidad imperiosa”, “espléndida urgencia”, “tiranía que viene no sé de dónde”, entre otras frases menos significativas. Lo importante es que con ellas expresa que el deseo puede contrarrestar la libertad y convertirse en la más intensa de las coerciones, sobre todo cuando las condiciones adversas entorpecen su concreción y lo frustran.

A veces, José García condesciende con el yo que hace lo que no quiere porque, según sus propios términos, “me desata de ese no terco y hermético al que estoy sujeto”. Este “no” es la expresión del yo consciente, del yo racional, con el que siempre está de

¹²⁹ César Moreno Márquez, “El deseo de otro o la fascinación de Proteo”, en Juan Bargalló (ed.), *op. cit.*, p. 50. Páginas antes, escribe: “‘Proteo’, cuya virtud o potencia era [...] la ‘metamorfosis’, el devenir Otro, por lo que pasó a constituir, en lo imaginario de generaciones, un modelo de la ‘plasticidad y esquividad’ humanas y a la vez, con ello, una gran ilusión: la del ‘poder ser de otro modo, poder ser Otro’, no ya sólo por el que más que posible hartazgo implícito en el ‘hecho’ de que el yo ‘sea el que es’ o por lo que bien podríamos llamar la ‘pesadumbre de la facticidad’, sino por un ‘deseo positivo’ de otro o de su alteridad. art. cit., p 42.

acuerdo, pero que rechaza pues carece de humildad y no guarda silencio. Ambos son las dos mitades enemigas que, ensartadas en esta querrela perpetua, lo van dejando atrás.

La dualidad, en este caso, tiene carácter excluyente y no complementario. Es en cierto modo la circunstancia de la libertad. Por tal motivo detesta “a las gentes que no son enemigas de sí mismas”, como su mujer “quien vive sostenida por su propia armazón, alimentándose de su rectitud, del cumplimiento de su deber, de su digna y silenciosa servidumbre” (p. 37). No existe la libertad en este personaje femenino, ni intuición de ella. Y aunque José García también se entregue al deber, no ha renunciado por completo a su libertad —no la ejerce, pero tampoco la ignora—, aún late en él la conciencia punzante de que su destino puede cambiar.

Es curioso que para el protagonista las cosas importantes se den en par: dos novias en la infancia, dos mujeres, dos hijos, dos cuadernos, dos mitades de sí; es claro que es un hombre hecho de dualidades. Pero también es múltiple, como todos los seres humanos —dice José García— capaz de adaptarse a las distintas situaciones: tiene “[...] dentro de sí, escondidos, superpuestos, sumergidos, adyacentes, provisionales, otros muchos hombres que no sólo no destruyen su personalidad, sino que la constituyen al ampliarla, repetirla y hacerla posible de adaptación a las más variadas circunstancias de la vida” (p. 188).

Registro una cita más para que sirva como conclusión de este apartado: aunque “[...] al sujeto humano le ha sido concedido el beneficio de ‘fingirse Otro o multiplicarse imaginariamente’, sin embargo, este sujeto sólo puede ser ontológicamente ‘uno, el que es, y no otro’”.¹³⁰

4. LA LIBERTAD Y EL LENGUAJE (ESCRITURA Y COMUNICACIÓN)

4.1. LOS ESPACIOS NARRATIVOS

Josefina Vicens utiliza dos espacios contrapuestos cuya función es remarcar y comunicar más efectivamente la estética del personaje prisionero. Estos dos espacios primarios son la costa y la ciudad. El primero de ellos alimenta la imaginación, la acción y la aventura. El segundo, el espacio urbano, debilita la libertad. En la demarcación física de los sitios

¹³⁰ Moreno Márquez, art. cit., p. 46.

descritos, como la oficina, el departamento en el que vive y el cuarto en el que escribe, se reflejan los límites de la libertad de José García; o lo que es lo mismo, los bordes de su prisión.

El estudio, en realidad, la habitación a donde va a parar todo lo que ya no se usa, es como un símbolo de la problemática que lo obsesiona. La vida de José García en el momento de la narración es como una caja china: la ciudad es la caja externa (el espacio urbano), el trabajo (la oficina), la familia (el departamento), la escritura (el estudio), él mismo, dividido en dos (el cuerpo), son las cajas intermedias. Debajo de todas esas capas está él: oprimido, agotado, cual si fuera una débil sombra desvaída.

La idea anterior —lo natural como espacio propicio de la libertad— se refuerza debido a la nostalgia por la naturaleza que se trasluce en las palabras del protagonista. Lo natural es expresión de lo libre; la cultura urbana es su condena. Al mar le confiere particularmente un sentido de libertad plena: cuando fantasea con ella se sitúa en la playa; de igual modo, el primer anhelo notable de la infancia lo despierta el mar. El estrechamiento de la libertad comienza cuando se reprime su deseo de ser marino. El mar, por tanto, es símbolo de libertad.

4.2. EL OTRO Y LA IMPOSIBILIDAD DE LA COMUNICACIÓN

Nuestra sensación de vivir se expresa como separación y ruptura, desamparo, caída en un ámbito hostil o extraño.

Octavio Paz

La base, constituida por los elementos condicionantes, a partir de la cual se perfila el rango de libertad, tiene como contraparte un número amplio de factores limitantes de entre los que

destaca la voluntad ajena. Se trata de un límite real, concreto, que influye en el protagonista y que se acepta sin cuestionamiento; tan contundente es su influjo.

El hombre llega a un mundo predeterminado por una multitud de voluntades ajenas; es *el otro* quien lo ha moldeado en el pasado y continúa haciéndolo en el presente. La contribución que podría hacer José García, desde su particular enfoque, es mínima, insignificante. Así que debe conformarse y actuar dentro del escenario armado con anticipación.

Empero, la presencia del otro no sólo tiene un valor negativo: es innegable que personifica los límites del prójimo, pero también alberga la posibilidad latente de trascender la “separatidad”¹³¹ a través de la comunión; así, el hombre tiene la oportunidad de superar la angustia de la muerte y la soledad.

Uno de los deseos de José García es entablar espontáneamente comunicación con otros sujetos, practicar la compasión y disminuir la soledad, la ajena y la propia. Es un mecanismo compensatorio: se trata de la búsqueda de un “Otro que pueda ejercer [...] ‘un efecto de complementariedad’ respecto a ese Otro que se muestra, y a la vez se demora u oculta, en su falta, o ausencia.”¹³²

Una tarde lleva a cabo su plan, pero nada resulta como espera; así concluye que la verdadera comunicación excede la capacidad de la comprensión humana. Las diferencias alterables, “la realidad modificable del hombre”, el individualismo extremo hacen de la comunicación un objetivo inalcanzable; el sujeto, lejos de abrirse al mundo, se repliega sobre sí mismo, se aísla y hace de la soledad su refugio. El otro representa un problema no por su carácter de enemigo sino de extraño.

Con todo, al individuo le hace falta el *otro* para sentirse completo. En José García es mucho más apremiante este apetito de hombres y se comprende pues, como escribe César Moreno Márquez, “acaso la relación y encuentros intersubjetivos dependen esencialmente de la ‘necesidad’ o deseo primordiales de otro ‘que falta’ al Yo.”¹³³

4.3. IMPOSIBILIDAD DE LA ESCRITURA

¹³¹ Cf., Erich Fromm, *El arte de amar*.

¹³² Moreno Márquez, art. cit., p. 41.

¹³³ *Idem*.

El deseo de escribir se convierte en necesidad, en dependencia. “El deseo —en su más elemental abstracción: el instintivo— penetró en la obsesión”.¹³⁴ Se gesta por años hasta que irrumpe haciendo notoria la escisión en el personaje. Él sufre esta dependencia como un toxicómano puede padecer una adicción destructiva. Ante la imposibilidad, es decir, ante el *no poder* escribir *decide* no hacerlo. Pero esta decisión racional es menos fuerte que su vehemente deseo, que su necesidad, y entonces el conflicto de libertad que siempre ha existido se hace más fuerte.

En principio, es libre de escribir, es *posible* hacerlo; quizá lo impida el horario de trabajo o los quehaceres familiares, pero *puede* hacerlo y lo hace. Una vez que el deseo se ha convertido en necesidad, la escritura se transmuta en una fuerza esclavizante. Reconoce que no *puede* escribir, que no tiene la *capacidad* que se requiere y *decide* abstenerse de hacerlo.

La obsesión por la escritura ilustra con claridad el problema de la libertad que se esparce por toda la obra. Con la resolución de no escribir José García intenta probar su voluntad y con ella su libertad: “que sea un dejar de hacer” y no simplemente un “no hacer” para que la decisión no quede en el aire. A pesar de la intención, la voluntad no basta para frenar el impulso poderoso que lo consume.

La pugna entre el deseo y la necesidad figuran como elementos que fragmentan la identidad. Esa desproporción le dificulta a José García ser lo que ambiciona. Él es lo que es, no lo que *quiere* ser. En el planteamiento de esta negación, de esta ausencia de ser, el narrador protagonista se *despliega* a sí mismo para mostrarse íntegro y *desnudo* ante el lector. Es a través de la palabra que el personaje procura reconciliarse consigo mismo. Con la escritura busca la redención, su otro yo extraviado, el ser ajeno, al que espera y no llega. El texto es como un espejo en el que José García se ha vaciado inconsciente e imperiosamente. La imagen reflejada asusta, pero trasluce la necesidad de justificar la existencia mediana y oscura que no se logró evitar.

Entre la *vida*, el ser y la expresión artística se establece una dependencia forzosa. El problema de la libertad imposibilita la práctica de la escritura. En principio, “la escritura es un ejercicio de domesticación de esas fuerzas que lo someten”,¹³⁵ es una manera de quebrar las rejas de la negación. “La obra es testimonio de la actualidad del ser libre”¹³⁶

¹³⁴ García Bonilla, art. cit., [Sin paginación].

¹³⁵ Álvarez, art. cit., en Maricruz Castro y Aline Pettersson (eds.), *op cit.*, p. 117

¹³⁶ Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, p. 43.

porque “un artista no podría crear sin libertad”.¹³⁷ Así como hay actividades esclavizantes hay “actividades liberadoras”¹³⁸ y la escritura es una de ellas. Los objetivos que José García pretende alcanzar son dos: la expresión sincera y, sobre todo, la trascendencia. Desea aportar algo, destacar en el terreno de la literatura para que la humanidad lo *reconozca* y lo recuerde cuando ya haya muerto; es decir, ansía distinguirse de entre las multitudes uniformadas y superar la existencia oscura, el olvido y la muerte. Porque, si el ser está hecho para la muerte “la obra, a la vez distinta del juego y del cálculo, es el ser-para-más-allá-de-mi-muerte.”¹³⁹

Pero, ya desde el comienzo, se estima incapaz de crear algo importante. Sus personajes son inverosímiles; además, no tiene habilidad para estructurar argumentos sólidos y, aparentemente, no maneja técnica alguna. No puede ser escritor, como no pudo ser marino; la invención literaria está fuera de su alcance en la misma medida en que lo está su propio ser.

Para Fromm “la capacidad creadora [...] es el sello del factor autodeterminante que llamamos el Yo.”¹⁴⁰ La creación presupone libertad; entre más estrechos sean los márgenes de libertad menor será “la capacidad creadora”. Escribir es para Vargas Llosa “expresión de la libertad”. Así vemos que, conforme la libertad del personaje se va estrechando, su ser se endurece, se petrifica en un molde predefinido por todos los mecanismos coercitivos; pierde la plasticidad, las posibilidades de metamorfosearse en ese tan ambicionado *otro*. La creación del yo ha fracasado y, por tanto, también fracasa la actividad artística.

La realidad condiciona de modo natural cada nuevo proyecto emprendido. El pasado encadena al presente y ciñe el futuro del personaje: lo que se ha sido y lo que se es puntea con antelación la trayectoria que se recorrerá en el futuro. Una idea análoga defienden Descartes y Spinoza; ellos aseveran que la ley de causa y efecto rige los acontecimientos del mundo; según ésta, todo hecho tiene una causa determinada que lo explica; a su vez, el hecho determina consecuencias acordes con él.¹⁴¹ Es visible en la novela, no un riguroso encadenamiento de hechos, sino un serio condicionamiento; José García acepta que puede sustraerse a ese orden determinado y que si no lo hace es por su exagerado temor.

¹³⁷ En su tesis de licenciatura, *Estudio de El libro vacío de Josefina Vicens*, Graciela Suárez Noyola también observa que “para Josefina Vicens sólo el artista escapa de la enajenación social”, p. 88.

¹³⁸ Frondizi, *op. cit.*, p. 233 y 269, respectivamente.

¹³⁹ Levinas, *op. cit.*, p. 55.

¹⁴⁰ Erich Fromm y D. T. Suzuki, *Budismo Zen y psicoanálisis*, p. 40.

¹⁴¹ Cf. Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico del universo y Tratado breve* y René Descartes, *El mundo o tratado de la luz y El discurso del método*.

El ambiente social ha impedido el desarrollo del protagonista y progresivamente lo confina a un espacio minúsculo en donde el movimiento —o la acción— son apenas posibles. De pronto es consciente de que el trabajo, la familia, el tiempo que se ha ido irremediamente —“el tiempo irreversible que nos hiere y que huye”—¹⁴² y todas aquellas cosas naturales y artificiales han ido estrechando de forma imperceptible todas las posibilidades *infinitas* que se contemplaron en la niñez. Uno a uno va aplazando o descartando sus proyectos más anhelados.

La necesidad asesina la sensibilidad, sustituye “el uso y el goce de lo natural, de lo estremecedoramente natural” (p. 71). El trabajo al que está sometido José García lo ha privado de uno de los elementos esenciales que requiere la actividad creadora: la interacción con el mundo natural.

Me gustaría describir la tarde y lo que siento. ¿Qué hay que hacer entonces? Primero, creo yo sentir la tarde. Después, hacer el intento de ir cercando sus elementos [...] Y cuando esos elementos queden reflejados en palabras y expresado ese temblor gozoso y esa estremecida sorpresa que siento al contemplarla, entonces, seguramente quien me leyera, o yo mismo, podría encontrar en mi cuaderno una bella tarde y a un hombre que la percibe y la disfruta.

¿Y si lo intentara así, con ese sistema?

Bueno, tendría que contemplar esas tardes o inventar o recordar un poco, porque hace mucho tiempo que no las veo. Salgo de la oficina a las nueve de la noche y tan cansado que ya no tengo esa sensibilidad ávida, necesaria para percibir lo que me rodea. De la tarde sólo contemplo la luz que entra por una pequeña ventana que queda frente a mi escritorio. (p. 70).

Los muros fríos de la oficina se interponen artificialmente entre el hombre y la naturaleza. José García desea prescindir de todas aquellas necesidades artificiales impuestas por la sociedad y recrear la realidad, pero en la ausencia del ser, en el desajuste y la inercia no puede inventar una nueva realidad: sólo puede tocar la propia, la que le pertenece.

El ser y la libertad son indisociables. La autora propone una figura paradójica, existencial, en la que José García es y no es lo que representa. Esto se ilustra mediante la metáfora de los dos cuadernos. Los cuadernos —como se mencionó con anterioridad— simbolizan a José García; el primero es su propia vida, tal cual ha transcurrido; el segundo, es el ser que no pudo ser: amorfo, sin contornos precisos; sólo puede intuirse a través del papel en blanco.

¹⁴² Jorge Luis Borges, “Poema del cuarto elemento”, *El otro, el mismo*, en *Obras completas II*.

Con vergüenza —como el fruto que “inevitablemente, a pesar de sí mismo” (p. 25), se pudre— José García se resigna a ser lo que es: *un hombre sin atributos*, mediano, en cuya vida no ha ocurrido nada importante; que nunca ha efectuado un acto relevante o digno de elogio; que no ha tenido el coraje ni el valor para proceder de modo contrario al esperado y que, afanado en cumplir las expectativas sociales, ha ignorado y postergado sus propios intereses.

Da la impresión de que para José García escribir es un acto involuntario, no tiene control sobre sus palabras: “van por donde quieren”, como si tuvieran vida propia. No obstante, todo el cúmulo de verdades contradictorias expuestas en el cuaderno integra fielmente su esencia.¹⁴³ Las palabras bullen en el interior y brotan a presión quedando fijas en la hoja y, aunque el personaje diga que el libro es un libro de nada, la realidad es que ese libro encarna todo lo que es porque él habita en su lenguaje, porque “el lenguaje es la casa del ser”.¹⁴⁴ Es por eso que no puede evitar hablar de sí mismo por mucho que lo desee. En el cuaderno se expresa y por medio del lenguaje intenta llegar a otros hombres buscando la comunicación, o más exacto, la comunión. Porque la palabra puede disolver la soledad, o bien, como se lee en la novela: “la sensación de un gran vacío [puede] llenarse con sólo decir una palabra” (p. 77).

El deseo de trascender por medio de la escritura constituye para José García una fuerza tiránica pero al mismo tiempo, la posibilidad de liberación. De tal modo, él escudriña en el fondo de sí compulsivamente, desgarrando la experiencia para transformarla y exprime su esfuerzo sobre el papel. Busca en la inconsistencia de su vida un sentido, como si la suma de sus años dibujara una imagen “anamórfica”¹⁴⁵ e hiciera falta un espejo conoidal —la novela— para “ordenar lo que se halla disperso”.¹⁴⁶ Ansía encontrar la “llave

¹⁴³ Moreno Márquez escribe que “para Milan Kundera, la experiencia literaria y la intersubjetividad que en ella se genera, ‘ya no están presididas por el ideal de una Única Verdad’ (art. cit., p. 63). En efecto, Kundera, en *El arte de la novela*, dice que “la única Verdad divina se descompuso en cientos de verdades relativas que los hombres se repartieron. De este modo nació el mundo de la Edad Moderna y con él la novela, su imagen y modelo.” p. 14.

¹⁴⁴ Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, p. 40.

¹⁴⁵ Schopenhauer aclara que “La ‘anamorfosis’ es un fenómeno de reflexión por el cual una figura irregular cortada en un plano se vuelve —conforme a ciertas leyes— una figura regular, si se la refleja en un espejo de forma cónica o cilíndrica.”, *Los designios del Destino*, p. 15.

¹⁴⁶ Al abordar el tema de la vida humana y su relación con las circunstancias externas y el azar, Schopenhauer introduce —en la misma obra y página citadas en la nota anterior— la metáfora que yo retomo aquí y la explica del siguiente modo: “[...] existen ciertas imágenes llamadas ‘anamórficas’ [...], las cuales a simple vista sólo presentan monstruosas deformaciones mutiladas y, en cambio, vistas en un espejo conoidal muestran imágenes humanas normales, la pura comprensión empírica del curso del mundo equivale a mirar la imagen con los ojos desnudos y, por el contrario, el seguimiento de la intención del destino equivale a mirarla en un espejo conoidal que combina y ordena cuanto se halla disperso por doquier.”

literaria que lo libere de la cárcel del tiempo presente”¹⁴⁷ y así “Rescatar el sentido de la historia [y] enfrentar la creación a la muerte”.¹⁴⁸

En la novela existe *concretamente* “un libro vacío” y, como ya dije, simboliza su no-yo.¹⁴⁹ Pero José García también utiliza la frase para aludir al cuaderno lleno, para subrayar su vacuidad, su falta de valor: “este cuaderno que no es nada o, si acaso, el camino, la esperanza hacia el otro que aún permanece en blanco” (p. 194). En este punto habría que separar la perspectiva del narrador y la del lector: para el primero, el texto escrito carece de mérito literario; no es más que una suerte de diario en el que ha registrado los hechos triviales de su vida y los pensamientos secretos que lo afligen; suena absurdo que José García diga que es un pésimo escritor cuando su cuaderno ostenta una escritura admirable. Pero él reclama la confianza de los lectores desde las páginas iniciales: demanda que creamos en él. El propósito de la novela es recrear la vacuidad de la vida de un individuo promedio; enfatizar la veracidad del autor-personaje es uno de los recursos que emplea Vicens para lograrlo. La interpretación de Graciela Loyola Suárez apunta en esa dirección: “las páginas escritas no constituyen una novela, tampoco son un libro, sino la historia del fracaso, son el fracaso en sí.”¹⁵⁰ Por supuesto, la impresión del lector, es indudablemente disímil, pues lo que lee es la excelente novela de la autora *real*: Josefina Vicens. Así, no obstante el recelo que el cuaderno lleno produce en el protagonista, *El libro vacío* cumple con varios objetivos propios de la escritura: rompe con la soledad al establecer un puente entre el personaje y el lector y rescata al ser sustrayéndolo de la nada; además, exhibe un manejo del lenguaje limpio y sencillo, cuya sutil belleza ilumina toda la obra y en especial aquellos fragmentos que hacen gala de una reflexión fina y humana.

5. MIEDO Y FRACASO DE LA LIBERTAD EN JOSÉ GARCÍA

¹⁴⁷ Isaac Rodríguez Cázares, “Josefina Vicens: *El libro vacío*, la gran novela del escritor insignificante”, en *Tinta y papel* (Revista electrónica, Enero, 2006), <http://rify.blogspot.com/>, p. 11-12.

¹⁴⁸ Octavio Paz, “Carta prefacio a Josefina Vicens”, en Josefina Vicens, *El libro vacío*, edición de la SEP, p. 7.

¹⁴⁹ Añádase a mi interpretación lo dicho por Alice Ruth Reckley: “Lo que leemos es el Cuaderno I porque, aunque quede obvio [sic] repetimos, el Cuaderno II es [sic] vacío tanto al principio como al final. La riqueza de la ironía en ese vacío Cuaderno II se basa en que: 1) el Cuaderno I ha llegado a tomar la función del II (es la obra que leemos) y, así, convierte al II en metáfora para el I; 2) el vacío Cuaderno II se ha llenado precisamente con su propia falta de palabras, con el silencio al cual alude y que es el referente del Cuaderno I.” “Josefina Vicens: ritos de la aspiración humana”, en *La palabra y el Hombre: Revista de la Universidad Veracruzana*, vol. 75, pp. 99-108 (Julio 1990).

¹⁵⁰ Tesis citada, p. 123.

La conformación psíquica del personaje se realiza a partir de la posibilidad que abre la libertad de elección, de la prohibición —restricción de la libertad— y del influjo del deseo. En términos freudianos, en la organización psíquica de José García el *superyó* se desarrolla mucho más que el *ello*. Esto trae como consecuencia la constricción, o quebrantamiento, del *yo* en un doble sentido: psicológico y ontológico.

En el plano superficial del discurso se reconocen tres ejes elementales que permiten el *movimiento* en una narración en la que la acción es casi nula: el sentido del deber, una voluntad que oscila entre la razón y la pasión, identificable con el deseo, y las posibilidades que forzosamente implican elección y decisión por parte del sujeto. Esto constituye en la novela el drama de la libertad. Es el conflicto interno del antihéroe.

Ni aun cuando es absorbido por la pasión hacia la amante José García desvía sus pasos y se atreve a transitar por el último camino que le ofrece el destino. Prefiere renunciar a ella antes que darle la espalda al orden constituido por su familia y trabajo. A pesar de que la estabilidad sólo trae para él continuos días iguales y de que lo “asfixia la tranquila, metódica, acompasada repetición de [sus] actos” (p. 93), no osa renunciar a ella: “Me da pena escribirlo, pero para mí constituye un terrible esfuerzo tomar cualquier decisión. Me falta carácter, valor. Soy así desde muy niño” (p. 119).

Sin importar que el protagonista rechace su vida, entiende que la seguridad en que se funda ha servido de andamio en la formación de su identidad. La libertad, por el contrario, significa incertidumbre y, por ende, peligro. Ante la libertad el ser tiembla, se angustia, porque la mirada puede toparse con la nada, con el vacío fatal: el miedo a la libertad es el miedo a no ser.

Después, ya nada más en la imaginación José García entreteje aventuras arriesgadas; sólo mediante ensoñaciones puede desprenderse de sus cadenas afectivas, de su temor paralizante; únicamente en el mundo de la fantasía actúa como héroe. Pues: “La fantasía exige generosidad allí donde la realidad todo lo quiere para sí y todo lo mide por lo que ha sido, es o será, sin piedad por lo que ‘podría ser’ en cuanto tal, es la ‘libertad frente a la existencia’ que la realización del sentido de lo posible [...] siempre lleva consigo.”¹⁵¹ Sin embargo, las ensoñaciones no son más que un escape pasajero: al confiar

¹⁵¹ Moreno Márquez, art. cit, p. 49.

estas fantasías llenas de heroísmo a su mujer, regresa a la realidad, porque ella, que todo lo sabe, que “nunca es pregunta, sino respuesta”,¹⁵² le dice que su tiempo ha pasado ya.

El tiempo pasa sin consideraciones; transcurre oculto entre los deberes, la necesidad y el cansancio. Una y otra vez el protagonista huye de su presente proyectando su esperanza hacia el futuro. Tarde descubre que su tiempo ha pasado ya, que lo que no hizo no lo podrá hacer nunca más; por eso se llena de desesperación al ver arrancar a un compañero de trabajo día a día las hojas del calendario. El ser *posible* se pierde en la medida en que el tiempo transcurre clausurando a su paso los caminos desconocidos de la libertad y, al final, queda sólo el ser que es, el que se ha configurado a través de los años por el uso de una libertad mínima.

Al final resulta imposible alterar el curso del camino andado porque ya no hay vías alternas. Es tarde para desprenderse de lo que se ha sido e iniciar un nuevo proyecto. Entonces, al borde de todo, continúa esperándose. “El libro vacío” simboliza la heroicidad de José García; ese otro que no llega a plasmarse en la página en blanco; que no consigue oscurecer el fondo con su historia y, deslucido, aguarda en el limbo de las palabras desarticulando la unidad del yo.

Si José García, como imagina, fuese libre, tendría el tiempo que precisa para escribir; pero, para soportar la soledad, estaría obligado a hacerlo hasta enloquecer. Él, como Josefina Vicens, piensa que el oficio de vivir excluye al oficio de escribir, y que si *prescinde* de su vida podría perder la parte del yo que conserva y que, a pesar de todo, es. Liberarse presupone sustituir el amor de la familia por el arte, por la escritura. Él sabe que hay otros que superan con facilidad la disyuntiva, pero no entiende cómo lo hacen. “Su novela en ciernes parece haber fracasado porque los elementos que utiliza en esa empresa se vuelven contra él, son una extensión suya, prototipos de un libro vacío.”¹⁵³ Ante todo, José García es quien ha sido, por ello elige conservar a su esposa e hijos y rendirse al fracaso de su libertad.

En las primeras hojas, José García se declara vencido: “esta noche estoy tranquilo, sereno, resignado mansamente al fracaso” (p. 29). Ha abandonado la intención de hacer la novela que tanto añora y parece que está a punto de renunciar a escribir ese libro trascendental con

¹⁵² Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 41. Es lo que dice Paz de la mujer mexicana y sus observaciones se aplican con justicia a los personajes femeninos de Vicens.

¹⁵³ Álvaro Ruiz Abreu, “Novela de una novela”, en *Jornadas Internacionales “Carlos Pellicer” sobre Literatura Tabasqueña*, p. 195.

el que sueña. Sin pretenderlo, porque no consigue contener sus palabras, lo que cuenta es la historia de su fracaso, la historia de la derrota de su libertad.

Porque es verdad que no he triunfado en nada, que no he sido nunca un hombre importante ni he gozado de prosperidad; que no he cometido ningún acto heroico ni he sido citado jamás en ningún periódico, ni para bien ni para mal. [...] En fin, mi nombre no podría subrayarse nunca. [...]

Eso es lo que se llama, sin atenuantes, ser un mediocre. (pp. 209-210).

El relato de su fracaso comienza en la niñez. La elección lo angustia desde entonces y frena la acción y, puesto que “cada acto de rendición y cobardía me debilita, [se] prepara el camino para nuevos actos de rendición, y finalmente se pierde la libertad.” La vida ulterior de José García “es un proceso de libertad decreciente, hasta el momento en que perdió el juego de la vida.”¹⁵⁴

Su libertad puede verse como un sistema inercial inserto en un cono de posibilidades cada vez menores; pero no es un cono cuya muerte culmine con la iluminación; su vértice apunta hacia el inframundo, es como la irremediable y eterna caída dentro de un remolino. Toda la novela está plagada de este tipo de elementos *indiciales*: “Las palabras van cayendo en mi cuaderno” (p. 61), “Todos (mis pensamientos) caen de mí, en este cuaderno sumiso, como un follaje provisional” (p. 90); de los encuentros con la mujer que lo inició en el sexo comenta: “Yo [...] sentía que iba cayendo, cayendo vertiginosamente al infierno” (p. 95). Y de la ruptura con su amante: “Al romper ese amarre caería otra vez en la rutina” (p. 148). La libertad de José García es un remolino porque hay un dejarse llevar por fuerzas externas (la sociedad, las circunstancias, el azar), una inercia que le impide repechar la corriente (el tiempo) y una voluntad disminuida por la influencia familiar.

Con cada decisión no tomada, con cada derrota, se configura el carácter y se pierde la oportunidad de cambiar el *destino* personal. José García “fracasa porque no despierta ni ve cuándo está en una bifurcación de camino y tiene que decidir. Después con cada paso por el camino equivocado se le hace más difícil admitir que *está* efectivamente en el camino equivocado”.¹⁵⁵ Hacia el final de la novela el protagonista descubre la causa de su caída ontológica:

¹⁵⁴ Fromm, *El corazón del hombre*, pp. 161-162 y p. 164, respectivamente.

¹⁵⁵ Fromm, *El corazón del hombre*, p. 164.

Queda uno atrapado por los acontecimientos del corazón, del instinto, de la esperanza; luego por los deberes, por la casa, por los hijos. No sabe uno, no siente cuál es el día exacto en que debe poner una marca o hacer un tajo hondo y cambiar el rumbo, pese a todos los vientos. (p. 216).

Para justificarse cuestiona lo que es el éxito y piensa que tal vez éste no debe medirse por la riqueza o la fama, sino por un estado de paz interior, de satisfacción y conformidad. Entiende que lo que hace a veces el éxito es disimular el hueco que deja la falta de sentido de la vida mientras aparenta una “felicidad ilusoria”. Lo que insinúa José García, en realidad, es el deseo de “que la vida no necesite justificarse por el éxito”.¹⁵⁶

Parece que el protagonista se sabotea a sí mismo y coarta su libertad. La verdad es que lo único que intenta es reprimir los deseos que su capacidad no puede materializar. La evidencia de ello está en su resistencia a escribir. En su caso, el deseo jamás se ajusta a la realidad: el individuo sólo logra lo que puede; en tanto, el deseo se vuelve inalcanzable. José García no olvida sus posibilidades *reales*: las que le brinda su propio carácter; las que la familia y la vida le permiten. Pero es mucho más consciente de todas aquellas posibilidades que —estima— le están negadas. Se convierten en límites imposibles de traspasar y así, sin intentarlo siquiera, se ahoga en la impotencia: “Puse en mí mismo una confianza absurda [...], hice un apasionado proyecto de mi vida. Esquemas, proyectos, siempre lo mismo” (p. 100).

Sólo una cosa lo mantiene a flote: la escritura. Y aunque también juzgue que la creación literaria está por encima de sus facultades, el acto mismo de escribir abre una puerta hacia esa libertad por la que podría entrar el ser que quiso ser y que cree perdido definitivamente.

¹⁵⁶ Fromm, *El miedo a la libertad*, pp. 251 y 258.

III. EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD Y LA IDENTIDAD ESCINDIDA EN LUIS ALFONSO FERNÁNDEZ, PROTAGONISTA DE *LOS AÑOS FALSOS*

Un silencio prologado separa las dos novelas de Josefina Vicens. Veinticuatro años después de la publicación de *El libro vacío* la autora da a la imprenta un nuevo texto, *Los años falsos* que, a pesar del tiempo, se hermana con el primero, si no en la trama, sí en el modo de enfocar a los personajes: los une “un estilo, una cierta manera de tratar el tema, pero no el tema mismo”;¹⁵⁷ se nota el sello particular de la pluma de la escritora: una prosa clara, limpia y sencilla —no obstante el trastrocamiento gramatical; reflexiones certeras sobre las dificultades del ser y las relaciones humanas que conmueven la sensibilidad del lector. Para Armando Pereira “Hilos secretos tejen la trama de una misma obsesión a lo largo de los veintitantos años que separan la escritura de *El libro vacío* de la de *Los años falsos*.” El crítico percibe un vínculo entre ambas novelas: la “Obsesión que tiene por centro a la escritura misma.”¹⁵⁸ A diferencia de él, creo que la relación entre las dos obras parte de la preocupación por el ser, de ahí que los protagonistas compartan rasgos afines. Un juicio acorde con lo que pienso es el de Juan Coronado: “Entre las dos novelas hay una serie de venas comunicantes. El dolor frente a la búsqueda de una razón de ser se transforma en un dolor frente a una sinrazón de no ser. Ambas novelas nos hablan de lo que quizá sea el problema más íntimo: la propia identidad.”¹⁵⁹ Por su parte, Felipe Garrido, a decir de Javier Aranda Luna, opina que los dos libros “podrían ser casi uno porque en ambos los temas fundamentales son la otredad, la ausencia, las difíciles relaciones familiares, el miedo a la muerte y la necesidad de escribir.”¹⁶⁰ Asimismo, Ignacio Trejo Fuentes escribe que “Sin ser exactamente partes de un mismo ciclo, de una saga, es indiscutible que ambas novelas están firmemente emparentadas, se complementan de algún modo, integran una suerte de juego de espejos que enriquece a uno y otro libro.”¹⁶¹ Hay que asentar que el criterio de Alejandro Toledo difiere de los anteriores: “La autora encuentra pocas uniones entre *El libro vacío* y *Los años falsos*; la crítica tampoco suele asociarlas, y la convivencia en algunos estudios es sólo por la casualidad de

¹⁵⁷ Armando Pereira, “Dos caras de la escritura”, en *Jornadas Internacionales “Carlos Pellicer” sobre Literatura Tabasqueña*, p. 185.

¹⁵⁸ Art. cit., pp. 185-186.

¹⁵⁹ En “*El libro vacío* y *Los años falsos* de Josefina Vicens. La escritura: el espacio íntimo de Josefina Vicens”, en “Sábado”, 412 (7 septiembre 1985), p. 13.

¹⁶⁰ Aranda Luna, “Soy una persona realmente amorosa: Josefina Vicens” (homenaje), en *La Jornada* (23 mayo 1988), p. 27.

¹⁶¹ En “Josefina Vicens: Obras completas (Personajes en busca de sí mismos)”, en “Sábado”, 532 (30 abril 1988), p. 13.

pertenecer a una misma escritora. Josefina Vicens habla de *Los años falsos* como ‘el otro problema’, y son en verdad caminos distintos los que recorren ambas novelas.”¹⁶²

Las circunstancias culturales y sociales se han transformado desde entonces —lo cual se refleja en la segunda obra, la que sobra decir, evidencia el desarrollo profesional de la autora, tanto en el estilo como en la técnica—, pero los conflictos por los que atraviesan los protagonistas son semejantes: el drama de la libertad y la disolución del yo. Luis Alfonso Fernández, el personaje-narrador, mediante una cavilación retrospectiva, desentraña el problema crucial que lo atormenta: la muerte del padre y la crisis ontológica que surge como consecuencia de dicho suceso.

En *Los años falsos* se efectúa un corte abrupto de la libertad de Luis Alfonso Fernández cuando el padre de éste muere. La motivación del protagonista obedece a la adoración extrema de la figura paterna, de quien es prolongación. En este caso, el conflicto gira en torno a una transposición, en cierto modo voluntaria, que se da entre él y su padre. Se trata de un desplazamiento, acordado tácitamente por todos los participantes, que coloca al protagonista en una disyuntiva esencial e irresoluble y lo mantiene oscilando continuamente entre los linderos del ser y del no ser.

Destacan tres estructuras representativas de la sociedad mexicana de la época. La primera dimana de la situación política del país: en un extremo se encuentran los funcionarios públicos, que detentan el poder, y en el otro los ciudadanos comunes. La segunda, se perfila en el modo en que se organiza la familia: la autoridad la ejerce el padre sobre el resto de los integrantes.¹⁶³ Las mujeres son las encargadas del cuidado de la casa y de atender y servir a los varones. Por último, la relación padre-hijo constituye la tercera estructura. En estos tres órdenes intervienen dos grupos opuestos: el de los dominados y el de los dominadores. El elemento fundamental que fija las relaciones entre ambos grupos “Es el poder, aislado en su misma potencia, sin relación ni compromiso con el mundo exterior.”¹⁶⁴

El poder, la libertad y el ser tienen una vinculación estrecha en la trama de la novela: el poder se percibe como *posibilidad*, como medio para ampliar las oportunidades y como el fin que da consistencia al yo; quien lo ejerce no sólo tiene un nivel más amplio

¹⁶² En “Josefina Vicens / Espirales de una épica interior”, en “Sábado”, 557 (4 junio 1988), p. 9. Sobra decir que esta es una consideración con la cual yo disiento.

¹⁶³ Algunos críticos ya se han dado a la tarea de analizar el sistema patriarcal que se estructura en la novela. Para este estudio son importantes los trabajos de José Alfredo Pavón, quien realiza un análisis detallado del personaje Poncho Fernández. *Vid.* “El hombre de la casa” y “En el nombre del padre”, en *De mujeres y hombrecitos*, pp. 15-62.

¹⁶⁴ O. Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 90.

de libertad, también la posibilidad de limitar la libertad de los demás, ya que “La libertad absoluta es el derecho del más fuerte a imponer su dominio.”¹⁶⁵

Así, la mayor parte de las relaciones que entablan los personajes —todos ellos machistas— en el texto están determinadas por el poder: el funcionario para el cual trabaja Luis Alfonso Fernández “con los superiores se porta como siervo y con los de abajo como patrón” (p. 263) y los políticos con los que alterna temen “convertirse [...] en ciudadanos comunes y corrientes, atendidos a sí mismos, víctimas de la arbitrariedad de las autoridades y de la indiferencia de los poderosos” (p. 288).

La vinculación de los individuos pierde “su carácter directo y humano, asumiendo un espíritu de instrumentalidad y manipulación”¹⁶⁶. Como escribe Octavio Paz, “una palabra resume la agresividad, impasibilidad, invulnerabilidad, uso descarnado de la violencia, y demás atributos del ‘macho’: poder. La fuerza, pero desligada de toda noción de orden: el poder arbitrario, la voluntad sin freno y sin cauce.”¹⁶⁷

Con respecto al tratamiento de los personajes femeninos se advierte la misma relación de dominio que en el ámbito político, sólo que las mujeres, a diferencia de los hombres, no tienen la inquietud de alcanzar el poder fuera del ámbito familiar. Les basta con la influencia que tienen en sus hijos. En la casa gozan de cierta función ordenadora, pero carecen de conciencia existencial. El universo masculino que recrea la autora es definitivamente superior al femenino: aquél gobierna, éste se subordina. Esta interacción origina un vacío que los mantiene separados. Los personajes desempeñan su papel como si asumieran que su inferioridad o supremacía obedece a su constitución ontológica.

Entre el mundo masculino del poder, que a cada paso reafirma su presencia, y el frágil mundo femenino, callado y servil, se entretiene el carácter del protagonista. El paradigma de la familia en el que la autoridad paterna regula el mundo y los personajes femeninos se degradan voluntariamente constituye el detonante del conflicto del protagonista de esta novela.

Poncho Fernández es un personaje tipo que funciona como contrapunto en la conformación del personaje principal. El adjetivo “autoritario” resume fielmente su carácter. Ante la presencia de aquél la casa familiar cobra vida: él irrumpe y las mujeres comienzan a moverse servilmente. Por este servilismo la mujer y las hijas pierden su carácter individual y son anuladas. Luis Alfonso, en cambio, desde pequeño, recibe un

¹⁶⁵ Aseveración de Albert Camus, citado en Frederick Copleston, *op. cit.*, p. 373.

¹⁶⁶ Fromm, *El miedo a la libertad.*, 126.

¹⁶⁷ Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 89.

trato diferenciado y especial porque es varón. La convivencia con el padre es lo que moldea la identidad del hijo: su *mirada* esculpe y reafirma la *personalidad* del niño y le confiere un carácter individual. La infancia y juventud del protagonista giran en torno a esa figura paterna. Detrás de los actos y las decisiones que toma Luis Alfonso se halla siempre la necesidad de *ser para alguien*. El padre le presta atención, lo *mira*, le habla, en suma, lo hace existir. Él es quien adecua el espacio familiar y social e interviene directamente para que el hijo se convierta en su *viva imagen*.

El carácter voluble de Poncho Fernández hace que el hijo cambie constantemente de parecer acerca de lo que hace y de lo que desea: “durante toda mi infancia, fui variando de aficiones y decidiendo mi destino, siempre a la sombra de tus falsos proyectos, o de tus circunstancias, o de tus elogios, o simplemente de tus exclamaciones fugaces” (p. 255). El niño desea convertirse en cartero, en bombero y dedicarse a otros oficios más, que no menciona, sólo para complacer al padre. La madre, por su parte, ya tiene un proyecto claro para él: “tiene que estudiar y recibirse de médico”. Este propósito de inmediato es invalidado por el progenitor: “Entonces tú, que lo decidías todo, nos mirabas sorprendido de nuestro atrevimiento y nos decías: [...] ¡Pues no, señor, no vas a ser médico! [...] ¡No, hijo, tú vas a pisar fuerte y a llegar muy alto!” (p. 58).

La inquietud que expresa la vocación auténtica del protagonista es la de ser buzo: “Sólo una de mis aficiones de niño, tan implacable que perdura hasta hoy, quieta, escondida en mi memoria, no tuvo su origen en ti: la de buzo” (p. 256). La experiencia que revela su propensión al mar oculta la intuición de su porvenir: “sentí que el fondo del mar era mi sitio y mi destino; que había yo muerto y que caminaba ingrávito, como un ángel, por ese cielo sumergido donde todo era lento, oscilante, cadencioso, trémulo. Sentí que había yo llegado al centro mismo del silencio y que era ahí donde debía permanecer” (p. 256).

Es como si el niño comprendiera la imposibilidad de su legítima existencia e intentara exiliarse, por voluntad propia, al igualmente subyugante mundo submarino; es como si prefiriera la presión y el silencio de todos los mares a quedarse en tierra y tener que soportar la presencia-ausencia imponente del padre y el silencio a que lo condenó después de muerto. Porque, de ninguna manera, en este caso particular, la opción es liberadora; la muerte, en cambio, para Luis Alfonso, a pesar de su negatividad, sí lo es.

Otra afición que lo libera de modo positivo es la de volar y lo expresa así:

[...] aquella mañana que me llevaste a volar sobre la ciudad en una avioneta, sentí nuevamente el encuentro con algo que me pertenecía. También ahí podría permanecer siempre: en el aire, posándome brevemente en los picos de los cerros, en las altas montañas, en los volcanes nevados. En todos aquellos sitios desde los cuales pudiera contemplarse, pero muy a lo lejos, la tierra. (p. 257)

Más adelante, Luis Alfonso se compara con un papalote cuyo cabo es sostenido por el padre; al hacerlo, en pocas líneas deja claro en qué consiste el problema de su libertad: la restricción del movimiento controlado por una voluntad ajena.

[El papalote] se balanceaba en el aire, negligentemente, como simulando una libertad de la que no deseara hacer uso excesivo.

Si a mí me hubiera sido posible, o si tú hubieras querido soltar el amarre, ahora yo sería el que podara, amorosamente, tu bugambilia. (p. 260)

1. ASIMILACIÓN Y SUPLANTACIÓN ONTOLÓGICA: LA IMPOSIBILIDAD DE LA LIBERTAD

En la evolución del protagonista se observan dos etapas. La primera, ya esbozada arriba, corresponde a la infancia y adolescencia temprana de Luis Alfonso. En ésta, el poderío paterno llega a afirmarse por la autoridad y el fervor que el niño siente hacia él. La admiración raya en idolatría y prepara el terreno: la fresca mente infantil es materia moldeable, dispuesta a determinarse a partir de la aprobación paterna; por supuesto, esto implica actuar de acuerdo al patrón de conducta aprobado por el progenitor. Los años de la niñez corresponden al proceso de “sacralización del padre”.¹⁶⁸

En toda relación amorosa la mirada mutua fundamenta la existencia del otro: se es ante el otro y para el otro. Por ello se busca afanosamente la aprobación que confirme el yo propio. Basta alguna expresión descuidada para lograr una reacción en el hijo. Si Poncho Fernández asegura que el dinero se debe cuidar, Luis Alfonso lo atesora con avaricia; si a la mañana siguiente declara que el dinero guardado se convierte en ceniza, el niño asustado corre a quebrar su alcancía para rescatar lo que quede.

El valor que adquiere la palabra para Luis Alfonso cuando la pronuncia su padre es el de verdad absoluta. En la mente del niño las mentiras —las interminables jornadas de

¹⁶⁸ Bladimir Reyes Córdoba, “Un acercamiento a los años falsos de J. V.”, en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, vol. 9, núm. 20, (julio 2003), p. 119.

trabajo en pueblos incomunicados— son verdades; los proyectos son designios y las opiniones, indefectibles. El padre es como un dios para el niño.

La segunda etapa evolutiva del personaje está determinada por la muerte del padre y abarca los siguientes cuatro años. El proceso preparatorio que tiempo atrás venía desarrollándose culmina de modo violento cuando el campo es ya lo suficientemente fértil: por voluntad propia, aunque no muy consciente de la significación de su proceder, Luis Alfonso comienza una nueva fase en la que logra mantener vivo al padre por medio de un mecanismo de *asimilación*. También cabe denominar a esta técnica “desdoblamiento”: parafraseando a Bargalló, se produce “por ‘fusión’, en un individuo, de dos individuos originariamente diferentes; dicha fusión puede ser el resultado de un proceso lento de mutua aproximación hasta alcanzar la identificación [...] o puede producirse de manera imprevista y repentina, como si se tratara de una aparición”.¹⁶⁹

En la novela se observan las dos formas de crear el desdoblamiento investigadas por Bargalló. A la primera la llamo aquí *proceso de asimilación* y a la segunda *suplantación*. El “juego pronominal”¹⁷⁰ que alude la mayoría de los críticos y que inaugura la entrada a ese mundo esquizoide de la novela resume el transcurso y el desenlace de los dos procesos mencionados.

La *asimilación* deliberada comienza cuando Luis Alfonso Fernández, durante el velorio, usa el traje de su padre muerto: “no era vestirme con tu ropa, era vestirme de ti”, confiesa en su monólogo; le sigue a esto la adopción de ciertas manías propias de aquél — por ejemplo, jugar con las llaves— y desemboca en la *suplantación*. La sustitución es alentada por el resto de los personajes quienes están convencidos del extraordinario parecido que existe entre los dos (entre padre e hijo).

La *asimilación* tiene un carácter activo, ya que es el protagonista quien la efectúa; en cambio, en la *suplantación* se torna un ente pasivo, un objeto, cuyo cuerpo es dominado por una presencia poderosa. En la *asimilación* Luis Alfonso se apropia de una parte del ser del otro; en la *suplantación* él es poseído por completo. A continuación se verá con mayor claridad cómo el *mecanismo de asimilación* refuerza la estructura en que se da la *suplantación*.

La necesidad de aprobación y reconocimiento, aunque puede suscitar una conducta imitativa, no desemboca indefectiblemente en una conducta de asimilación: la del deseo consciente de ser valorado por *el otro* motiva la acción y tal vez en este sentido es factible

¹⁶⁹ Bargalló, art. cit., en Juan Bargalló (ed.), *op. cit.*, p. 17.

¹⁷⁰ Pereira, “Las dos caras de la escritura”, art. cit., p. 10.

decir, con ciertas reservas, que el ansia de pertenencia es expresión de la libertad inicial en el medio social; el ente se mueve *buscando* lo que desea *ser*. La *asimilación* en cambio implica la anulación de una parte de sí y la *suplantación-escisión* es inminente cuando se debilita el propio yo.

En el mismo sentido es aplicable lo que dice R. D. Laing en su obra *El yo dividido* acerca del individuo esquizoide: “Existe la tendencia del falso-yo a asumir, *cada vez más, las características de la persona o personas en que está basado su consentimiento*. Este asumir las características de la otra persona puede llegar a convertirse en un remedo casi total del otro.”¹⁷¹

La asimilación tiene un doble efecto: por un lado, minimiza el dolor de la pérdida al encubrir la ausencia definitiva del objeto venerado y, por el otro, propicia la suplantación al tender un puente entre el pasado y la vida que el padre ha proyectado para él. Luis Alfonso es consciente de esto pero defiende su derecho —su libertad, aunque parezca paradójico— de hacerlo. El problema se fortifica desde el momento en que los demás participan en la suplantación, ya que *la mirada* del otro es imprescindible en la integración del yo.¹⁷²

El padre deja armada una estructura inflexible: da instrucciones precisas para que después de su muerte sus aspiraciones se materialicen sin obstáculos y se lleven a cabo los objetivos que proyectó para su hijo. La educación prepara el camino para la suplantación. David Lauer, en el análisis que hace de *Los años falsos*, citando a Roger Bartra, dice que “La ausencia de metamorfosis es resultado de diversas condiciones ambientales” y esta observación la aplica al protagonista para explicar la causa de la frustración de su personalidad.¹⁷³ Esto es lo que le sucede a Luis Alfonso: al crecer en un clima nada propicio para su transformación positiva, queda adherido al capullo viscoso de su círculo familiar y se va secando gradualmente. *Los años falsos* de Vicens guarda algunas afinidades con la *Carta al padre* de Kafka. El destinatario de las reflexiones de ambos textos es el padre. De igual modo, el despotismo, la autoridad y la rotunda presencia paterna se imponen sobre la pequeñez de los hijos, aunque de manera distinta: en el caso de Kafka con la violencia verbal y el menosprecio abierto; en el caso de Luis Alfonso

¹⁷¹ Ronald David Laing, *El yo dividido*, p. 96. [Subrayado suyo].

¹⁷² Pero no debe olvidarse que “acaso cada *mirada* [también] tiene la facultad de escindirnos, de exigirnos, como se le exige a Luis Alfonso, el cumplimiento cabal de nuestro papel.” Aline Pettersson, “Josefina Vicens: dos libros de carne y hueso”, en *Plural*, Segunda época, vol. XIX-II, núm. 218 (noviembre 1989), p. 27.

¹⁷³ Roger Bartra, citado en David Lauer, “El sistema patriarcal en los años falsos”, en *Plural*, Segunda época, vol. XIX-II, núm. 218 (noviembre 1989), p. 13.

Fernández por medio de la palabra cordial y el amor. El objetivo de estos dos padres autoritarios es el mismo: lograr que los hijos sean como ellos los quieren: hechos a su imagen y semejanza.

Como en *Carta al padre*, en *Los años falsos* la voz narradora se dirige hacia el Dios-Padre para exponer las consecuencias del régimen tiránico que ha socavado la posibilidad del desarrollo del carácter y ha marchitado la libertad.

Kafka se declara vencido por la agresividad paterna y dice “Entre nosotros no hubo realmente ninguna lucha; yo de inmediato estuve liquidado; lo que quedó era huida, amargura, tristeza, lucha interna.”¹⁷⁴ Luis Alfonso por su parte experimenta algo muy parecido cuando percibe su triple ruptura: “[el encargado de consolarme y acompañarme] Era un ser dependiente, sin la menor iniciativa, cándido, cálido y fiel (p. 300).” “[...] tú, al acecho siempre, aparecías de pronto y me invadías tumultuosamente, arrasándolo todo. El huía asustado. Cuando al fin te alejabas, yo contemplaba mis despojos y tus señales, tus grandes huellas, imperativas, renovadas” (p. 301).¹⁷⁵

En torno a la muerte la palabra es designio. Las últimas frases que profiere Poncho Fernández dan principio a “el proceso” —cuya causa, como en la novela de Kafka, se desconoce— y dictaminan la sentencia del hijo. La muerte sella definitivamente la consigna. El poder y el control que ejerce después de muerto se vuelven insoportables para el hijo porque entonces debe “hacerse a un lado” y renunciar a vivir su adolescencia.

La infancia de Luis Alfonso depende por entero del padre porque éste lo individualiza, lo distingue: lo miraba, le *hablaba* especialmente a él —a diferencia de su madre “que sólo hablaba”. Pero, el hecho de que la integridad dependa de la mirada del otro trae consigo un efecto adverso: dependencia ontológica y psíquica insuperable.

Los ojos del otro son como el espejo que devuelve mi imagen *íntegra*. Por tanto, si la mirada que me contempla y me conforma se desvía por momentos, aparece el miedo y los celos lo invaden todo. Esto sucede, por ejemplo, con el nacimiento de las gemelas: “[...] empecé a temer que me suplantarán. [...] Ahora comprendo que obedecía a un instinto oscuro, turbio, femenino, para provocar tus celos” (p. 238).

Y si esos ojos llegan a mirar definitivamente hacia otro lado, el yo desaparece; sin un espejo que fundamente la propia forma el reconocimiento de uno mismo ya no se consuma; la imagen se desfigura; se fragmenta. Al morir el padre, el espejo de los ojos se

¹⁷⁴ Kafka, *Carta al padre*, p. 1190.

¹⁷⁵ La figura paterna es igualmente trascendental en *Hamlet*: la cordura se perturba en el príncipe de Dinamarca por la muerte violenta de su padre, el rey. Como él, Luis Alfonso se encuentra ante la disyuntiva crucial: “ser y no ser”.

apaga. Luis Alfonso ya no tiene en quién mirarse, ya *no es para alguien*; y cuando, vestido de luto, con la ropa del padre, trata de encontrarlo, y con ello encontrarse, en el espejo real, únicamente puede verse a sí mismo, vacío, anhelante y sólo: “[...] cerraba con llave la puerta y me sentaba ante el espejo a escudriñarme, a analizar minuciosamente mis rasgos [...] Yo sólo veía en el espejo una cara grotesca, sin vida, haciendo muecas absurdas” (p. 243).

Con la muerte, las posibilidades de Luis Alfonso se reducen hasta casi desaparecer. La muerte genera una sucesión violenta: ya *no es* Luis Alfonso, hijo, frente a Poncho Fernández, padre, sino que, abruptamente, deja de *ser* el hijo, el hermano, el estudiante, para transformarse en el marido, el padre, el amigo de los amigos y, después, en el amante de la amante del padre: deja de *ser* lo que es para convertirse en Poncho Fernández. Después de su muerte, el hijo es el heredero, sin opción, sin alternativa, de una identidad impuesta.

En el nivel interno se produce la fusión de los dos personajes protagonistas: la presencia invasora del progenitor se asienta y reduce el espacio total en que el hijo se movía con anterioridad. Éste, debilitado por la muerte prematura, permite y hasta alienta la transposición; en principio le sirve como medio para subsistir, para no perderse en la hondura de sí mismo; no repara, sino cuando ya es tarde, en que el poder, la libertad y la voluntad de Poncho Fernández se han impuesto sobre su propia vida desde su más temprana infancia y ahora, en la muerte, no tiene más remedio que conformarse y guardar silencio en su cárcel intangible. Así la fusión padre-hijo se vuelve coercitiva. No obstante, sin duda es la coerción externa, la social, la que más indigna al protagonista, ya que es la que lo determina; la que aniquila su libertad.

El conflicto no surge por el hecho de que deba continuar por el camino trazado previamente por el padre —porque al final iba a optar voluntariamente por él. Lo que pasa es que, con la violencia del traslado, el protagonista ve mutilada su esencia y truncado su potencial. Luis Alfonso, en su niñez temprana, elige aquellas profesiones que de un modo directo o indirecto satisfacerían al padre. Las posibilidades de ser en el futuro estaban latentes y nada amenazaba al yo: él existía frente al padre o a su lado: “ellos [padre e hijo] han sido personas diferentes con funciones y roles claramente delimitados dentro de la familia, la comunidad y el mundo”.¹⁷⁶

¹⁷⁶ Pamela Bacarisse, “The Realm of Silence: The Two Novels of Josefina Vicens”, *Letras Femeninas*, vol. 22, núms. 1-2, April 1996, p. 95. La traducción es mía.

Tarde comprende el protagonista que la trampa oculta que lo conduciría al silencio de una prisión ya estaba puesta quizá desde la infancia: “[...] yo, desde adentro siempre, no podía percibir que si a nadie permitías la entrada era para que yo permaneciera mientras tú te salías” (p. 235).

Luis Alfonso reconoce que nada externo lo orilló realmente a aceptar tal estado de cosas; si optó por lo que su padre dispuso para él, fue por voluntad; las alternativas eran claras. Él justifica su actitud al reconocer que es expresión absoluta de su libertad, pero no soporta la de los demás porque con ella lo anulan, lo desvirtúan, lo despojan de lo que en realidad es —un estudiante de quince años, un muchacho de diecinueve— y le impiden, igual que a José García, desarrollarse con autenticidad, descubriendo o creando su propia identidad.

Durante el velorio, el diputado para quien trabajaba Poncho Fernández le dice a Luis Alfonso: “Tu padre fue todo un hombre y tú tienes que ser como él. Ya los muchachos me informaron cuál fue su último deseo” (p. 250). Este consejo que alcanza un tono imperativo hace eco absoluto en todos los personajes de la obra. Todo lo que debía hacer es *ser* como el padre.

Ante todo, debe tenerse en cuenta que en el tipo de sociedad que recrea la escritora el Padre —Dios, Regente— “encarna el poder genérico, origen de la vida; [...] es el principio anterior, el Uno, de donde todo nace y adonde todo desemboca.”¹⁷⁷ Representa el factor que determina el fracaso de la libertad del protagonista. La sociedad perpetúa éste sistema que ve a la familia como un pequeño Estado, un *pater familias*. Así todos se convierten en cómplices activos del “proceso” en el que se enjuicia al protagonista.

2. LA INTERVENCIÓN DE *LOS OTROS* EN LA DERROTA DE LA LIBERTAD Y EN EL QUEBRANTAMIENTO DEL PRINCIPIO DE IDENTIDAD

Es importante notar cómo los *otros* van construyendo la libertad del protagonista y suprimiendo su esencia. La formación de la identidad a partir de la alteridad es paradójica: *el otro*, como yo, también es subjetividad; como tal, elabora el mundo externo a partir de su mundo interior confirmando o restando cualidades al *otro* sujeto que objetiva. El *otro* puede no reconocer lo que en realidad soy; puede exigir la representación precisa que se

¹⁷⁷ Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 89.

adecue a la imagen que tiene de mí. Y si *los otros* no me reconocen, me aniquilan puesto que: “El individuo no puede conocerse a sí mismo, ‘reconocerse’, sin el concurso de los otros hombres.”¹⁷⁸

El universo ficcional en que se planta al personaje es, usando el término que sirve a Schopenhauer para calificar el mundo, una “mascarada”,¹⁷⁹ una representación histriónica perenne, y Luis Alfonso porta, para ser frente a los otros, la máscara que éstos le han colocado, la del padre. Pero no es el único que simula: “los políticos fingen sacrificarse por el bien de los pobres”;¹⁸⁰ las mujeres aparentan una sumisión total que les permite ocultarse cómodamente; los hombres simulan que son poderosos y así, todos los personajes revelan “la teatralidad y el juego de máscaras de la construcción social del género” y “la falsedad de la sociedad”.¹⁸¹ Las múltiples posibilidades de ser que están latentes en el ámbito de la libertad son las que conducen a la crisis de Luis Alfonso: estos modos del ser, no constituyen, ni reflejan la naturaleza verdadera, por tanto, la libertad no toca el fondo del protagonista.

Al quebrantarse el principio de identidad se desencadena el problema del extrañamiento del yo. Para los otros se ha borrado todo resto de Luis Alfonso; queda un “Poncho Fernández” en potencia. Se encargan de instruirlo —por lo que la obra adquiere visos de novela de iniciación— y sus miradas reclaman en todo momento la imagen del amigo muerto. Cuando se asoma algún rasgo del ser original que habita en ese cuerpo, de inmediato surge la reacción que la invalida y ahoga.

La primera vez que va a una cantina aún siente que es él mismo, el adolescente de quince años, con su dolor y sus temores naturales. Los demás lo aleccionan, lo inician, y le hablan de las virtudes que distinguían al padre y que *debe* adquirir. Intuyendo el entramado de la situación, cuando lo llaman como a aquél, “Poncho”, se defiende exigiendo que le llamen por su nombre. Es lo único que logra conservar.

Los rasgos que definen al *hombre* en esta novela son la fuerza física —incluyendo la potencia sexual; la *posesión* de mujeres y de dinero; la brutalidad en el trato; beber y decir *malas* palabras. El padre posee todos estos *atributos*. En síntesis, ser hombre es ser macho. Desde esta perspectiva Luis Alfonso Fernández es un personaje casi femenino: no acostumbra decir *malas* palabras; no le gusta beber; tiene dos novias sólo por complacer al

¹⁷⁸ Esteban Torre Serrano, “Identidad y alteridad en Fernando Pessoa”, en Juan Bargalló (ed.), *op. cit.*, p. 113.

¹⁷⁹ Schopenhauer, *Los designios del Destino*, p. 64.

¹⁸⁰ Ute Seydel, “El travestismo textual en *Los años falsos*”, en Maricruz Castro y Aline Pettersson (eds.), *op. cit.*, p.131.

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 134.

padre, no por interés personal y, aunque asimiló en sus primeros años que el mundo de las mujeres está separado del de los hombres, vislumbra que esto pudo haber sido distinto. Él no siente que forme parte de ese mundo de *hombres* rudos, competitivos y manipuladores, encandilados por el poder y el dinero.

Esa misma noche el “Quelite” Vargas lo reta a jugar “vencidas” indicándole que así lo hacía con su padre. Al concluir el juego anuncia haber sentido con claridad que Poncho Fernández “entraba al quite” en el momento decisivo. Luis Alfonso permanece pasmado ante el prodigio de la posesión sobrenatural que se manifestó a través de su mano.

Poco después, aturdido por ese sórdido ambiente de cantina, pretende huir, pero dos manos firmes lo retienen en su asiento mientras le anuncian el castigo al que será sometido si se va. Para excusarse deja escapar una frase infantil y al instante se vuelve blanco de las burlas de los otros que lo dejan sin defensa. En algún fragmento Luis Alfonso expresa ante los amigos del padre el temor de que su mamá pueda estar preocupada por él; al momento, todos estallan en carcajadas: “Y sentí claramente que cuando ellos terminaran de reír no quedaría de mí sino un pequeño montón de cenizas” (p. 291). El apartado posterior a estas líneas comienza así: “Pero fue al llegar a la casa cuando comprendí que eso era yo en todas partes: un montón de cenizas.” [...] Porque no fui yo el que regresó en la madrugada, temeroso del justo regaño de mi madre. Ni era a mí a quien ella esperaba. Llegaste tú, y de ti, el jefe de la familia, ella nunca esperó explicaciones ni excusas” (p. 292). Al día siguiente cava un hoyo lo suficientemente amplio para intercambiar simbólicamente el lugar con el padre. Este acto representa el reconocimiento de esa realidad heredada en la que la libertad ha sido derrotada y con ella sus posibilidades de ser.

Los *otros* refuerzan la identificación de Luis Alfonso con el padre: cuando inevitablemente surge una expresión auténtica de aquél, de inmediato viene la comparación y la subsecuente reprobación y supresión de los rasgos de carácter propios. Entonces, para existir debe ser como el padre, sin aristas ni salientes, absolutamente igual y “Esta sustitución de pseudoactos en el lugar de los pensamientos, sentimientos y voliciones originales, conduce, finalmente, a reemplazar el yo original por un seudoyó.”¹⁸² Pamela Bacarisse escribe en su excelente artículo sobre la obra de Vicens que para Luis Alfonso “es penosamente difícil [...] mantener cualquier autonomía o control sobre su

¹⁸² Fromm, *El miedo a la libertad*, p. 199.

identidad cuando constantemente es confrontado por los otros que demandan que sea lo que ellos quieren que sea.”¹⁸³

Ante los demás Luis Alfonso se ve obligado a desempeñar un papel que protege su yo de la desintegración y mantiene a su padre presente.

Este plegarse, por tanto, es en parte una traición a las propias posibilidades de uno, pero es también una técnica para ocultar y preservar las propias posibilidades verdaderas, las cuales, sin embargo, corren el riesgo de no traducirse nunca en realidades, si se hallan enteramente concentradas en un yo interior para el que todas las cosas son posibles en la imaginación, pero nada es posible de hecho.¹⁸⁴

El ser que hubiera sido por inclinación natural, propia y libre, se va apagando en silencio, en la soledad a la que fue confinado. Bien puede decir “no poseo identidad, no hay yo, excepto aquel que es reflejo de lo que los otros esperan que yo sea; yo soy ‘como tú me quieras’”¹⁸⁵.

El símbolo anticipatorio —no para el lector, sino para el mismo personaje que se busca en el soliloquio— del destino a que está condenado es una jaula llena de pájaros mudos. La juventud de Luis Alfonso transcurre en una cárcel inmaterial envuelta en el silencio.

El silencio es la expresión del no ser y, por tanto, es la secuela del fracaso de la libertad; la palabra, como en *El libro vacío* tiene un poder mágico, liberador. El monólogo es en sí un fluir de pensamiento que no se hace audible nunca. La palabra es la expresión de la vida, es redentora, preciosa “como una joya”; en cambio, el silencio es el lenguaje de la muerte.

Yo sí sé lo que significa el no pronunciar las palabras que me devolverían la vida. [...] la frase completa es como una joya. La tengo, es mía. La veo brillar en medio del silencio. Con sólo pronunciarla todo me sería devuelto. Pero allí permanece, al borde de mis labios, como al borde de un río crecido, imposible de cruzar. (p. 275)

La actitud de la madre es reflejo de la sociedad machista que atribuye al hombre una superioridad connotada. Esta postura que adopta frente al hijo manifiesta que para ella Luis Alfonso ahora es el reemplazo del esposo que perdió y del padre ausente de sus hijas. La madre no es consciente de la edad del hijo ni de la infancia que con tajante filo le es

¹⁸³ Bacarisse, art. cit., p. 94. La traducción es mía.

¹⁸⁴ Laing, *op. cit.*, p. 94.

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 244.

cortada: “Ahora tú eres el señor de la casa me dijo mi mamá el día que empecé a trabajar. “Pero no me dijo que desde ese día dejaba de ser mi madre” (p. 265).

Luis Alfonso Fernández ya no considera un privilegio haber sido distinguido por el progenitor pues “no siempre resulta valioso y liberador ser elegido como depositario de una transferencia.”¹⁸⁶ Él desprecia a su madre y hermanas en parte porque ellas no mantuvieron esa dependencia indisoluble con el padre que lo moldeó en la infancia y que, en la muerte, lo desfigura; la hostilidad que siente hacia ellas también se debe a la insignificancia de sus caracteres, a su nulidad, a que nunca cuestionaron la autoridad y asumieron dócilmente el papel que aquél les asignó, aceptando el reducido espacio que les permitió ocupar en su mundo de hombres. Con todo esto no sólo no impidieron la suplantación, que ahora las aparta de él irremediamente, sino que la propiciaron. Y como “el dolor del aguijonazo [del poder] sólo se alivia clavándole a otro el aguijón”,¹⁸⁷ Luis Alfonso lo clava en sus cuatro mujeres: su madre, sus hermanas y su amante. Luis Alfonso responsabiliza a la madre: “Fue ella la que me abandonó y la que convirtió a mis hermanas en esas dos señoritas cobardes y blandas que me respetan, me sirven y me mienten” (p. 294). Pero ¿cuánta responsabilidad puede adjudicarse a la madre, si “en un mundo hecho a la imagen de los hombres “la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos”?¹⁸⁸

La madre ve en el hijo al jefe proveedor, al regente; frente a esto, el niño se siente impedido, no puede oponer resistencia. Ella, tácitamente, razona que el poder y la autoridad son privativos del hombre; por tanto, se somete a un adolescente de catorce años, reconociendo su *evidente* inferioridad femenina. No debe ignorarse que la madre, al igual que el resto de los personajes femeninos —a excepción de las amantes— en la obra de Josefina Vicens, está culturalmente determinada: es otro personaje tipo, como el padre.

Es significativo que ninguno de los personajes femeninos, a excepción de las amantes, tenga nombre. El hecho favorece la homogeneización con la cual es posible abordarlos como a uno solo. Más que personajes parecen símbolos del carácter femenino típico de la sociedad machista. Las mujeres no existen, ni siquiera tienen nombre. Existen las amantes, las que se desvían de la convención. Es indiscutible que “la imagen de la ‘la mala mujer’ casi siempre se presenta acompañada de la idea de actividad.” [...] “va y

¹⁸⁶ Pavón, “El hombre de la casa”, en *op. cit.*, p. 22.

¹⁸⁷ Las palabras son de Enrique Lynch que parafrasea a Elias Canetti, art. cit., p. 19.

¹⁸⁸ Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 39.

viene, busca a los hombres, los abandona. [...] su extrema movilidad la vuelve invulnerable. [...] La ‘mala’ es dura, impía, independiente, como el ‘macho’.”¹⁸⁹

Otra forma de desvirtuar al personaje femenino es por medio de la duplicación: las hermanas de Luis Alfonso son “desesperadamente iguales”. No hay diferenciación expresa entre ambas; la existencia de una anula a la otra. En conjunto no son sino un solo ente. No hay absolutamente nada que las distinga. Algo similar ocurre entre el protagonista y su padre: el parecido entre ellos es tan significativo que suprime por momentos al propio Luis Alfonso y, junto con el proceso mimético, lo empujan hasta los linderos del no ser.

Con el tiempo, Luis Alfonso ve en lo que le sucede la premeditación violenta del padre. El proceso preparatorio culmina con el advenimiento de la muerte. La pistola con que se mató el padre accidentalmente —“la pistola, símbolo fálico portador de la muerte y no de la vida”—,¹⁹⁰ adherida ahora a su piel, le recuerda con persistencia el momento en que simbólicamente fue hecho prisionero: portarla “Es una forma de no olvidar lo que me hiciste; de volver a esa línea divisoria, a esa frontera donde cambiamos los trajes y ordenaste que me aprehendieran. En ese momento se inició el proceso. Después las rejas. Luego vino el silencio.” (p. 244).

El desdoblamiento por “fusión” —el padre y el hijo en un mismo cuerpo— produce a su vez otro tipo de desdoblamiento, con lo cual la unidad se fragmenta en tres:

Quedé así como dividido en tres: el heredero de ti, el huérfano de ti y el encargado de acompañarme y consolarme. El primero vivía tu vida resignado, con tu peso a cuestas; el segundo sufría tu muerte y su propia muerte, y el tercero, recién nacido, torpe, no sabía si hacerte reproches, para darme alivio, o sufrir conmigo tu ausencia. [...] El tercero era un ser dependiente, sin la menor iniciativa, cándido, cálido y fiel. (p. 300).

El Dios-Padre ha sacrificado al Hijo para perpetuarse en él, para salvar su propia esencia. El Hijo huérfano y desesperado acepta el sacrificio, como si fuera un medio de consolación. La Trinidad que emerge en absoluto es santa: la presencia de Poncho Fernández es sofocante y la relación deificada se convierte en un vínculo indeseable de amor-odio. Luis Alfonso, como Jesucristo, también podría preguntar “Padre ¿por qué me has abandonado?”.¹⁹¹

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 43.

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 90.

¹⁹¹ La escisión trinitaria es diferente en José García. Véase más adelante el “Análisis comparativo”.

En el caso de Luis Alfonso Fernández los tres niveles que componen la estructura mental expuesta por Freud corresponden a cada uno de los fragmentos de la escisión tripartita: el ello —Luis Alfonso, en tanto deseo obsesivo por el padre; el superyó —el deber impuesto por el padre—, el Yo, el encargado de acompañarlo.

Ahora bien, Ute Seydel juzga que en el protagonista pervive la “Imposibilidad de poder distinguir entre lo que fueron los deseos, anhelos y gustos del padre y los propios.”¹⁹² Esta “imposibilidad” es evidente en la infancia. Pero, muerto el padre, el protagonista ya sólo tiene un deseo específico e identificable: volver a tener seis años y escuchar la voz del padre: “*escuchar las palabras de alguien adorado, quien era incontrovertible y objetivamente una persona diferente.*”¹⁹³ Sin deseo, sin voluntad, es imposible alcanzar la libertad. Y si el único deseo auténtico que se concibe sobrepasa los límites de lo posible es comprensible que el individuo fracase. Negar la muerte es inútil: irremediabilmente con ella termina todo; más allá sólo está la nada.

El poder *real* para exorcizar esa presencia extraña habita en Luis Alfonso. Sin embargo, es un poder aparente: toda una historia de determinaciones pesa sobre él. Nadie lo enseña a decidir; por el contrario, sus circunstancias son siempre producto de las imposiciones ajenas. Además, la necesidad de la presencia paterna es superior a la voluntad de liberación que a veces experimenta. Él vive preso dentro de una incesante tensión “dialéctica de aniquilación y afirmación”.¹⁹⁴

La idea que comunica la novela es que para eliminar la libertad no es necesaria la violencia física; el sometimiento se obtiene por medio de un “poder seductor, cómplice o aliado de sus víctimas”¹⁹⁵ y para eso a veces basta *la palabra*. En el imperio del silencio Luis Alfonso hace de la Palabra la fórmula de la vida, de la muerte y de la libertad.

Como Dios, el protagonista confía en poder ordenar el mundo sólo con la Palabra:

No soy tu esclavo, soy tu dueño, y puedo quitarte o darte la vida. Soy Dios. Es magnífico ser Dios. ¡Resucita, Poncho Fernández! ¡Muérete, Poncho Fernández! Y a ti no te queda más que obedecer. ¡Tan arrogante que eras y mira a lo que has llegado! Disfruta el poder de tu hijo. Querías que fuera poderoso, pisara fuerte, llegara muy alto, ¿te acuerdas? Pues llegué a una altura que jamás pudiste calcular, ni imaginar siquiera. Soy Dios. (p. 329)

¹⁹² Seydel, art. cit., p. 129.

¹⁹³ Bacarisse, art. cit., p. 95. La traducción es mía [Cursivas suyas].

¹⁹⁴ James Valender, “Una severa meditación”, (reseña de *Los años falsos*), *Revista de la Universidad Autónoma de México*, núm. 19 (noviembre 1982), p. 49.

¹⁹⁵ Lynch, art. cit., p. 18.

No obstante, Luis Alfonso vive en silencio, no *es* Verbo como Dios¹⁹⁶ y únicamente entrevé la salida de su cárcel en la lejanía, porque la Palabra, preciosa y liberadora, es impronunciable. Sin embargo, a pesar de todo, se debe aceptar que “Luis Alfonso Fernández [...] está luchando por expresarse y así liberarse de su parálisis.”¹⁹⁷

Luis Alfonso *externamente* goza de cierta libertad. Sin embargo, se trata de una libertad ilusoria. No tiene la oportunidad de elegir nada y no puede hacer lo que realmente desea, lo que lo liberaría y *lo haría ser*. No tiene identidad. La sociedad machista lo agobia con estándares de comportamiento que debe seguir para mantenerse a flote. La sociedad limita la libertad y condena el ser auténtico del protagonista: el yo social ahoga al yo real. Es acertado lo que escribe Fromm al respecto:

El ‘yo’ en cuyo interés obra el hombre moderno es el *yo social*, constituido esencialmente por el papel que se espera deberá desempeñar el individuo y que, en realidad, es tan sólo el disfraz subjetivo de la función social objetiva asignada al hombre dentro de la sociedad.¹⁹⁸

Al igual que en *Pedro Páramo*, la búsqueda del padre tiene semejante desenlace: la muerte. El viaje hacia los orígenes no tiene regreso; en él Juan Preciado y Luis Alfonso se extravían. “La imagen idealizada del padre”¹⁹⁹ se derrumba. Juan Preciado descubre la dureza y arbitrariedad de un patriarca todopoderoso; Luis Alfonso tropieza con la doble vida del progenitor; entonces, todos los defectos de éste emergen uno a uno, pero no son borrados sino incorporados al falso yo del protagonista. Luis Alfonso Fernández “cuenta la historia de su enajenación”, [...] de su agonía como sujeto diferenciado. Su declive es ontológico, pues absorbe la identidad de alguien externo a él y, de este modo, “como decía Rimbaud ‘Yo es otro’”.²⁰⁰ Por tal motivo le parece a Joge Ruffinelli que *Los años falsos* “es el registro de la enajenación de un hombre que no es él sino la imagen de su padre, y que vive la opción de luchar por su libertad hasta el parricidio (de la imagen paterna) o hasta quedar vencido en la simple y dócil réplica.”²⁰¹

La libertad, el ser y el tiempo son factores que determinan la conformación del protagonista: el cariño filial se convierte en una especie de yugo que condiciona la libertad y luego la limita gradualmente hasta que el yo termina por empequeñecerse y

¹⁹⁶ De sobra es conocida la vinculación de la palabra —el verbo— con Dios: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.” (Juan 1:1,14).

¹⁹⁷ Valender, reseña citada, p. 49.

¹⁹⁸ Fromm, *El miedo a la libertad*, p. 125. [Cursivas suyas].

¹⁹⁹ Reyes Córdoba, art. cit., 117.

²⁰⁰ Valender, reseña citada, p. 48.

²⁰¹ Jorge Ruffinelli, “Josefina Vicens: triunfo de la escritura”, en “Sábado”, 362 (6 octubre 1984), p.8.

fragmentarse. El problema de la libertad incide directamente en el ser, ya no a través de la inactividad como en *El libro vacío*, sino a través de la acción. El problema es que esta acción no es creativa. La transposición concede la apariencia, el rostro para existir frente a los demás, pero no para ser; por ello la falsedad que el protagonista le atribuye al tiempo: esos años no son la expresión legítima de su esencia.

Algunos de los signos distintivos que menciona Fromm en su descripción del “carácter autoritario” son aplicables al protagonista de esta segunda novela de Vicens: La principal de ellas es la siguiente:

La característica común a todo pensamiento autoritario reside en la convicción de que la vida está determinada por todas sus fuerzas exteriores al yo individual, a sus intereses, a sus deseos. La única manera de hallar la felicidad ha de buscarse en la sumisión a tales fuerzas.²⁰²

La segunda característica notable es la “tendencia compulsiva hacia la sumisión y dominación”, que son “formas de evadir una soledad insoportable.”²⁰³ Es un mecanismo de evasión de la libertad propio de este tipo de carácter que Luis Alfonso manifiesta en distintas ocasiones. Él prefiere someterse al imperio fantasma del patriarca a recuperar la libertad, pues conquistarla implica dejar morir del todo al padre y eso no lo *puede* hacer: paradójicamente, “Ese es su poder, ésa es la llave de su libertad.”²⁰⁴ Pero ésta se ahoga y se hunde en la maraña de la confusión, el rencor, el odio, el amor amargo y la insatisfacción.

Los años falsos son años que no pertenecen a Luis Alfonso Fernández, son años que transcurren en un mundo simulado, ficticio; años que no corresponden a su propio tiempo ni a su ser. Se siente mínimo, oculto entre los pliegues de la sombra del padre, solo y dividido. La libertad potencial del niño agoniza y la *libertad de* que despliega el adolescente, no es auténtica, es una libertad aparente: parece poseerla, pero en realidad está más limitado que José García porque sólo es libre de ser como el padre: se le impone una familia, una amante, unos amigos, un jefe, un trabajo, un deber, una forma de vestir, de hablar, de vivir. Puede llegar a la hora que quiera y hacer y decir lo que desee, pero sólo en calidad de sucesor del autoritario padre. Su libertad y su ser mueren con éste.

Finalmente, da la impresión de resignarse, de doblegarse ante el destino; y confiesa su rendición por medio de una palabra: “Amén”, que cierra la obra. Esto equivale a decir,

²⁰² *Ibidem*, p. 171.

²⁰³ *Ibidem*, p. 146.

²⁰⁴ Ruffinelli, art. cit., p. 8.

como Shakespeare en *Noche de Epifanía*: “¡Destino, muestra tu poder! Nosotros no disponemos de nosotros mismos. Lo que está decretado debe cumplirse, ¡que así sea!”.²⁰⁵

²⁰⁵ William Shakespeare, *Noche de Epifanía, o lo que queráis*, acto I, final de escena 5, en *Obras completas*, vol. II, p. 133.

IV. ANÁLISIS COMPARATIVO: LOS SIGNOS DEL FRACASO

1958 es el año en que se edita *El libro vacío*. 1982 es el que corresponde a la publicación de *Los años falsos*. Los personajes que intervienen en ambas novelas son producto de épocas y ambientes distintos. En uno, la escritura y la burocracia; en otro, la muerte y el mundo de lo político sirven como materia para la creación. Temas diferentes, pero tratamiento similar. La primera coincidencia: subyace un clima social marcadamente machista. José García y Luis Alfonso emergen del medio urbanizado en el que la estructura patriarcal impera y gobierna con valores establecidos e impuestos de generación en generación. La segunda, la preocupación ontológica y, la tercera, el ahogo de la libertad.

Las dos novelas comparten el mismo esquema familiar: el hombre que preside una regencia despótica y ciega; “la mujer [que] vive presa en la imagen que la sociedad masculina le impone” y los hijos que crecen a la sombra de la barrera *protectora* del padre sin independencia y sin carácter. En una y otra “La estabilidad de la familia reposa en el matrimonio, que se convierte en una mera proyección de la sociedad, sin otro objeto que la recreación de esa misma sociedad.”²⁰⁶ No obstante la pasividad de los personajes femeninos de Vicens, debe decirse que son “refinadamente crueles en su abnegación sobreprotectora”.²⁰⁷

Pocos son los personajes femeninos que tienen un nombre que los identifique. Entre ellos se encuentran las amantes: Lupe Robles, de *El libro vacío* y Elena de *Los años falsos*. Elsa y Gerda son los nombres de un par de gemelas que asoman en la infancia de José García. Pero, como en el caso de las hermanas de Luis Alfonso, la misma duplicidad las nulifica, no existen como individuos. Por tanto, lo significativo es que las amantes sí se singularizan.

Una posible explicación de esto tal vez se encuentre en el hecho de que se estime que las amantes, aunque “objetos decorativos”,²⁰⁸ poseen cierta independencia y libertad; se salen de la norma femenina e incluso imponen, como en *El libro vacío*, su propia voluntad frente al hombre. La caracterización de la primera amante de José García y de

²⁰⁶ Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 215 y p. 216, respectivamente.

²⁰⁷ Ana Rosa Domenella, “Josefina Vicens y El libro vacío: sexo biográfico femenino y género masculino”, en *Mujer y literatura mexicana y chicana: culturas en contacto*, t. II, p. 78.

²⁰⁸ Eve Gil, “El discurso feminista encubierto en las novelas de Josefina Vicens”, en Maricruz Castro y Aline Pettersson (eds.), *op cit.*, p. 109.

Lupe Robles es casi *masculina*: son mujeres independientes, que ejercen su sexualidad activamente.

Tanto José García como Luis Alfonso perviven en la imposibilidad de hacer y ser lo que realmente quieren. En ellos el fracaso de la libertad es rotundo. Este problema ocasiona la fragmentación de la identidad: el yo queda dividido de modo permanente. A la postre, el sujeto se repliega, se encierra en sí mismo, condenado a una perenne insatisfacción, a una lucha sin tregua y sin posibilidad de victoria. El rasgo definitorio que acerca a los dos protagonistas es la “inseguridad ontológica”: ninguno parece “poseer un sentido de esa unidad básica que puede persistir a través de los conflictos más intensos con uno mismo, sino que más bien, parecen llegar a experimentarse a sí mismos como si estuviesen, primordialmente divididos en un cuerpo y una mente. Por lo común se sienten más estrechamente identificados con la ‘mente’.”²⁰⁹

La tiranía del padre de José García es sustituida por la necesidad cotidiana que obliga al hombre a renunciar a su libertad y a su ser para sobrevivir; también Luis Alfonso abandona su independencia por ese tipo de necesidad. No obstante, la causa directa de su condena es la presencia-ausencia subyugante del padre.

En *El libro vacío*, los cuadernos de José García simbolizan sus modos de ser. En *Los años falsos* la dualidad se proyecta en la “verdadera naturaleza y [en la] falsa apariencia”²¹⁰ de Luis Alfonso Fernández; asimismo, en la fusión Padre-Hijo. José García busca la trascendencia a través de la escritura. En cambio, el segundo se sabe trascendido, primero por el padre, que ha usurpado su espacio, y enseguida por la mirada ajena que ha confirmado esa usurpación. La función del falso yo —término que acuña Laing para describir la índole de la sintomatología del individuo esquizoide— es preponderante en este segundo personaje. En él, al igual que en los sujetos esquizofrénicos, las acciones

[...] se tornan disociadas y en parte autónomas. No se siente que el yo participe en los actos del falso yo, o de los falsos yos, y todas sus acciones pasan a ser consideradas, cada vez más, falsas y fútiles. El yo, por otra parte, encerrado en sí mismo, se considera a sí como el “verdadero” yo, y a la persona como falsa. [...] Dice que no es real, que está fuera de la realidad y que no se halla vivo en sentido propio.²¹¹

La resolución en *Los años falsos*, contraria a la de *El libro vacío*, no queda abierta. Aunque el narrador refiera el debate entre dejar morir al padre y mantenerlo con vida,

²⁰⁹ Laing, *op. cit.*, p. 61.

²¹⁰ Safranski, *op. cit.*, p. 150.

²¹¹ Laing, *op. cit.*, pp.69-70.

concluye que para él no es posible pronunciar la fórmula que lo liberaría de su confinamiento y le devolvería la vida: “El efecto final es una experiencia general de que todo ha llegado a detenerse. Nada se mueve; nada está vivo, todo está muerto, sin exceptuar al yo.”²¹²

La libertad de elección de José García es *relativa*: se reduce a la libertad que tiene el animal: copular y tener descendencia. Diría Eduardo Nicol, se “deshumaniza”.²¹³ La de Luis Alfonso ni siquiera llega a eso: su libertad es ilusoria, falsa. Actúa como si fuese libre, pero *en realidad* no lo es. Si en *El libro vacío* la autora insinúa que la libertad pertenece al reino de lo físico, en *Los años falsos* deja claro que su ámbito no es exclusivamente *material*: también es ontológico.

En ambos textos encontramos dos maneras de entender el poder: como sustantivo y como verbo. Como verbo tiene una connotación dual: capacidad y potencialidad. El poder está estrechamente relacionado con la libertad. En *Los años falsos* las muestras de dispendio de Poncho Fernández sirven para remarcarlo y abordar literariamente una forma de libertad arbitraria.

Luis Alfonso no padece pobreza en su niñez, así que su falta de libertad se debe a una circunstancia distinta. Por su parte, José García desde la infancia se familiariza con la escasez, con la pobreza, con la imposibilidad. Su inseguridad —el miedo que le produce la libertad—, su avidez y su frustración tienen que ver con esta falta de posibilidades reales.

Por otro lado, en los dos, el espacio limitante es el propio cuerpo y desempeña una función análoga. En tanto José García se siente ajeno a su cuerpo y lo desprecia por tener que depender de él, Luis Alfonso vive con una presencia extraña, usurpadora, que dirige sus acciones, que ordena con una voz resonante y severa. A Luis Alfonso ni siquiera le es dable *desplazarse* más allá de sí: se encuentra prisionero dentro de su cuerpo, incomunicado, incapaz de expresarse. En su caso la coacción se efectúa hacia el interior de la psique. La trinidad deriva de la escisión: en José García, se produce por la imposibilidad

²¹² *Ibidem*, p. 78.

²¹³ Vale la pena transcribir el párrafo completo en el que expone su reflexión: la “evasión de la decisión, por la cual, consumido nuestro valor para afrontar situaciones nuevas, permanecemos en ellas de un modo pasivo. Un fracaso puede producir los mismos efectos de deshumanización. Y decimos deshumanización porque lo esencial de lo humano, que es la libertad, reside en la decisión, en el denuedo de afrontar o sea de hacer frente a la situación, en la erección de la persona *frente* a, o *en* la situación. Por algo a eso llama la gente *presencia de espíritu*. La persona es erecta en la actitud vital, lo mismo que en la postura física. Cuando el espíritu no tiene *presencia*, sino que está ausente, nos encorvamos para dejar que las cosas pasen por encima de nosotros: ni las afrontamos, ni las evaluamos, ni nos exponemos ante ellas, ni nos empeñamos por ellas, ni asumimos una actitud *decidida*; en suma, no nos comportamos auténticamente como humanos, aunque en otro sentido sea muy humano no comportarse como hombre auténtico.” Eduardo Nicol, *Psicología de las situaciones vitales*, pp. 119-120. [Subrayado en el original].

de la acción, por la incapacidad y la negación de la escritura; la integran el ser que quiere escribir, el que no quiere porque sabe que no puede y la conciencia del yo. En Luis Alfonso, la muerte es causa de la ruptura interna. Queda dividido en el “heredero”, el “huérfano” y el encargado de acompañarse; y, en otro nivel, en el Padre, el Hijo y el Yo.

Ambas obras cumplen con lo que Andrés Amorós encuadra como novedades técnicas de la novela contemporánea: en primer lugar, “la invasión del subjetivismo”. Para Ian Watt —dice Amorós— la “evolución de la novela” se caracteriza por la transición de lo objetivo a lo subjetivo e individualista.” Otra técnica importante es “el paso de la descripción a la narración y, sobre todo, de ésta a la ‘presentación’. [...] cada personaje se define por sus palabras y sus obras [...] El autor desaparece, dentro de lo posible [...]”. El Yo narrador unifica la novela. Los temas recurrentes son “amor, celos, olvido, sueño, lenguaje...”. En el plano temporal se ensaya “el desorden con sentido”, pero, sin duda, “el tiempo vivido”²¹⁴ es lo verdaderamente esencial.

Vicens pone en juego en su obra lo que Milan Kundera llama el “ego experimental” y, como en “todas las novelas de todos los tiempos [que] se orientan hacia el enigma del yo”, en éstas encontramos el desarrollo de una preocupación ontológica que depende de la libertad: la de la construcción del ser.

La escritura, como un flujo de conciencia, en *El libro vacío* y el pensamiento en *Los años falsos* son los recursos narrativos utilizados por la autora. El valor de la Palabra, tanto escrita, como pensada, es incuestionable: es expresión de la vida, de la creatividad y de la libertad, afirmación del yo, de la identidad. En cambio, el silencio es muerte y condena.²¹⁵ El problema de los protagonistas es que la Palabra no brota hacia el exterior, sino hacia el abismo del propio ser: es inaudible; un secreto guardado con obstinación y vergüenza que no se externa nunca, que no es capaz de exhibir al ser original que palpita en cada uno de ellos.

La incapacidad creativa que aflige a José García es efecto de su segmentación ontológica. En la fantasía no encuentra límites,

²¹⁴ Andrés Amorós, *Introducción a la novela contemporánea*, p. 77, p. 79, p. 80, p. 89 y pp. 86-87, respectivamente.

²¹⁵ El estudio de Pamela Bacarisse es muy interesante porque en él remarca la presencia del silencio y la imposibilidad del lenguaje en los dos protagonistas de las novelas aquí tratadas; en una medida importante, se relaciona con el análisis presente; principalmente, por la base ontológica de su trabajo, por la consideración del influjo del deseo y su relación con la identidad y por abordar el silencio como una consecuencia del fracaso de la identidad. Véase el artículo citado, *supra*. Por otra parte, en una consideración —fundamental en mi estudio— disiento de este trabajo: la autora afirma que las cuestiones socioeconómicas y socioculturales palidecen “*into insignificance*” frente a las preocupaciones ontológicas de la autora. Mi opinión es que en los libros de Vicens estos dos niveles son inseparables ya que *las condiciones económicas y sociales desencadenan el problema ontológico*.

[...] está en libertad de soñar y de imaginarlo todo. [...] Pero su libertad y su omnipotencia se ejercen en un vacío, y su creatividad es sólo la capacidad de producir fantasmas. *La franqueza interior, la libertad, la omnipotencia y la creatividad* del yo “interior” acariciadas como sus ideales son anuladas, por tanto, por un coexistente sentimiento torturante de auto-duplicidad, de carencia de libertad real, de total impotencia y esterilidad.²¹⁶

El amor —otra causa de la falta de libertad—, es subyugante. Los protagonistas viven en él como en una cárcel de la cual es improbable que salgan. José García ama a su familia, pero la siente como una brida, como un nudo imposible de deshacer: “sentía yo a los tres como enemigos, como cadenas que me impedían toda movimiento” (p. 149). No se atreve a conquistar y consumir su libertad porque depende enormemente del cariño y de la compañía de su familia. Incluso abandonar a su amante implica un esfuerzo que sobrepasa sus fuerzas. Cuando por fin lo hace no puede evitar volver algunas veces sobre sus pasos y proyectar en su imaginación la escena de un reencuentro ansiado. Luis Alfonso vive preso en el amor filial: el que le tiene a su padre. Jamás consigue liberarse de ese afecto que le impide desarrollarse como individuo autónomo. En los dos héroes late por igual la pulsión de vida y la de muerte. Eros y Tánatos disputan de principio a fin sin conceder un momento de tregua a sus conciencias angustiadas.

Otra coincidencia apreciable en los textos aquí abordados es la utilización del mar como símbolo de la libertad. En la adolescencia, José García quiere ser marino. En plena madurez, fantasea con irse a la playa para escribir su gran libro. Luis Alfonso narra que de niño quiso ser buzo; la sensación que experimentó por este deseo era auténtica expresión de su ser. Juzgaba que podía realizar su libertad en el fondo del mar, lejos de la tierra y de los hombres. Más adelante, refiere que cuando su padre lo llevó a volar sintió el mismo cosquilleo de libertad y pertenencia que cuando deseaba dedicarse a bucear. Cielo y mar representan la libertad negada de nuestros *héroes*.

Para ellos, que poseen una naturaleza dividida, “el mundo es una prisión sin rejas, un campo de concentración sin alambre de púas.”²¹⁷ Tal es la vinculación entre las dos obras que incluso los títulos parecen intercambiables: *El libro falso* y *Los años vacíos*.

²¹⁶ Laing, *op. cit.*, p. 85. [Subrayado suyo]. El estudio que hace el doctor Laing se fundamenta en principios existenciales-fenomenológicos aplicados a individuos esquizoides y esquizofrénicos; es decir, se trata de un estudio médico, pero con base filosófica. Sorprende que los juicios que expone y las conclusiones a las que llega en su libro puedan aplicarse de modo tan preciso en los personajes aquí analizados.

²¹⁷ Laing, *op. cit.*, p. 75.

CONCLUSIONES

La concepción de libertad que sirve como base para la caracterización de los protagonistas es la misma en ambas obras. Se trata de una visión dialéctica en la que factores deterministas dentro de un espacio indeterminado se conjugan para que el individuo se construya según sus propias posibilidades. Sin embargo, esta zona de indeterminación es sumamente frágil debido al predominio de elementos que obstaculizan el desarrollo del carácter y la identidad.

Las condiciones socioeconómicas y la autoridad y opresión paternas constituyen las causas que desencadenan el fracaso de la libertad. En José García el status económico provoca una profunda inseguridad y el convencimiento de no poder materializar nunca los deseos, lo cual genera frustración, impotencia, inconformidad e inacción. La elección — testimonio de apropiación de la libertad— no puede realizarse en ningún momento. El círculo familiar encarna la prisión que detesta y, al mismo tiempo, necesita.

En el conflicto central de las novelas aquí tratadas intervienen tres niveles distintos: el del deseo, el de la posibilidad y el de la necesidad. Éstos actúan sobre los personajes y los convierten en entes pasivos, llenos de dudas, frustraciones y contradicciones. Pocas veces coinciden estos tres niveles y los problemas que se desprenden de ello son múltiples: incapacidad para actuar, inconformidad, impotencia, fracaso, extrañamiento, o ausencia del ser, y sometimiento al orden establecido. Se evidencia una escisión interna entre lo que se es, lo que se quiere y lo que se puede ser. En esta triangulación ontológica la libertad queda en suspenso y naufraga.

La coincidencia entre el ser y el deseo representa para José García la libertad ideal.²¹⁸ En cambio, la libertad real es por completo opuesta: razón, voluntad, deseo y posibilidad son divergentes. La escritura ejemplifica con claridad este conflicto.

José García quiere escribir pero no puede, razón por la cual se siente dividido. Posee dos cuadernos que en la misma medida lo representan: uno lleno y otro vacío. En el primero ha registrado toda su vida —*es* su vida, *es* él mismo— y en el segundo no ha

²¹⁸ Como diría Nietzsche, es necesario que el hombre esté a la altura de sus actos; es decir, que el acto del individuo sea de la misma medida que él para que pueda soportarlo. En esto consiste la libertad ideal. Es imprescindible tal adecuación, de lo contrario el acto acaba por aniquilar la estructura del yo. Esto le sucede al estudiante ruso Raskolnikov, quien con su crimen intenta demostrar su derecho absoluto a la libertad. Sin embargo, no puede soportar las consecuencias de su acto, atraviesa por un trastorno anímico y mental y, por último, termina en la cárcel. Su acto lo rebasa, se torna insoportable. Esta es la razón por la que José García teme tanto la libertad real: en ésta el acto no siempre se mantiene en equilibrio con la capacidad del hombre que lo realiza; a veces, las consecuencias lo rebasan. *Vid.*, Fiodor Dostoyevski, *Crimen y castigo*.

escrito absolutamente nada. Este cuaderno simboliza el ser que quiso ser, y al mismo tiempo refleja esa parte esencial de lo que en realidad es: el vacío, el no-yo, el no ser.

El deseo pasional actúa sobre el personaje de modo imperioso y se opone a la voluntad que nace de la decisión razonada y consciente. La pasión adquiere un cariz tiránico y José García se encuentra atado a “un deseo que no [...] desea sentir” y, en algún momento, a “una mujer que no [...] desea amar”; lo que surge como *querer* auténtico y como prueba de libertad se transforma en una pasión dominante. Él se hace esclavo de su pasión. A su esposa lo une la dependencia afectiva, un amor tranquilo, aunque fuerte: la costumbre que vincula y aprieta el nudo por ellos forjado.

La supresión del deseo nulifica la libertad y escinde la identidad. La sensación de extrañamiento de sí que sufre José García es producto de la frustración. No logra realizar sus proyectos; está seguro de que sus actos cotidianos no expresan la realidad alterna que habita en su interior, oculta como el héroe que sucumbió en el olvido y en el declive de su derrota; por eso no se reconoce en lo que es. El fracaso de la libertad es el fracaso del hombre que no logra conquistar el ser que proyectó.

El nivel de las posibilidades se bifurca en el reconocimiento de las capacidades y en el de las verdaderas alternativas. La libertad de elegir entre un número dado de opciones se restringe debido a la consideración de las capacidades reales del personaje. Siendo muy niño, José García percibe la dificultad que conlleva la decisión. La elección de un simple dulce o de un traje desencadena en él angustia por la alternativa muerta. Reconoce que no es timidez sino “avidez” lo que siente. Repara en que ello tal vez se deba a cierto presentimiento de las casi nulas oportunidades que tendría en el transcurso de su vida.

En *El libro vacío* la conjunción del deseo y de la posibilidad provocan el problema de la elección y dos consecuencias: incapacidad de hacer lo que se quiere o incapacidad para disfrutar de la elección. La reflexión se antepone a la acción. En otras palabras, cuando el deseo y la necesidad actúan simultáneamente sobreviene una descompensación debido a la imposición de la realidad sobre la conciencia de lo alterno. Y, aunque se reconoce la preeminencia del condicionamiento natural y artificial, también se admite que la realidad es modificable.

La dulce opresión que ejerce el padre de Luis Alfonso no permite que éste desarrolle su independencia emocional. Después de muerto continúa imponiendo su voluntad sobre los deseos del hijo. Éste, subyugado por la *presencia* del padre idolatrado, está impedido para manifestar su naturaleza particular. La escisión del yo en Luis Alfonso

es producida por la poderosa personalidad del padre, quien implanta en él sus propias aspiraciones, sus gustos, sus juicios y su particular visión de mundo. Hacer que el recuerdo que lo ata y condena sucumba definitivamente en el olvido es la prueba a la que el protagonista debe enfrentarse para conquistar su libertad y, con ella, su ser.

En el universo social de *Los años falsos* el poder determina las relaciones. Resaltan dos estructuras representativas de la sociedad machista mexicana que se recrean en la obra: el orbe político y el familiar. El padre y la madre son personajes tipo y su función es fundamental en la conformación del personaje principal. El mundo femenino sometido al masculino; la depreciación de la mujer; la deificación del hombre y el amor extremo son factores que en conjunto van erigiendo la prisión en la que será encerrado Luis Alfonso.

Pero, la superación de su condición finalmente fracasa. La tiranía paterna y la coerción social —la voluntad del otro— intervienen por igual en la construcción de la prisión que anula el ser real de Luis Alfonso, quien, inerme y confuso, se rinde ante los designios del Dios-padre.

La paternidad muestra su oscuro trasfondo: la “soberbia” de la procreación que José García considera vergonzosa y que a Poncho Fernández vivifica. El padre se ve prolongado en el hijo y un orgullo casi instintivo lo sacia al contemplar esa versión en ciernes de sí mismo, de la cual es autor.

El desarrollo de la identidad se interrumpe y la metamorfosis no se consuma. El mundo de *los otros* prevalece y amenaza con destruir al adolescente. La actitud de aquéllos es coercitiva: todos obligan al protagonista a comportarse como Poncho Fernández. Si no lo hace, no sólo no lo reconocen como individuo, además promueven la aniquilación de su ser cuando censuran la conducta auténtica que a veces despliega.

Las motivaciones del protagonista son comprensibles: desea satisfacer al padre para que no le retire su amor, su compañía, su atención. Sin duda el acontecimiento que escinde al personaje es la muerte accidental y absurda del progenitor. Hasta ese momento su historia dependía de su relativa, de su potencial libertad; después, ésta es aparente y sus años, falsos.

Las expectativas no se ajustan a la realidad. La libertad, además de poseer un carácter positivo, también se distingue por su carácter negativo. En un sentido, coincide con el ser, pero en otro se opone a él. En ambas novelas la libertad caracteriza a los personajes, los *nebuliza* y los sume en un problema esencial, interno, fundamental en la historia humana.

Como Sartre, Vicens utiliza la novela, entre otras cosas, para asentar su visión filosófica de la libertad. Ambos escritores comparten el punto de partida existencialista, pero llegan a distintas conclusiones: en *La náusea* y en *Los caminos de la libertad*, triunfa la libertad; Roquentin se hace plenamente libre a través del suicidio y Mateo, por medio de la destrucción. A José García y a Luis Alfonso Fernández los vence el condicionamiento. La derrota incide en su caracterización: a los dos los determina el fracaso de la libertad.

Lo que encarcela tanto a Luis Alfonso Fernández como a José García no es la conciencia del deber, sino la necesidad de lo dado—de aquello que los circunda y que también, aunque les pese, los define y los conforma— aunado a la fuerza del vínculo afectivo.

La sociedad representada en los dos textos limita el desarrollo personal. La realidad del hombre no está absolutamente determinada: posee un “carácter modificable”. El problema está en que por ese “carácter modificable” de la realidad los hombres han podido acondicionar un mundo en el que las constantes en las relaciones humanas han sido el poder y el sometimiento y no un espacio armónico en el que prevalezca el sentido de la igualdad.

El extrañamiento de sí que los protagonistas de ambas obras manifiestan, se vive como una consecuencia del fracaso del yo; del ser que, ante el vértigo que produce el abismo de la libertad, se paraliza. Siendo así, la libertad paradójicamente se transforma en un obstáculo infranqueable.

La libertad en la obra de Vicens es inseparable de la noción de ser: son interdependientes. El fracaso de los personajes sustenta la trama de las dos novelas analizadas y resume la caracterización de los protagonistas. El fracaso de la libertad es el fracaso del ser.

BIBLIOGRAFÍA

I. OBRA DIRECTA

Vicens, Josefina, *El libro vacío. Los años falsos*, México: FCE, 2006.

II. OBRA CRÍTICA

Aranda Luna, Javier, "Soy una persona realmente amorosa: Josefina Vicens" (homenaje), en *La Jornada* (23 mayo 1988).

Bacarisse, Pamela, "The Realm of Silence: The Two Novels of Josefina Vicens", *Letras Femeninas*, vol. 22, núms. 1-2, pp. 91-106, April 1996.

Castro, Maricruz y Pettersson, Aline (eds.), *Josefina Vicens. Un vacío siempre lleno*, Toluca: Tecnológico de Monterrey/ CONACULTA/FONCA, 2006 (Col. Desbordar el canon).

Coronado, Juan, "El libro vacío y Los años falsos de Josefina Vicens. La escritura: el espacio íntimo de Josefina Vicens", en "Sábado", 412 (7 septiembre 1985).

Figuerola, Marie-Claire, "Los libros de la nada: *El libro vacío* de Josefina Vicens y *Les fruits d'Or*, de Nathalie Saurraute", en *Ecos, reflejos y rompecabezas. La mise en abyme en literatura*, Oaxaca, México: Almadía, 2007.

Jornadas Internacionales Carlos Pellicer sobre Literatura Tabasqueña: Villahermosa, Tabasco: 1991. *Estudios de literatura mexicana: segundas Jornadas Internacionales Carlos Pellicer sobre Literatura*, 1992.

Lauer, David, "El sistema patriarcal en los años falsos", *Plural*, Segunda época, vol. XIX-II, núm. 218 (noviembre 1989).

Lozano Ortega, María Mercedes, "Josefina Vicens: una existencia olvidada", en *La palabra y el Hombre: revista de la Universidad Veracruzana*, vol. 75 (Julio 1990).

Núñez Villavicencio, Herminio. *Análisis de la significación en la obra literaria: una aplicación a Los años falsos de Josefina Vicens*, 1991.

Pavón, Alfredo, *De mujeres y hombrecitos*, México: Universidad Autónoma de Tlaxcala/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1993.

Paz, Octavio, "Carta prefacio a Josefina Vicens", en Josefina Vicens, *El libro vacío*, México: SEP, 1986 (Lecturas Mexicanas, 42).

Pettersson, Aline, "Josefina Vicens: dos libros de carne y hueso", en *Plural*, Segunda

- época, vol. XIX-II, núm. 218 (noviembre 1989).
- Reckley, Alice Ruth, “Josefina Vicens: ritos de la aspiración humana”, en *La palabra y el Hombre: Revista de la Universidad Veracruzana*, vol. 75 (Julio 1990).
- Reyes Córdoba, Bladimir, “Un acercamiento a los años falsos de J. V”, en *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, vol. 9, núm. 20, (julio 2003).
- Jorge Ruffinelli, “Josefina Vicens: triunfo de la escritura”, en “Sábado”, 362 (6 octubre 1984).
- Suárez Noyola, Graciela, *Estudio de El libro vacío de Josefina Vicens*, Tesis de licenciatura, México: UNAM / FFYL, 1994.
- Trejo Fuentes, Ignacio, “Josefina Vicens: Obras completas (Personajes en busca de sí mismos)”, en “Sábado”, 532 (30 abril 1988).
- Toledo, Alejandro, “Josefina Vicens / Espirales de una épica interior”, en “Sábado”, 557 (4 junio 1988).
- Valender, James, “Una severa meditación”, (Reseña) *Revista de la Universidad Autónoma de México*, núm. 19 (noviembre 1982).
- Vargas Alva, Laura Emilia, *Perfiles existenciales de José García, protagonista de El libro vacío*, Tesis de licenciatura, México: UNAM/ FFYL, 1995.

III. OBRA GENERAL

- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Madrid: Centros de Estudios Constitucionales, 1999.
(Ed. bilingüe y trad. de María Araujo y Julían Marías).
- Arriola, Juan Federico, *La libertad, la autoridad y el poder en el pensamiento filosófico de José Ortega y Gasset*, México: UNAM/ Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2003.
- Alonso Dacal, Guillermina, *La idea de hombre en José Ortega y Gasset*, tesis de licenciatura, México: Universidad La Salle, 1995.
- Amorós Andrés, *Introducción a la novela contemporánea*, Madrid: Cátedra, 1989.
Crítica y Estudios Literarios.
- Ayala, Francisco, *Ensayo sobre la libertad*, México: El Colegio de México, 1944
(Jornadas, 20), p. 26.
- Bargalló Carraté, Juan ed., *Identidad y alteridad: aproximación al tema del doble*, Sevilla: Ediciones Alfar, 1994.
- Bally, Gustav, *El juego como expresión de la libertad*, México: FCE, 1958.

- Baudrillard, Jean, *El Otro por sí mismo*, Barcelona: Anagrama, 1988.
- Borges, Jorge Luis, *El otro, el mismo*, en *Obras completas II*, Buenos Aires: Emecé, 1993.
- _____, *El Aleph*, en *Obras completas IV*, Buenos Aires: Emecé, 2005.
- Brushwood, John, *México en su novela*, México: FCE, 1973 (Breviarios, 230).
- Capra, Fritjof, *La trama de la vida*, Barcelona: Anagrama, 1998.
- Copleston, Frederick, *Historia de la Filosofía*, Tomo IX (De Maine de Biran a Sartre), Barcelona: Ariel, 1974.
- Dostoyevski, Fiodor, *Los hermanos Karamazov*, Madrid: Edaf, 1991.
- Duvignaud, Jean, *El juego del juego*, México: FCE, 1982 (Breviarios del fondo, 328).
- Ende, Michael, *La prisión de la libertad*, México: Alfaguara, 1997.
- Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, Ariel: Barcelona, 1994.
- , *Diccionario de Filosofía de Bolsillo*, II, Madrid: Alianza Editorial, Biblioteca de consulta, 1983.
- Fronzoni, Risieri, *Introducción a los problemas fundamentales del hombre*, México: FCE, 1977 (Breviarios, 260).
- Fromm, Erich, *El corazón del hombre: su potencia para el bien y para el mal*, México: FCE, 2006 (Colección Popular, 76).
- , *El miedo a la libertad*, México: Paidós, 2006.
- , *El arte de amar*, México: Paidós, 2000.
- , y Suzuki, D. T., *Budismo Zen y psicoanálisis*, México: FCE, 1982.
- Gárate, Román, *Ética y libertad*, Bilbao: Universidad de Deusto, 1995.
- García Morente, Manuel, *La filosofía de Kant: una introducción a la filosofía*, Madrid: Espasa-Calpe, 1982 (Col. Austral, 1591). [2ª edición].
- Gide, André, *Los alimentos terrestres*, trad. Luis Echavarrí, Buenos Aires: Losada, 1953.
- González, Juliana, *Ética y libertad*, México: UNAM / FCE, 1997.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Filosofía del derecho*, Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Ediciones de la Biblioteca, 1976.
- Heidegger, Martin, *El ser y el tiempo*, trad. José Gaos, México: FCE, 1951.
- , *Carta sobre el humanismo*. Taurus. Madrid. 1960.
- Huizinga, Johan, *Homo ludens. El juego y la cultura*, México: FCE, 1943.
- Kafka, Franz, *Carta al padre*, en *Obras Completas*, IV, Barcelona: Edicomunicación, 2003.
- Kaplan, Harold y Sadock, Benjamin, *Sinopsis de psiquiatría*, México: Editorial Panamericana, 1998.

- Kierkegaard, Sören Aabye, *El concepto de la angustia*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1930.
- Kundera, Milan, *El arte de la novela*, México: Vuelta, 1988.
- Laing, Ronald David, *El yo dividido*, México: FCE, 1964.
- Levinas, Emmanuel, *La huella del otro*, México: Taurus, 2000.
- Lynch, Enrique, “El fantasma de la libertad”, en *Letras Libres*, núm. 63 (Marzo 2004).
- Marx, Karl, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, México: Grijalbo, 1948
(Clásicos del marxismo).
- Mirau, Jean Philippe, *El personaje en la novela. Génesis, continuidad y ruptura*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Monterroso, Augusto, *Cuentos, fábulas y lo demás es silencio*, México: Alfaguara, 1996.
- Nicol, Eduardo, *La idea del hombre*, México: FCE, 1977.
- , *Psicología de las situaciones vitales*, México: FCE, 1963. [2ª edición corregida].
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, Tomo VI y VII, Madrid: Alianza Editorial/ *Revista de Occidente*, 1983.
- Paz, Octavio, *Obras completas x. Ideas y Costumbres II (Usos y símbolos)*, México: Círculo de lectores/ FCE, 1996.
- , *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Pessoa, Fernando, *El libro del desasosiego*, Barcelona: Seix Barral, 1984.
- Platón, *Fedón. Fedro*, Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Safranski, Rüdiger, *El mal o el drama de la libertad*, Barcelona: Tusquets Editores, 2005.
- Salmerón, María Angélica, *El problema de la libertad en Miguel de Unamuno*, Veracruz, México: Comisión Estatal Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, 1992.
- Sánchez B., Manuel, ed., *La Biblia*, Madrid: San Pablo / Editorial Verbo Divino, 1994. [XXXII edición].
- Sartre, Jean Paul, *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*, Buenos Aires: Losada, 2006 (Biblioteca de Obras Maestras del Pensamiento).
- , *Los caminos de la libertad. La edad de la razón, I*; Buenos Aires: Losada, 1982
- , *El aplazamiento, II*, Buenos Aires: Losada, 1984.

- , *La muerte en el alma, III*, Buenos Aires: Losada, 1984.
- Schopenhauer, Arthur, *La libertad*, México: Ediciones Coyoacán, 1996.
- , *Los designios del Destino (Dos opúsculos de Parerga y Paralipómena)*, Madrid: Tecnos, 1994.
- Shakespeare, William, *Noche de Epifanía, o lo que queráis*, en *Obras completas*, vol. II, Madrid: Aguilar, 1981.
- Spinoza, Baruch, *Tratado breve*, Madrid: Alianza Editorial, 1990 (El libro de bolsillo).
- , *Ética demostrada según el orden geométrico*, Madrid: Tecnos, 2007.
- Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida. En los hombres y en los pueblos*, Madrid: Biblioteca Nueva (Clásicos del pensamiento), 1999.
- Vaz Ferreira, Carlos, *Los problemas de la libertad y los del determinismo*, Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, 1957
- Vela Sánchez, María Halina, *La pasión por la existencia en El libro vacío de Josefina Vicens*, Tesis de licenciatura, México: UNAM/ FFYL, 1989.
- Von Wright, Georg Henrik, *Sobre la libertad humana*, Barcelona: I.C.E de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2002 (Pensamiento contemporáneo, 70).
- Yanagida, Kenjuro, *Filosofía de la libertad*, México: Ediciones Quinto Sol, 1984.
- Zavala, Iris M., *La angustia y la búsqueda del hombre en la literatura*, México: Universidad Veracruzana, 1965, (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 26).

III. OBRA ELECTRÓNICA

- García Bonilla, “La infertilidad del deseo”, en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid/ UNAM / FFYL, núm. 26, Año IX, (marzo-junio 2004). URL: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero26/jvicens.html>.
- Rodríguez Cázares, Isaac, “Josefina Vicens: El libro vacío, la gran novela del escritor insignificante”, en *Tinta y papel*, <http://rify.blogspot.com/>. (Revista electrónica, Enero, 2006).
- Sánchez de Armas, Miguel, “La vida se prolonga hasta mi pluma”, en http://www.elagoradechihuahua.com/Miguel-Angel-Sanchez-de-Armas.html?debut_articles=30#pagination_articles.